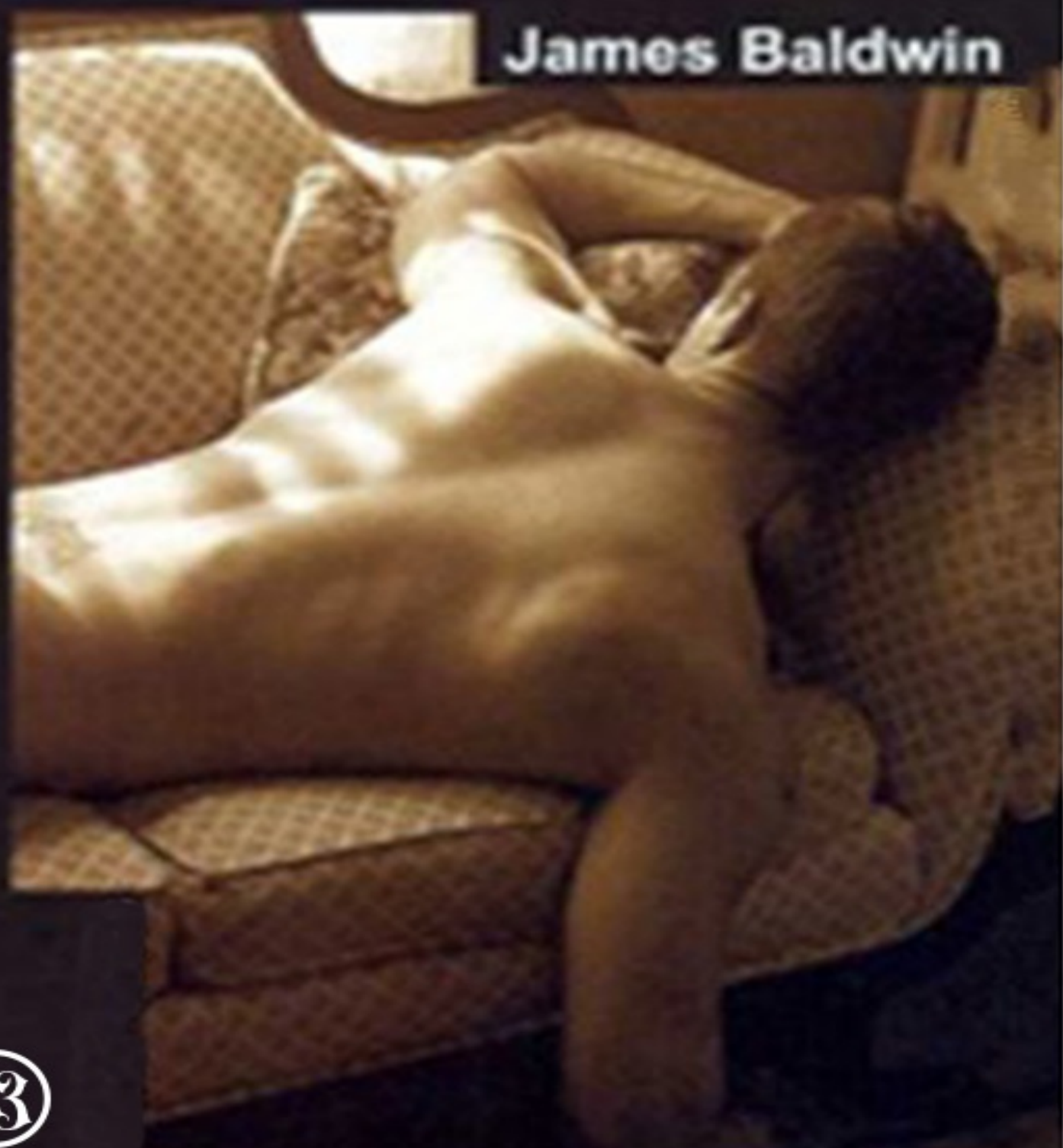


# La habitación de Giovanni

James Baldwin



Ambientada en el mundo bohemio del París de los años cincuenta, esta novela es un clásico de la literatura gay. Su tema principal versa en torno al despertar de un hombre joven ante su verdadera naturaleza homosexual. David, un escritor americano rubio y atractivo, que vive en París, conoce a Giovanni, un hermoso joven italiano en un bar gay. Borracho, David acepta pasar la noche con él. Y esa noche se prolonga hasta convertirse en tres meses de pasión en la habitación de Giovanni donde buscará refugio y encontrará amor.

James Baldwin

---

# **La habitación de Giovanni**



Título original: *Giovanni's Room*  
James Baldwin, 1956  
Traducción: Ana Alcaina, 2005

---

Revisión: 1.0

Para Lucien

Yo soy el hombre; yo sufrí, yo estuve allí.

WHITMAN

# **PRIMERA PARTE**

Estoy de pie ante la ventana de esta casa inmensa del sur de Francia mientras cae la noche, la noche que precede a la mañana más terrible de mi vida. Llevo una copa en la mano y una botella apoyada en el codo. Contemplo mi imagen reflejada en el brillo cada vez más apagado del cristal de la ventana. Mi reflejo es alto y estilizado, más bien parece una flecha, mi pelo rubio brilla. Mi rostro es como uno de tantos rostros que se ven todos los días. Mis antepasados conquistaron un continente, abriéndose paso a través de llanuras sembradas con la amenaza de la muerte, hasta alcanzar un océano que daba la espalda a Europa para adentrarse en un pasado más turbio.

Puedo estar borracho por la mañana, pero eso no va a servir de nada. Tomaré el tren a París de todos modos. El tren será el mismo; la gente, afanándose por encontrar un poco de comodidad e incluso dignidad en los asientos de madera y respaldo recto de la tercera clase, será la misma. Atravesaremos la misma campiña en perpetua transformación, en dirección norte, dejando atrás los olivos, el mar y todo el esplendor del cielo tempestuoso del sur, penetrando en la neblina y la lluvia de París. Alguien se ofrecerá a compartir un bocadillo conmigo, alguien me ofrecerá un sorbo de vino, alguien me pedirá fuego. La gente circulará por los pasillos, mirando hacia fuera por las ventanillas y mirándonos a nosotros dentro, en los compartimentos. En cada parada, los reclutas, con sus uniformes anchos de color marrón y gorras de colores, abrirán la puerta del compartimentó para

preguntar «*Complet?*», y todos asentiremos con la cabeza. Sí, como conspiradores, sonriéndonos tímidamente unos a otros mientras ellos siguen andando por el tren. Dos o tres se pararán frente a la puerta de nuestro compartimento, gritándose con sus voces recias y procaces, fumándose esos asquerosos cigarrillos del ejército. Habrá una chica sentada enfrente de mí que se preguntará por qué no he estado coqueteando con ella, a quien la presencia de los reclutas habrá sacado de quicio. Todo será lo mismo, sólo que yo estaré más tranquilo.

Y la campiña está tranquila esta noche, la misma campiña que se refleja a través de mi imagen en el cristal de la ventana. Esta casa está a las afueras de un pequeño pueblecito de veraneo que sigue vacío, pues la temporada no ha comenzado aún. Está en lo alto de una pequeña colina y, si miras abajo, se ven las luces del pueblo y se oye el rumor del mar. Mi novia, Helia, y yo la alquilamos en París, después de verla en foto, hace unos meses. Ahora ya hace una semana que se ha ido. Está en alta mar, de camino de vuelta a América.

Me la estoy imaginando: muy elegante, tensa y reluciente, rodeada por la luz que inunda el salón del transatlántico, bebiendo acaso demasiado deprisa, riéndose y observando a los hombres. Así fue como la conocí, en un bar de Saint-Germain-des-Prés. Estaba bebiendo y observando, y por eso me gustó: pensé que sería divertido divertirse con ella. Así fue como empezó, eso era lo único que significaba para mí; en realidad, ahora no estoy seguro, pese a todo, de que alguna vez llegase a significar algo más que eso para mí. Y no creo que llegase a significar algo más que eso para ella tampoco... al menos hasta que hizo ese viaje a España y, al encontrarse allí, sola, se empezó a preguntar, quizá, si pasar toda la vida bebiendo y observando a los hombres era exactamente lo que quería. Pero para entonces ya era demasiado tarde, yo ya estaba con Giovanni. Le había pedido a Helia que se casase conmigo antes de que se fuera a España, y ella me contestó riéndose a carcajadas, pero eso, de algún modo, a pesar de todo, lo convirtió en algo aún más serio para mí e insistí. Luego dijo que tendría que marcharse y pensarlo. Y la última noche que estuvo aquí, la Última vez que la vi, mientras preparaba la maleta, le dije que la había querido una vez y que me había hecho convencerme de ello; pero me pregunto si es cierto. Estaba pensando, sin duda, en nuestras noches en la cama, en esa inocencia y confianza tan especiales que nunca volverán y que



habían hecho aquellas noches tan maravillosas, tan ajenas al pasado, al presente o al futuro; tan ajenas, en definitiva, a mi vida, puesto que sólo necesitaba asumir por ellas la más mecánica de las responsabilidades. Y esas noches se representaban bajo un cielo extranjero, sin nadie a quien observar, sin que conllevaran ninguna clase de castigo... y eso fue precisamente nuestra perdición, pues nada hay más insoportable, una vez que ya se posee, que la libertad. Supongo que fue por eso por lo que le pedí que se casara conmigo: para darme a mí mismo algo a lo que atarme. Tal vez fue por eso por lo que, en España, ella decidió que quería casarse conmigo. Sin embargo, uno no puede, por desgracia, inventarse sus ataduras, sus amantes y sus amigos, igual que no puede inventarse a sus padres. La vida nos los trae y también se los lleva, y la mayor dificultad consiste en decir «sí» a la vida.

Estaba pensando, cuando le dije a Helia que la había querido, en aquellos tiempos anteriores a que me pasase algo horrible e irrevocable, cuando una aventura no era nada más que una aventura. Ahora, a partir de esta noche, a partir de esta mañana inminente, sin importar en cuántas camas me despierte entre el día de hoy y mi lecho de muerte, nunca más podré ya disfrutar de esas aventuras alocadas de juventud, que en el fondo son, si uno lo piensa, una clase más elevada o, en cualquier caso más pretenciosa, de masturbación. La gente es demasiado distinta entre sí como para ser tratada tan a la ligera. Yo soy demasiado distinto como para ser digno de confianza. Si eso no fuera así, yo no estaría solo en esta casa esta noche. Helia no estaría a bordo de un barco en alta mar. Y Giovanni no estaría a punto de morir, en algún momento entre esta noche y el alba, en la guillotina.

Ahora me arrepiento —para lo que sirve a estas alturas— de una mentira en especial de las muchas mentiras que he contado; contado, vivido y creído. Es la mentira que le conté a Giovanni, pero que nunca logré hacerle creer, de que nunca antes me había acostado con un hombre. Lo había hecho. Había decidido que no volvería a hacerlo nunca más. Hay algo fantástico en el espectáculo que ahora presento ante mí mismo de haber corrido tan lejos, tantísimo, hasta el otro lado del océano incluso, sólo para verme paralizado de nuevo frente al bulldog de mi propio jardín... y el jardín, mientras tanto, se ha

hecho más pequeño, y el bulldog más grande.

No he pensado en ese chico —Joey— en muchos años, pero esta noche lo veo con toda claridad. Fue hace muchos años, yo todavía era un adolescente y él tenía aproximadamente mi edad, año más o menos. También era un chico muy simpático, muy listo y moreno, y siempre estaba riendo. Fue mi mejor amigo durante un tiempo; más adelante, la idea de que alguien así pudiese haber llegado a ser mi mejor amigo fue la prueba de la existencia de una mácula horripilante en mi persona, así que lo olvidé. Pero esta noche lo veo perfectamente.

Fue en verano, no había clases. Sus padres se habían ido fuera a pasar el fin de semana y yo estaba en su casa, en Coney Island, Brooklyn. En aquella época nosotros también vivíamos en Brooklyn, pero en un barrio mejor que el de Joey. Creo que habíamos estado en la playa, nadando un poco y viendo pasar a las chicas semidesnudas, silbándoles y riendo. Estoy seguro de que si cualquiera de las chicas a las que silbamos aquel día hubiese dado alguna señal de respuesta, el océano no habría sido lo bastante profundo para ahogar nuestra vergüenza y terror. Pero era evidente que las chicas ya tenían algún Indicio al respecto, posiblemente por nuestro modo de silbar, e hicieron caso omiso de nosotros. Cuando empezó a ponerse el sol, enfilamos la tarima del paseo marítimo en dirección hacia su casa, con los bañadores mojados debajo de los pantalones.

Y creo que todo empezó en la ducha. Sé que sentí algo —mientras hacíamos el tonto en aquella habitación pequeña y llena de vapor, provocándonos el uno al otro con toallas húmedas— que no había sentido antes, algo que de forma misteriosa, y sin ningún objetivo concreto, lo incluía a él. Recuerdo que tuve una fuerte reticencia a vestirme y le echaba la culpa de ello al calor. Sin embargo, el caso es que nos vestimos, más o menos, comimos algo frío que sacamos de su nevera y bebimos mucha cerveza. Me parece que íbamos al cine —no se me ocurre ninguna otra razón para haber salido—, y nos recuerdo caminando por las calles oscuras y tropicales de Brooklyn en medio del calor que manaba de las aceras y se lanzaba de las paredes de los edificios con fuerza suficiente para matar a un hombre, mientras lo que parecían todos los adultos del mundo hablaban a voz en grito, desmelenados en las entradas de las casas, y todos los niños del mundo se

sentaban en las aceras o en las alcantarillas, colgándose de las escaleras de incendios, mientras yo rodeaba los hombros de Joey con el brazo. Me sentía orgulloso, creo, porque su cabeza me llegaba justo por debajo de la oreja. Íbamos andando y Joey estaba soltando chistes guarros y nos reíamos. Se me hace extraño recordar, por primera vez en tantos años, lo bien que me sentí aquella noche, lo mucho que me gustaba Joey.

Cuando volvimos a recorrer aquellas mismas calles, éstas estaban en silencio, y nosotros también caminábamos en silencio. No dijimos prácticamente nada en el apartamento y, soñolientos, nos desvestimos en el dormitorio de Joey y nos fuimos a la cama. Me dormí... bastante rato, creo, pero me desperté y encontré a Joey con la luz encendida y examinando la almohada con minucioso y feroz cuidado.

—¿Qué pasa?

—Creo que me ha picado una chinche.

—¿Qué asco. ¿Tienes chinches en la cama?

—Creo que me ha picado una.

—¿Te había picado antes alguna?

—No.

—Entonces, vuelve a dormirte. Lo habrás soñado.

Me miró con la boca abierta y los negros ojos abiertos como platos. Era como si acabase de descubrir que yo era un experto en chinches. Me eché a reír y lo cogí de la cabeza como sabe Dios cuántas veces lo había hecho antes, cuando estábamos de broma o cuando se había metido conmigo o algo así. Sin embargo esta vez, cuando lo toqué, ocurrió algo en él y en mí que hizo que aquella vez fuese distinta de cualquier otra manera de tocar que los dos hubiésemos conocido hasta entonces. Y no se resistió, como hacía normalmente, sino que se quedó quieto donde yo lo tenía agarrado, junto a mi pecho. Y me di cuenta de que el corazón me latía desbocado y de que Joey estaba temblando en mi regazo, y de que la luz de la habitación era muy intensa y daba mucho calor. Empecé a moverme y a decir algo gracioso pero Joey murmuró algo y bajé la cabeza para oírlo. Joey levantó la suya cuando yo bajaba la mía y nos besamos sin querer, por así decirlo. Entonces, por primera vez en mi vida, fui realmente consciente del cuerpo de otra persona, del olor de otra persona. Estábamos abrazados, y era como si estuviese sosteniendo en

la mano un pájaro raro, exhausto y moribundo que había encontrado milagrosamente y por casualidad. Estaba muy asustado, y estoy seguro de que él también lo estaba, y cerramos los ojos. El hecho de recordarlo con tanta claridad, tan dolorosamente, esta noche significa que nunca, ni por un instante, lo he olvidado de verdad. Ahora siento una débil y terrible desazón por lo que tanto y de forma tan sobrecogedora me desasosegó entonces; un calor inmenso y sediento, un temblor y una ternura tan dolorosos que creía que el corazón me iba a estallar. Pero de este dolor turbador e insoportable surgió el placer, el placer que nos dimos el uno al otro aquella noche. Parecía, entonces, que una vida entera no iba a bastar para interpretar junto a Joey todas las escenas de amor del mundo.

Sin embargo, aquella vida entera fue corta, pues no duró más que aquella noche, y terminó por la mañana. Me desperté mientras Joey seguía durmiendo, acurrucado como un bebé, de lado, de cara a mí. Parecía un recién nacido, con la boca entreabierta, las mejillas encendidas, el pelo rizado, que ensombrecía la almohada y escondía a medias la frente húmeda y redonda, y sus largas pestañas, que emitían un brillo débil bajo el sol de la canícula. Ambos estábamos desnudos y teníamos la sábana que habíamos utilizado para taparnos enredada en los pies. El cuerpo de Joey era moreno, sudoroso, la creación más hermosa que había visto jamás. Lo habría tocado para despertarlo, pero algo me detuvo. De repente, sentí miedo. Tal vez fue porque tenía un aspecto tan inocente allí tendido, con una confianza tan absoluta... tal vez fue porque era muchísimo más menudo que yo, mi propio cuerpo me pareció asqueroso y apabullante de repente, y el deseo que sentía apoderándose de mi interior parecía monstruoso. Pero, por encima de todo, sentí miedo de repente. De pronto, caí en la cuenta: «Pero... Joey es un chico», de repente vi la fuerza de sus muslos, de sus brazos y de sus puños inertes cerrados. La fuerza, la promesa y el misterio de aquel cuerpo me dieron miedo de repente. De pronto, aquel cuerpo parecía la boca negra de una cueva en la que sería torturado hasta enloquecer, en la que perdería mi virilidad. Exactamente, quería conocer ese misterio, sentir esa fuerza y hacer que se cumpliera ese anhelo interior. El sudor de mi espalda se tornó frío. Sentí cómo me embargaba la vergüenza. La propia cama, con su dulce desorden, servía de testigo a la vileza. Me pregunté qué diría la madre de Joey

cuando viese las sábanas y luego pensé en mi padre, que no tenía a nadie en el mundo más que a mí, pues mi madre había muerto cuando yo era pequeño. Se abrió una cueva en mi cerebro, negra, llena de rumores, de insinuaciones, de historias oídas a medias, olvidadas a medias, entendidas a medias, llena de palabras sucias. Creí ver mi futuro en aquella cueva. Sentí miedo. Podría haber llorado, llorado de vergüenza y terror, llorado por no entender cómo podía haberme pasado eso a mí, cómo podía haber pasado eso en mí, dentro de mí. Y tomé una decisión. Me levanté de la cama, me duché, me vestí y tenía ya el desayuno preparado cuando Joey se despertó.

No le hablé de la decisión que había tomado, eso habría quebrantado mi voluntad. No me entretuve en desayunar con él, sino que sólo tomé un poco de café y me inventé una excusa para marcharme a casa. Ví que Joey no se había tragado aquella excusa, pero él no sabía cómo protestar o insistir, ni sabía que eso era lo único que habría necesitado hacer. Y entonces yo, que hasta entonces lo había visto casi todos los días ese verano, ya no fui a verlo nunca más. Él tampoco vino a verme a mí. Me habría alegrado mucho de verlo si hubiese venido, pero la forma en que me había despedido había levantado una barrera que ninguno de los dos sabía cómo salvar. Cuando al fin lo vi, más o menos por casualidad, hacia finales de verano, me inventé una historia larguísima y completamente falsa sobre una chica con la que estaba saliendo, y cuando las clases empezaron de nuevo, me junté con un grupo de chicos mayores y más duros y me porté muy mal con Joey. Y cuanto más lo entristecía mi comportamiento, peor me portaba con él. Al final se fue a vivir a otro sitio, se cambió de barrio, lejos de nuestra escuela, y no volví a verlo nunca más.

Tal vez empecé a sentirme solo ese verano, y emprendí, ese mismo verano, la huida que me ha conducido hasta esta ventana cada vez más oscura.

Y sin embargo... cuando uno empieza a preguntarse por lo crucial, por el momento definitivo, el momento que cambió todos los demás momentos, uno se encuentra abriéndose paso, con gran dolor, a través de un laberinto de señales falsas y puertas que se cierran bruscamente. Es posible, desde luego, que mi huida comenzase ese verano, lo cual no explica dónde encontrar el germen del dilema que se resolvió, ese mismo verano, con una huida. Por supuesto, lo tengo delante de mí, encerrado en el reflejo que estoy contemplando en la ventana mientras fuera va anocheciendo. Está atrapado en

la habitación conmigo, siempre lo ha estado y siempre lo estará, y todavía me resulta más extraño que las colinas extranjeras que hay ahí afuera.

Como digo, nosotros vivíamos en Brooklyn en aquel entonces; también habíamos vivido en San Francisco, donde nací y donde está enterrada mi madre, y vivimos durante un tiempo en Seattle y luego en Nueva York (para mí, Nueva York es Manhattan). Luego, más adelante, nos trasladamos de Brooklyn otra vez a Nueva York y, para cuando vine a Francia, mi padre y su nueva esposa ya habían ascendido a Connecticut. Ya llevaba viviendo bastante tiempo por mi cuenta por aquel entonces, claro, y había vivido en un piso en la zona de la calle Sesenta Este.

Cuando digo «nosotros», en la época de mi infancia y parte de mi juventud me refiero a mi padre, su hermana soltera y yo mismo. Mi madre se había ido a la tumba cuando yo tenía cinco años. Apenas la recuerdo, a pesar de que aparecía en mis pesadillas, con los ojos cubiertos de gusanos, el pelo seco como el metal y quebradizo como la rama seca de un árbol, tratando por todos los medios de atraerme hacia ella, hacia su cuerpo, un cuerpo tan putrefacto, tan repugnantemente blando, que se abría, mientras yo me aferraba con las uñas y lloraba, en una brecha tan enorme como para engullirme vivo. Sin embargo, cuando mi padre o mi tía venían corriendo a mi habitación para saber qué era lo que me había asustado, yo no me atrevía a explicarles ese sueño que parecía desleal con mi madre. Les contaba que había soñado con una tumba. Llegaron a la conclusión de que la muerte de mi madre había tenido ese efecto perturbador en mi imaginación y tal vez pensaron que estaba llorando su pérdida. Y puede que la estuviese llorando; pero, de haber sido así, entonces la sigo llorando.

Mi padre y mi tía se llevaban fatal y, sin saber cómo o por qué, sentía que su larga batalla lo tenía todo que ver con mi difunta madre. Recuerdo cuando era muy joven cómo, en la enorme sala de estar de la casa de San Francisco, la fotografía de mi madre, que ocupaba en exclusiva la repisa de la chimenea, parecía presidir la habitación. Era como si su fotografía demostrase hasta qué punto su espíritu dominaba ese aire y nos controlaba a todos. Recuerdo a las sombras congregándose en los rincones de aquella habitación, en la que nunca me sentí en mi casa, y a mi padre bañado por la luz dorada que se derramaba sobre él desde la lámpara alta que había junto a su sillón. Leía su periódico,

parapetándose detrás de sus páginas para esconderse de mí, así que, desesperado por conquistar su atención, a veces lo molestaba tanto que nuestro duelo terminaba con mi expulsión de aquel cuarto llorando a lágrima viva. O me acuerdo de él sentado con el cuerpo inclinado hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas, mirando hacia la amplísima ventana que contenía la noche cerrada. Yo solía preguntarme en qué estaría pensando. En mi memoria siempre lleva un suéter gris sin mangas, se ha aflojado el nudo de la corbata y el pelo de color arena le cae hacia delante, encima de un rostro cuadrado y rubicundo. Era una de esas personas que, riéndose con mucha facilidad, tardan mucho en enfadarse, de manera que, cuando al fin se enfadan, su ira resulta tanto más impresionante, y parece surgir de una grieta insospechada como un incendio capaz de reducir a cenizas la casa entera.

Y su hermana, Ellen, un poco mayor que él, un poco más morena, siempre más arreglada de lo normal, más maquillada de lo normal, con una cara y una figura que empezaban a endurecerse, y ataviada de arriba abajo con joyas tintineando y haciendo ruido bajo la luz, se sienta en el sofá a leer; leía muchísimo, todos los libros recién publicados, y solía ir mucho al cine. O se pone a tejer. Tengo la sensación de que siempre llevaba consigo una bolsa enorme llena de agujas de tejer de aspecto amenazador, o un libro, o ambas cosas. Y no sé qué es lo que tejía, aunque supongo que debió, al menos de forma ocasional, de haber tejido algo para mi padre, o para mí. Pero no lo recuerdo, como tampoco recuerdo los libros que leía. Puede que siempre fuera el mismo libro y es posible que siempre estuviera trabajando en la misma bufanda, o en el mismo suéter, o sabe Dios en qué, todos los años que la conocí. A veces mi padre y ella jugaban a las cartas... aunque eso era raro. A veces conversaban en tono amigable y burlón, pero eso era peligroso. Sus charlas casi siempre terminaban en una pelea. A veces había compañía y a menudo me dejaban verlos tomarse sus cócteles. Entonces mi padre estaba en su apogeo, juvenil y expansivo, moviéndose por la habitación abarrotada de gente con un vaso en la mano, rellenando las copas de la gente, riéndose a carcajadas, tratando a todos los hombres como si fueran sus hermanos y flirteando con las mujeres. O no, no flirteando con ellas, pavoneándose como un gallo delante de ellas. Ellen siempre parecía estar observándolo como si temiera que pudiese hacer algo horrible; lo observaba a él y observaba a las

mujeres y sí, ella flirteaba con los hombres de una manera extraña que destrozaba los nervios. Ahí estaba ella, vestida para matar, tal como suele decirse, con la boca más roja que el rojo de la sangre, vestida con algo que o bien era del color equivocado, o le quedaba demasiado estrecho o demasiado juvenil, sosteniendo en la mano un vaso de cóctel que amenazaba con hacerse añicos en cualquier momento, con romperse en mil pedazos, y con aquella voz que no dejaba de hablar sin parar como si fuera una cuchilla sobre cristal. Cuando era pequeño y la veía en compañía de alguien, me asustaba.

Pero ocurriera lo que estuviese ocurriendo en aquella habitación, mi madre lo estaba viendo. Lo observaba desde el marco de la fotografía. Era una mujer pálida y rubia, delicadamente acicalada, de ojos oscuros y cejas rectas, con una boca nerviosa y dulce. Pero algo en la forma en que estaban dispuestos los ojos en la cara y en que miraban hacia fuera, algo levemente sarcástico y cómplice en la disposición de la boca insinuaba que, bajo aquella fragilidad tensa, se ocultaba una fortaleza tan extraordinaria como implacable y, como la ira de mi padre, peligrosa porque era del todo inesperada. Mi padre rara vez hablaba de ella y cuando lo hacía se tapaba la cara mediante los sistemas más insospechados; sólo se refería a ella como a mi madre y, de hecho, cuando hablaba de ella, podía haber estado haciéndolo de su propia madre. Ellen hablaba de mi madre a menudo, recordando la mujer tan excepcional que había sido, pero me hacía sentir incómodo: yo sentía que no tenía derecho a ser el hijo de una madre así.

Años más tarde, cuando ya era un hombre hecho y derecho, intenté hacer que mi padre me hablase de mi madre. Sin embargo, Ellen había muerto, y él estaba a punto de casarse de nuevo. Entonces me habló de mi madre como lo había hecho Ellen y es posible, en realidad, que hubiese estado hablando de Ellen.

Se pelearon una noche cuando yo tenía unos trece años. Tenían muchísimas peleas, por supuesto, pero quizá recuerde ésta en particular con tanta claridad porque, por lo visto, tenía que ver conmigo.

Yo estaba arriba en la cama, dormido. Era muy tarde y de pronto me despertó el ruido de las pisadas de mi padre en el sendero que había debajo de mi ventana. Supe por el ruido y el ritmo que estaba un poco borracho y recuerdo que en ese momento cierta sensación de decepción, una pena que no



había sentido nunca antes, se apoderó de mí.

Lo había visto borracho muchas veces, pero nunca había tenido aquella sensación —por el contrario, a veces mi padre se ponía encantador cuando bebía—, pero esa noche, de pronto, sentí que había algo en el hecho de que hubiese bebido, que había algo en él que me inspiraba un desprecio absoluto.

Lo oí entrar en la casa y, acto seguido, oí la voz de Ellen.

—¿Todavía no te has ido a dormir? —preguntó mi padre. Trataba de ser amable, intentando evitar una escena, pero no había cordialidad en su voz, sólo cansancio y exasperación.

—Creo —repuso Ellen con frialdad— que alguien debería decirte lo que le estás haciendo a tu hijo.

—¿Lo que le estoy haciendo a mi hijo? —Y estuvo a punto de añadir algo más, algo horrible, pero se contuvo y se limitó a decir, con una calma resignada, ebria y desconsolada—: ¿De qué estás hablando, Ellen?

—¿De veras crees —empezó a decirle, y yo sabía con total certeza que estaría de pie en medio de la habitación, con los brazos cruzados, muy erguida e inmóvil— que eres la clase de hombre que él debería ser cuando crezca? —Y como mi padre no replicó, dijo—: Porque está creciendo, ¿sabes? —Y luego, con asco, añadió—: Que es más de lo que puedo decir de ti.

—Vete a la cama, Ellen —contestó mi padre, con voz exhausta.

Tuve ganas, puesto que estaban hablando de mí, de bajar y decirle a Ellen que, fuese cual fuese el problema que teníamos mi padre y yo, podíamos solucionarlo sin su ayuda. Y quizá, por extraño que parezca, sentí que estaba siendo irrespetuosa *conmigo*, puesto que, desde luego, yo nunca le había dicho una sola palabra acerca de mi padre.

Oí los pasos pesados e irregulares de éste mientras atravesaba la habitación en dirección a las escaleras.

—No te creas —dijo Ellen— que no sé dónde has estado.

—He estado fuera, bebiendo —repuso mi padre—, y ahora me gustaría dormir un poco. ¿Te importa?

—Has estado con esa chica, Beatrice —replicó Ellen—. Ahí es donde estás siempre y donde va a parar todo tu dinero, toda tu hombría y también tu dignidad.

Había logrado hacerle enfadar. Mi padre empezó a tartamudear.

—Si crees, si de verdad *crees*, que voy... voy... a quedarme aquí de pie discutiendo *contigo* sobre mi vida privada... \mi vida privada...! Si crees que voy a discutir *contigo* de eso es que... es que... ¡estás completamente loca!

—Te aseguro que me trae sin cuidado —contestó Ellen— lo que hagas contigo mismo. No eres *tú* quien me preocupa, pero eres la única persona que tiene algún tipo de autoridad sobre David. Yo no la tengo. Y él no tiene ninguna madre. Sólo me obedece a mí cuando cree que con eso te complace. ¿De verdad crees que es bueno que David vea cómo regresas a casa tambaleándote, borracho como una cuba, todas las noches? Y no te engañes —añadió al cabo de un instante, con la voz cargada de pasión—, no te engañes pensando que no sabe de dónde vienes, ¡no creas que no sabe lo de tus mujeres!

Se equivocaba. No creo que supiese lo de sus mujeres... ni que hubiese pensado en ellas alguna vez, pero a partir de esa noche empecé a pensar en ellas todo el tiempo. Casi no podía mirar a la cara a una mujer sin preguntarme si mi padre había tenido o no había tenido, en palabras de Ellen, «líos» con ella.

—Cabe la ligera posibilidad —repuso mi padre— de que David tenga una mente más limpia que la tuya.

El silencio que siguió a aquella escena y en el que mi padre subió las escaleras fue, con diferencia, el peor silencio que había conocido en mi vida. Me pregunté qué estarían pensando, los dos. Me pregunté qué cara estarían poniendo. Me pregunté qué vería cuando los viese por la mañana.

—Y escucha —dijo mi padre de pronto, a mitad de la escalera, en una voz que me asustó—, lo único que quiero para David es que llegue a ser un hombre hecho y derecho, y cuando digo un hombre, Ellen, no me refiero a un catequista, precisamente.

—Un hombre —repuso Ellen en tono cortante— no es lo mismo que un semental. Buenas noches.

—Buenas noches —contestó al cabo de un momento. Y oí pasar sus pasos por delante de mi puerta.

A partir de entonces, con la intensidad misteriosa, terrible y maliciosa de la juventud, empecé a sentir un desprecio absoluto por mi padre y un odio visceral hacia Ellen. Me cuesta decir por qué. No sé cómo fue, pero consiguió

que todas las profecías de Ellen sobre mí se hicieran realidad. Mi tía había dicho que llegaría un día en que nada ni nadie podría dominarme, ni siquiera mi padre. Y, desde luego, ese día llegó.

Fue después de Joey. El incidente con Joey me había conmocionado hasta lo más hondo, y tuvo como efecto que me convirtiera en una persona reservada y cruel. No podía hablar con nadie de lo que me había pasado, ni siquiera podía admitirlo yo mismo y, si bien nunca volví a pensar en ello, permaneció, pese a todo, agazapado en un rincón de mi cabeza, tan inmóvil y putrefacto como un cadáver. Y transformó, enrareció y agrió el aire de mi cerebro. No tardé en ser yo quien llegaba tambaleándose a casa a las tantas, quien se encontraba a Ellen esperándome despierta, no tardamos en ser Ellen y yo quienes discutíamos noche tras noche.

La actitud de mi padre consistió en que aquello formaba parte de una fase inevitable de mi paso a la edad adulta, y fingía tomárselo a la ligera, pero bajo aquella apariencia jocosa y de camaradería masculina no sabía qué hacer, estaba asustado. Tal vez había supuesto que mi etapa de adolescencia nos uniría, cuando en realidad, ahora que estaba intentando averiguar algo sobre cómo era yo, lo que hacía era alejarme de él cada vez más. No quería de ninguna manera que me conociese; no quería que nadie me conociese. Y luego, además, estaba pasando con mi padre por lo que todos los jóvenes inevitablemente tienen que pasar con sus progenitores: estaba empezando a juzgarlo. Y la propia dureza de aquellos juicios, que me rompían el corazón, revelaban, a pesar de que no habría podido decirlo entonces, cuánto lo había querido y cómo ese amor, unido a mi inocencia, estaba muriendo.

Mi pobre padre estaba desconcertado y asustado. No podía creer que hubiese algún problema realmente grave entre nosotros, y no sólo porque no habría sabido qué hacer al respecto, sino sobre todo porque entonces habría tenido que enfrentarse a la certeza de que en alguna parte había dejado algo sin hacer, algo de una importancia extrema. Y puesto que ninguno de los dos teníamos la más remota idea de qué podía haber sido aquella omisión tan importante, y puesto que nos veíamos obligados a permanecer en tácita coalición contra Ellen, nos refugiábamos en mostrarnos joviales el uno con el otro. Nuestra relación no era una relación de padre e hijo, tal como decía mi padre con orgullo, sino de amigos. Creo que a veces mi padre se lo creía

incluso. Yo nunca llegué a creérmelo: no quería ser su amigo, quería ser su hijo. Lo que fluía entre nosotros bajo la apariencia de franqueza masculina me dejaba exhausto y me horrorizaba. Los padres deberían evitar la desnudez completa delante de sus hijos. No quería saber —y mucho menos de su boca— que su carne era tan impenitente como la mía. El saberlo no hacía que me sintiese más hijo suyo, ni más amigo suyo, sino que sólo conseguía que me sintiese como un intruso, y un intruso asustado, además. Él creía que éramos iguales; yo no quería creerlo. No quería creer que mi vida sería como la suya ni que mi mente se volvería tan lineal, sin recovecos ni aristas ni picos escarpados. Él no quería que hubiese distancia entre nosotros, quería que lo considerase un hombre como yo. Sin embargo, yo sí quería la bendita distancia que hay entre padre e hijo, lo cual me habría permitido quererlo.

Una noche, borracho, en compañía de otra gente al volver de una fiesta fuera de la ciudad, el coche que yo conducía se estampó contra un poste. La culpa fue enteramente mía. Estaba demasiado borracho hasta para andar, conque no digamos para conducir, pero los demás no lo sabían, porque soy de los que son capaces de aparentar que están sobrios aunque estén a punto de caer al suelo redondos. En un tramo recto y nivelado de la autopista, mis reflejos reaccionaron de forma extraña y de repente el coche escapó de mi control. En ese momento, un poste de teléfonos de color blanco espuma surgió de la espesura nocturna para abalanzarse sobre mí; oí unos gritos y luego el fuerte rugido de algo al rasgarse. A continuación, todo se tiñó de color rojo escarlata para, acto seguido, volverse brillante como la luz del día, y me sumí en una oscuridad que nunca antes había experimentado.

Debí de empezar a recobrar el conocimiento cuando nos trasladaban al hospital. Recuerdo vagamente haber percibido movimiento y voces, pero era como si proviniesen de muy lejos, y no parecían tener nada que ver conmigo. Luego, al cabo de un rato, me desperté en un sitio que parecía el corazón del mismísimo invierno: un techo alto y blanco, paredes blancas y una ventana dura y glacial que parecía cernirse sobre mí. Debí de intentar levantarme, porque recuerdo un rugido terrible en el interior de mi cabeza, y luego un peso sobre el pecho y un rostro enorme encima. Y cuando aquel peso y aquella cara empezaron a empujarme de nuevo hacia abajo, chillé llamando a mi madre. Luego todo se oscureció otra vez.

Cuando al fin volví en mí, mi padre estaba de pie junto a la cama. Supe que estaba allí antes incluso de verlo, antes de que mis ojos enfocasen la mirada y de que volviese la cabeza con cuidado. Cuando vio que estaba despierto, se acercó con cautela a la cama y me hizo señas para que no me moviese. Parecía inmensamente viejo. Me entraron ganas de llorar. Por un momento nos limitamos a mirarnos el uno al otro.

—¿Cómo te encuentras? —susurró al fin.

Cuando intenté hablar fue cuando me di cuenta de que me dolía todo el cuerpo e inmediatamente me asusté. Debió de ver el miedo en mis ojos, porque dijo en voz baja, con una intensidad maravillosa y teñida de aflicción:

—No te preocupes, David. Te pondrás bien, te pondrás bien.

Seguía sin poder decir nada, de manera que me limité a mirarlo a la cara.

—Tuvisteis mucha suerte, chicos —comentó haciendo un amago de sonrisa—. Tú eres el que ha salido peor parado.

—Estaba borracho —dije al fin. Quería contárselo todo, pero el esfuerzo de hablar era una agonía.

—¿Y no se te ocurre —empezó a censurarme en tono de total desconcierto, pues aquello era algo por lo que podía permitirse sentirse desconcertado— nada mejor que ponerte a conducir un coche cuando has bebido? Te creía mucho más listo —dijo con severidad, y frunció los labios—. Os podríais haber matado todos, ¿sabes? —Y se le quebró la voz.

—Lo siento —contesté de repente—. Lo siento. —No sabía cómo decir qué era lo que sentía exactamente.

—Pues no lo sientas —repuso—. Ten más cuidado la próxima vez y ya está. —Había estado alisándose el pañuelo entre las palmas de las manos; en ese momento lo desplegó, alargó el brazo y me secó la frente con él—. Eres lo único que tengo —añadió con una sonrisa tímida y afligida—. Ten cuidado.

—Papá —dije, y me eché a llorar. Y si el mero esfuerzo de hablar había sido una agonía, aquello era peor y, pese a todo, no podía contenerme.

Y el rostro de mi padre se transformó; se volvió viejísimo y, al mismo tiempo, absoluta e irremediamente joven. Recuerdo haberme quedado perplejo, en el seno frío e inmóvil de la tormenta que se estaba desencadenando en mi interior, al darme cuenta de que mi padre había estado sufriendo, de que seguía sufriendo.

—No llores —trató de tranquilizarme—, no llores. —Me acarició la frente con aquel pañuelo ridículo como si éste poseyera algún poder curativo mágico—. No hay ninguna razón para que llores. Todo va a salir bien, ya lo verás. —Él mismo estaba al borde de las lágrimas—. No pasa nada malo, ¿verdad que no? No he hecho nada malo, ¿verdad que no? —Y todo el tiempo me acariciaba la cara con aquel pañuelo, acallándome.

—Estábamos borrachos —dije—. Estábamos borrachos. —Y es que aquello parecía, de algún modo, explicarlo todo.

—Tu tía Ellen dice que es culpa mía —repuso—. Dice que nunca he sabido cómo educarte. —Apartó, gracias a Dios, el pañuelo y enderezó los hombros con movimiento débil—. Tú no me guardas rencor por nada; no tienes nada contra mí, ¿verdad que no? Dímelo si lo tienes.

Se me empezaron a secar las lágrimas, en la cara y en el tórax.

—No —le contesté—, no. Nada. De verdad.

—Lo hice lo mejor que pude —arguyó—. De verdad que lo hice lo mejor que pude. —Lo miré y al fin sonrió y añadió—: Vas a tener que estar aquí acostado una buena temporada, pero cuando vuelvas a casa hablaremos, ¿vale? Y trataremos de decidir qué narices vamos a hacer contigo cuando vuelvas a estar bien, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —respondí.

Y comprendí, en el fondo de mi alma, que nunca habíamos hablado, y que ahora nunca lo haríamos. Comprendí que él nunca debería saberlo. Cuando volví a casa habló conmigo sobre mi futuro, pero yo ya había tomado una decisión: no pensaba ir a la universidad. No pensaba quedarme en aquella casa con él y con Ellen. Y conseguí manipular tan bien a mi padre que, de hecho, empezó a pensar que mi decisión de buscar trabajo e irme a vivir por mi cuenta era el resultado directo de sus consejos y un homenaje al modo en que me había educado. Una vez que me fui de aquella casa, por supuesto, el trato con él empezó a ser mucho más fácil y nunca tuvo motivos para sentirse excluido de mi vida, ya que siempre conseguí, al hablar de ella, decirle exactamente lo que quería oír. Y lo cierto es que nos llevábamos bastante bien, porque la visión que le daba a mi padre de mi vida era justo la visión que yo mismo necesitaba creer de forma desesperada.

Y es que soy —o más bien era— una persona que se enorgullece de su

fuerza de voluntad, de su capacidad de tomar una decisión y de llevarla adelante con todas sus consecuencias. Dicha virtud, como la mayoría de las virtudes, es la ambigüedad propiamente dicha. Las personas que se creen tenaces, con mucha fuerza de voluntad, dueñas de su propio destino, sólo pueden seguir creyéndolo si se convierten en maestros del arte de engañarse a sí mismos. En el fondo, sus decisiones son cualquier cosa menos decisiones —pues una decisión verdadera lo hace a uno humilde: uno sabe que se toman a merced de más cosas de las que pueden nombrarse—, no son sino elaborados sistemas de evasión, de ilusión, diseñados para hacer que tanto ellos como el mundo parezcan ser lo que ellos y el mundo no son. Al menos, así es como se resume mi determinación, tomada tanto tiempo atrás en la cama de Joey. Había decidido no dejar sitio en el universo para algo que me avergonzaba y me asustaba a un tiempo. Y lo conseguí, ya lo creo que lo conseguí... ¿Cómo? No mirando al universo, no mirándome a mí mismo, permaneciendo, en realidad, en movimiento constante. Por supuesto, ni siquiera el movimiento constante impide una sacudida ocasional, un descenso súbito, como cuando un avión se topa con una bolsa de aire. Y hubo varios episodios de esa índole, siempre ebrios, siempre sórdidos. Un descenso de esas características particularmente espantoso tuvo lugar cuando estaba en el servicio militar, en el que estuvo implicado un marica a quien más tarde expulsaron del Ejército tras un consejo de guerra. El pánico que me produjo su castigo fue lo más cerca que llegué a estar de experimentar en mí mismo el horror que a veces veía nublando la mirada de otros hombres.

Lo que sucedió fue que, ajeno al significado de aquel hastío, me harté de estar siempre en movimiento, me harté de las tristes serenatas del alcohol, me harté de las amistades brutales, campechanas, bullangueras, que no significaban nada, me harté de vagar por los bosques de mujeres desesperadas, me harté del trabajo que me alimentaba sólo en el sentido más brutalmente literal. Quizá, como decirnos en América, quise encontrarme a mí mismo. Se trata de una frase interesante, no demasiado corriente, que yo sepa, en el idioma de cualquier otro país, que desde luego no significa lo que dice sino que revela la sospecha persistente de que algo se ha perdido. Ahora pienso que si hubiese tenido algún indicio de que la persona que iba a encontrar resultaría ser la misma persona de la que llevaba tanto tiempo

huyendo, me habría quedado en mi casa. Pero, a decir verdad, creo que en el fondo de mi alma sabía exactamente lo que estaba haciendo cuando me subí a bordo de aquel barco rumbo a Francia.



Conocí a Giovanni durante mi segundo año en París, cuando me había quedado sin blanca. La mañana de la noche que nos conocimos me habían echado de mi habitación; no les debía una cantidad exorbitante de dinero, sólo unos seis mil francos, pero los dueños de las pensiones parisinas tienen un don especial para detectar el hedor de la pobreza, y luego hacen lo que todo el mundo cuando percibe un mal olor: sacan afuera aquello que apesta.

Mi padre tenía en la cuenta un dinero que me pertenecía, pero era muy reacio a mandármelo porque quería que yo volviese a casa, que volviese a casa, tal como decía él, y que echase raíces por fin en un mismo sitio, en un sitio fijo, y cada vez que decía eso me imaginaba el sedimento del fondo de un pantano de agua estancada. Por aquel entonces no conocía a demasiada gente en París y Helia estaba en España. La mayor parte de la gente que conocía en París pertenecía a *le milieu*, tal como a veces lo llamaban los propios parisinos, y si bien ese medio daba muestras más que suficientes de querer reclamarme para sí, yo estaba decidido a demostrarles, tanto a ellos como a mí mismo, que no formaba parte de ellos. Lo conseguí frecuentando su compañía en innumerables ocasiones y manifestando hacia ellos una tolerancia que me colocaba, o al menos eso creía yo, por encima de toda sospecha. Había escrito cartas a amigos pidiéndoles dinero, por supuesto, pero el océano Atlántico es ancho y profundo, y el dinero no viene nadando desde la otra orilla.

Así las cosas, hojeé mi agenda de direcciones, sentado ante una taza de café tibio en la cafetería de un bulevar, y decidí llamar a un viejo conocido que siempre me estaba pidiendo que lo llamase, un hombre de negocios americano algo mayor, de origen belga, cuyo nombre era Jacques. Tenía un apartamento grande y confortable, montones de botellas de distintas clases y muchísimo dinero. Tal como yo había supuesto, le di una gran sorpresa con mi llamada, y antes de que el asombro y el hechizo se rompieran y le dieran tiempo a abrigar recelo, ya me había invitado a cenar. Puede que empezase a soltar improperios en cuanto colgó el teléfono y que echara mano de su cartera, pero ya era demasiado tarde. Jacques no es mal tipo; tal vez sea un idiota y un cobarde, pero casi todo el mundo es una cosa o la otra y la mayoría de la gente es las dos a la vez. Había aspectos de su forma de ser que me gustaban. Era tonto, pero estaba muy solo. Bueno, el caso es que ahora entiendo que el desprecio que sentía por él tenía mucho que ver con el desprecio que sentía por mí mismo. Podía ser extraordinariamente generoso y podía ser increíblemente tacaño. Aunque quería confiar en todo el mundo, era incapaz de confiar en nadie y, para compensar, regalaba el dinero a espuestas, dándoselo a cualquiera; por lo tanto, de manera Inevitable, la gente se aprovechaba de él. Luego se abrochaba la cartera, cerraba su puerta a cal y canto, y se recluía en aquella profunda autocompasión que tal vez fuese lo único que le pertenecía de veras. Durante mucho tiempo pensé que él, con su apartamento Inmenso, sus promesas bienintencionadas, su *whisky*, su marihuana y sus orgías, había contribuido a matar a Giovanni, como en definitiva puede que sí hubiese hecho. Y sin embargo, no hay duda de que las manos de Jacques no están más manchadas de sangre que las mías.

La verdad es que vi a Jacques justo después de que condenasen a Giovanni. Estaba sentado en la terraza de un café, arrebuñado en su gabán y tomando un *vin chaud*. Estaba sólo en la terraza y me llamó al verme pasar.

No tenía buen aspecto: tenía la cara salpicada de manchas y sus ojos, tras las gafas, parecían los de un moribundo que busca desesperado en todas partes su curación.

¿Te has enterado —me preguntó en un susurro en cuanto me senté junto a él

— de lo de Giovanni?

Asentí con la cabeza. Recuerdo que brillaba un sol invernal y me sentí tan frío y distante como aquel mismo sol.

—Es terrible, terrible, terrible... —gimió Jacques—. Terrible...

—Sí —convine. No podía decir nada más.

—No entiendo por qué lo hizo —prosiguió Jacques—, por qué no les pidió ayuda a sus amigos. —Alzó la vista para mirarme. Los dos sabíamos que la última vez que Giovanni había acudido a Jacques para pedirle dinero, éste se había negado a dárselo. Permanecí en silencio—. Dicen que había empezado a tomar opio, que necesitaba el dinero para el opio. ¿Sabías tú eso?

Lo sabía. Sólo se trataba de un rumor que había aparecido en la prensa y, sin embargo, yo tenía mis propios motivos para creerlo, recordando el grado de desesperación de Giovanni, sabiendo hasta dónde lo había conducido aquel terror inmenso, tan inmenso que simplemente se había convertido en un vacío. «Yo me quiero escapar —me había dicho—, *ye veux m'évader...* de este mundo sucio, este cuerpo sucio... No quiero hacer el amor nunca más con otra cosa que no sea el cuerpo».

Jacques estaba esperando a que le contestase. Me quedé mirando la calle. Empezaba a pensar en Giovanni muriendo... Allí donde Giovanni había estado no habría nada, nunca más nada.

—Espero que no sea culpa mía —dijo Jacques al fin—. Yo no le di el dinero. De haberlo sabido... le habría dado todo lo que tengo.

Pero ambos sabíamos que aquello no era cierto.

—Vosotros dos... —empezó a decir Jacques—, ¿no erais felices juntos?

—No —contesté. Me levanté—. Podría haberle ido mejor si se hubiese quedado allí en su pueblo, en Italia, y hubiese plantado sus olivos y tenido un montón de hijos y pegado a su mujer. Le encantaba cantar —recordé de pronto—; podría haberse quedado allí abajo y haberse pasado la vida cantando y haber muerto en su cama.

Acto seguido, Jacques dijo algo que me sorprendió. La gente es una caja de sorpresas, hasta para sí misma, si se la estimula suficientemente.

—Nadie se queda en el jardín del Edén para siempre —señaló—. ¿Por qué será?

No dije nada. Me despedí de él y me fui. Helia ya había vuelto hacia

tiempo de España, ya habíamos quedado en alquilar esta casa y tenía que reunirme con ella.

Desde entonces he pensado muchas veces en la pregunta de Jacques. La pregunta es banal, pero uno de los verdaderos problemas de la vida es que la vida es muy banal. A fin de cuentas, todos tenemos que recorrer el mismo camino oscuro —y el camino se las apaña para hacerse más oscuro, más traicionero, cuando más luminoso parece— y es cierto que nadie se queda en el jardín del Edén para siempre. El jardín de Jacques no era igual que el jardín de Giovanni, claro está: en el jardín de Jacques había jugadores de fútbol americano y en el de Giovanni, solteronas, pero eso no parece cambiar mucho las cosas. Tal vez todo el mundo tenga un jardín del Edén, no lo sé, pero apenas les ha dado tiempo de ver su jardín cuando ven la espada en llamas. Aunque también cabe la posibilidad de que quizá la vida sólo ofrezca la opción de recordar el jardín o de olvidarlo. O eso, o bien hace falta fortaleza para recordar, hace falta otra clase de fortaleza para olvidar o hace falta un héroe para hacer ambas cosas. La gente que recuerda juguetea con la locura a través del dolor, el dolor de la muerte permanentemente recurrente de su inocencia; la gente que olvida juguetea con otra clase de locura, la locura de la negación del dolor y el odio de la inocencia, y el mundo se divide básicamente entre los locos que recuerdan y los locos que olvidan. Los héroes escasean.

Jacques no había querido cenar en su apartamento porque su cocinero se había despedido. Sus cocineros siempre se le despedían. Siempre convencía a jovencitos de provincias —sabe Dios cómo— para que viniesen y le hiciesen de cocineros, y ellos, por supuesto, en cuanto eran capaces de defenderse en la capital, decidían que cocinar era lo último que querían hacer. Por lo general solían acabar regresando todos a las provincias, es decir, aquellos que no terminaban en las calles, en la cárcel o en Indochina.

Quedé con él en un restaurante hartamente agradable de la Rué de Grenelle y conseguí que me prestase diez mil francos antes de que hubiésemos terminado el aperitivo. Estaba de buen humor y yo, naturalmente, también, lo cual hizo que termináramos en el bar favorito de Jacques, una especie de túnel ruidoso, abarrotado de gente y mal iluminado de dudosa —o tal vez no tan dudosa sino quizá demasiado categórica— reputación. La policía efectuaba una redada de vez en cuando, por lo visto en connivencia con Guillaume, el *patrón*, quien

siempre se las arreglaba, aquella noche en particular, para advertir a sus clientes favoritos de que si no iban pertrechados con sus documentos de identidad, tal vez estarían mejor en otro sitio.

Recuerdo que el bar, aquella noche, estaba más abarrotado y ruidoso que de costumbre. Todos los habituales estaban allí, y muchos extraños, algunos mirando y otros simplemente observando. Había tres o cuatro damas parisinas muy chic sentadas a una mesa con sus gigolós o sus amantes, o tal vez sólo fuesen sus primos del campo, quién sabe. Las señoras parecían muy animadas, mientras que sus hombres estaban más bien tensos, y eran ellas las que más bebían. Estaban los habituales caballeros barrigudos y con gafas, con la mirada ávida y a veces desesperada, y los mismos chicos de siempre, delgados como un palillo y de pantalones ajustados. Nunca se sabía con certeza, por lo que respecta a éstos últimos, si iban tras el dinero, la sangre o el amor. Iban de acá para allá por todo el bar, gorroneando cigarrillos y copas, con la mirada impregnada de algo terriblemente vulnerable y duro a la vez. También estaban, cómo no, *les folies*, vestidas como de costumbre con las combinaciones más estafalarias, explicando a voz en grito, como cotorras, los detalles de sus aventuras amorosas más recientes, que al parecer siempre eran divertidísimas. A veces aparecía uno de ellos —aunque siempre hablaban de sí mismas en femenino— para dar la noticia de que acababa de pasar un rato con una célebre estrella de cine o con un boxeador. Entonces todas las demás corrían a arremolinarse en torno a la recién llegada y parecían un jardín de pavos reales y, por el ruido que hacían, un corral de gallinas. Siempre me costaba mucho trabajo creer que se fuesen a la cama con alguien, pues un hombre que quisiese una mujer seguro que prefería una mujer de verdad, y un hombre que quisiese un hombre sin duda no querría estar, precisamente, con alguna de ellas. En el fondo, tal vez ésa era la razón por la que chillaban tanto. Estaba el chico que trabajaba todo el día, según decían, en la oficina de correos y que salía por la noche embadurnado de maquillaje, con pendientes y con su espesa y rubia melena recogida en un moño en lo alto de la cabeza. A veces incluso llegaba a ponerse una falda y tacones y, por lo general, estaba de pie solo a menos que Guillaume se acercase a bromear con él. La gente decía que era muy agradable, pero confieso que su aire extremadamente grotesco me hacía sentir incómodo, del mismo modo, quizá, en que a la gente se le revuelve

el estómago cuando ve a los monos comiéndose sus propios excrementos. No les importaría tanto si los monos no se pareciesen —de una forma tan grotesca— a los seres humanos.

El bar estaba prácticamente en mi *quartier* y había desayunado muchas veces en un café lleno de obreros que había por allí cerca y al que se retiraban todos los noctámbulos del vecindario cuando cerraban los bares. A veces iba con Helia y otras veces iba solo. Y también había estado en aquel bar, dos o tres veces, una de ellas muy borracho. Me habían acusado de causar más o menos sensación por flirtear con un soldado. Mi recuerdo de aquella noche era, por fortuna, muy vago, y adopté la actitud de que daba lo mismo lo borracho que hubiese podido estar aquella noche: era imposible que hubiese hecho semejante cosa. Sin embargo, mi rostro era familiar y tenía la sensación de que toda la gente hacía apuestas sobre mí. O era como si fuesen los priores de una orden religiosa extraña y austera y estuviesen observándome para descubrir, por las señales que emitía pero que sólo ellos podían descifrar, si tenía o no verdadera vocación.

Jacques se percató, yo me percaté, mientras avanzábamos por el bar —era como entrar en un campo magnético o como acercarse a un pequeño círculo de calor— de la presencia de un nuevo barman. Estaba de pie, con aire insolente, sombrío y leonino, acodado en la caja registradora, toqueteándose la barbilla con los dedos y mirando al personal. Era como si el lugar donde estaba fuese un promontorio y nosotros fuésemos el mar.

Jacques se sintió atraído de inmediato y percibí cómo, por así decirlo, se preparaba para la conquista. Sentí la necesidad de mostrarme tolerante.

—Supongo —dije— que querrás conocer al barman, así que me esfumaré en cuanto tú quieras.

Bajo mi tolerancia fluía un caudal, en absoluto exiguo, de información maliciosa, el mismo al que había recurrido cuando lo había llamado para pedirle dinero. Sabía que Jacques sólo podía albergar la esperanza de conquistar al chico que teníamos ante nosotros si éste estaba, de hecho, en venta; y, si se exhibía con semejante arrogancia en un lote de subasta, sin duda encontraría postores más ricos y más atractivos que Jacques. Y yo sabía que Jacques era consciente de ello. También sabía algo más: que el tan cacareado afecto que Jacques sentía por mí tenía mucho que ver con el deseo; el deseo,

en realidad, de deshacerse de mí, y de poder, muy pronto, despreciarme igual que despreciaba a aquel ejército de chicos que se habían metido, sin amor, en su cama. Me defendía contra ese deseo fingiendo que Jacques y yo éramos amigos, obligando a su vez a Jacques, so pena de humillación, a fingirlo. Yo fingía no ver, aunque me aprovechaba de ella, la lujuria latente en sus ojos amargos y brillantes. Mediante la franqueza masculina y brutal con la que le hacía saber que todas sus esperanzas eran vanas, lo abocaba, irremediablemente, a la esperanza. Y por último, también sabía que, en bares como aquél, yo era la salvaguarda de Jacques: siempre y cuando estuviese allí con él, el mundo podría ver y él podría creer que había salido conmigo, su amigo, que no estaba allí por pura desesperación, que no se hallaba a merced de lo que el destino azaroso, la crueldad o las leyes de la pobreza material y emocional pudiesen poner en su camino.

—Tú quédate aquí —dijo Jacques—. Yo lo miraré de vez en cuando y hablaré contigo y de ese modo me ahorraré dinero... y complicaciones, además.

—No sé de dónde lo habrá sacado Guillaume —comenté.

Y es que era tan exacto a la clase de chico con que Guillaume siempre había soñado que parecía imposible que éste pudiese haberlo encontrado.

—¿Qué van a tomar? —nos preguntó en ese momento. Su tono permitía adivinar que, a pesar de que no hablaba mi idioma, sabía que habíamos estado hablando de él y esperaba que hubiésemos terminado.

—Une fine a l'eau —respondí.

—*Un cognac sec* —contestó Jacques, ambos hablando demasiado rápido, tanto que me sonrojé y advertí, por una leve mueca divertida en el semblante de Giovanni mientras nos servía, que se había dado cuenta.

Jacques, malinterpretando deliberadamente el conato de sonrisa de Giovanni, lo convirtió en una oportunidad.

—¿Eres nuevo aquí? —le preguntó, pero no en francés.

Casi con toda seguridad, Giovanni entendió la pregunta, pero prefirió mirar con cara de perplejidad primero a Jacques, luego a mí y después de nuevo a Jacques, quien le tradujo su pregunta.

Giovanni se encogió de hombros.

—Llevo aquí un mes —repuso.

Sabía hacia dónde iba a derivar la conversación, así que mantuve la mirada baja y tomé unos cuantos sorbos de mi copa.

—Esto te debe de resultar... —empezó a decir Jacques, con una especie de insistencia coactiva al rozarlo— un poco extraño, ¿no?

—¿Extraño? —repitió Giovanni—. ¿Por qué?

Y Jacques soltó una risa nerviosa. De repente sentí vergüenza de estar con él.

—Tantos hombres... —Y conocía aquella voz entrecortada, insinuante, más aguda que la de cualquier chiquilla, y caliente, sugiriendo de algún modo el calor mortal y absolutamente inmóvil que se cierne sobre los pantanales en julio—. Tantos hombres... —repitió con voz jadeante— y tan pocas mujeres. ¿No te resulta extraño?

—Ah —contestó Giovanni, y se volvió para servir a otro cliente—, seguro que las mujeres los están esperando en casa.

—Y seguro que a ti estará esperándote la tuya —insistió Jacques, a lo que Giovanni no respondió—. Bueno. He terminado pronto —dijo Jacques, mitad para mí, mitad para el espacio que acababa de contener a Giovanni—. ¿No te alegras de haberte quedado en el bar? Ahora me tendrás para ti solito.

—Bah, no has sabido hacerlo bien —repliqué—. Está loco por ti, pero es que no quiere parecer demasiado ansioso. Pídele una copa, entérate de dónde le gusta comprarse la ropa... Háblale de ese precioso Alfa Romeo que te mueres de ganas de regalar al primer camarero que se lo merezca.

—Muy gracioso —protestó Jacques.

—Bueno —proseguí—, ya conoces el dicho: el que no llora no mama, eso seguro.

—El caso es que estoy seguro de que se acuesta con mujeres. Siempre lo hacen, ¿sabes?

—Sí, he oído que hay hombres que hacen eso. Salvajes viciosillos...

Permanecimos en silencio unos minutos.

—¿Y por qué no lo invitas *tú* a tomar una copa con nosotros? —sugirió Jacques.

Lo miré.

—¿Que por qué no qué? Verás, a lo mejor te resultará difícil de creer, pero la verdad es que tengo esa rara debilidad por las mujeres yo mismo. Si fuese



su hermana la que nos resultase tan atractiva, la invitaría a *ella* a tomarse una copa con nosotros. No me gasto el dinero en hombres.

Vi cómo Jacques se mordía la lengua para no decirme que no ponía objeciones, en cambio, a que fuesen los hombres quienes se gastasen el dinero conmigo. Observé cómo se contenía con una leve sonrisa, pues sabía perfectamente que no podía decirlo en voz alta. A continuación, con aquella sonrisa suya alegre y valiente, añadió:

—No estaba insinuando, ni por un instante, que pusieses en peligro ésa... —hizo una pausa— esa virilidad *sin mácula* que es fuente de orgullo y satisfacción para tu persona. Sólo te proponía que lo invitases *tú* porque estoy casi seguro de que se negaría en redondo si fuese yo el que lo invitara.

—Pero hombre —repuse—, piensa en la confusión... Creerá que soy yo el que arde en deseos de probar su cuerpo. ¿Cómo saldríamos de ésa?

—Si se produce cualquier tipo de confusión —respondió Jacques con dignidad—, estaré encantado de aclararla.

Nos miramos fijamente el uno al otro por un momento. A continuación, me eché a reír.

—Espera a que vuelva por este lado de la barra. Ojalá pida una botella de litro y medio del champán más caro de Francia.

Me volví, apoyándome en la barra. Sentía una especie de euforia. Jacques, a mi lado, se había quedado callado, muy frágil y viejo de repente, y experimenté una aguda y fugaz sensación de lástima temerosa por él. Giovanni había salido de la barra para servir a la gente que estaba en las mesas y en ese momento regresaba con una sonrisa amarga y una bandeja llena hasta los topes.

—Tal vez —comenté— quedaría mejor si tuviésemos las copas vacías.

Nos terminamos la bebida y dejé la mía en la mesa.

—¿Camarero? —lo llamé.

—¿Lo mismo?

—Sí. —Hizo amago de volverse—. Camarero —añadí rápidamente—, nos gustaría invitarte a una copa, si te apetece.

—*Eh bien!* —exclamó una voz a nuestras espaldas—. *C'est fort ga!* No sólo has corrompido al fin (¡gracias a Dios!) a este increíble jugador de fútbol americano sino que ahora lo utilizas para corromper a mi barman. *Vraiment,*

*Jacques!* ¡A tu edad, nada menos!

Era Guillaume quien estaba detrás de nosotros, sonriendo como una estrella de cine y agitando el pañuelo largo y blanco sin el que, al menos en el bar, desde luego, no se le veía nunca. Jacques se volvió a medias, más que encantado de que lo acusaran de semejantes dotes de seducción, y él y Guillaume se abrazaron como dos viejas amigas del alma.

—*Eh bien, ma chérie, comment* vas-fu? Hacía mucho tiempo que no te veía por aquí.

—Es que estado ocupadísimo —contestó Jacques.

—No lo dudo. ¿Y no te da vergüenza, *vieille folie*?

—*Ettoi?* Desde luego no parece haber estado perdiendo el tiempo.

Y Jacques lanzó una elocuente mirada en la dirección de Giovanni, más como si éste fuese un valioso caballo de carreras o una rara pieza de porcelana. Guillaume siguió la mirada y bajó el tono de voz.

—Ah, ga, mon cher, c'est strictement du *business*, comprends-tú?

Se apartaron un poco, lo cual me dejó rodeado, bruscamente, de un silencio terrible. Al final levanté la mirada y miré a Giovanni, que me estaba observando.

—Me parece que me habías ofrecido una copa —dijo.

—Sí —contesté—, te había ofrecido una copa.

—No bebo alcohol cuando trabajo, pero tomaré una Coca-Cola. —Cogió mi copa—. Y para ti... ¿lo mismo?

—Lo mismo. —Me di cuenta de que me alegraba de estar hablando con él y eso me hizo sentir vergüenza. Además, me sentía amenazado, puesto que Jacques ya no estaba allí a mi lado. Luego advertí que tendría que pagar yo, al menos aquella ronda, pues no podía tirar de la manga de Jacques para que me diese dinero como si yo fuese su pupilo. Tosí y deposité el billete de diez mil francos encima de la barra.

—Eres rico —señaló Giovanni, y me puso la bebida delante.

—No. No, qué va. Es que no tengo cambio.

Esbozó una sonrisa, y no supe decir si había sonreído porque pensaba que estaba mintiendo o porque sabía que estaba diciendo la verdad. Tomó el billete en silencio, lo guardó y contó con cuidado mi cambio en la barra, delante de mí. Acto seguido, llenó su vaso y volvió a su posición original

junto a la caja registradora. Sentí cómo se me formaba un nudo en el estómago.

—*Á la vótre* —brindó.

—*Á la vótre*. —Bebimos.

—¿Eres americano? —preguntó al fin.

—Sí —contesté—, de Nueva York.

—¡Ah! Me han dicho que Nueva York es preciosa. ¿Es más bonita que París?

—Oh, no —respondí—. No hay ninguna ciudad en el mundo más bonita que París...

—Parece que sólo la sugerencia de que pueda haber una ciudad más bonita basta para que te enfades —señaló Giovanni sonriendo—. Perdóname. No pretendía parecer un hereje. —A continuación, en un tono más serio y como si quisiera apaciguarme, añadió—: Debe de gustarte mucho París.

—También me gusta Nueva York —contesté, consciente, no sin cierta incomodidad, de mi tono a la defensiva—, pero Nueva York es muy bonita de forma muy distinta.

Frunció el ceño.

—¿De qué forma?

—Es imposible que quien no la haya visto nunca pueda imaginársela. Es una ciudad muy vertical, nueva y eléctrica... emocionante. —Hice una pausa—. Resulta difícil describirla. Es muy... del siglo XX.

—¿Y París no te parece de este siglo? —preguntó con una sonrisa.

Su sonrisa me hizo sentir un poco idiota.

—Verás —contesté—, París es antigua, muy vieja. París es muchos siglos. En París sientes todo el tiempo pasado. No es eso lo que se siente en Nueva York... —Él estaba sonriendo. Yo me callé.

—¿Y qué es lo que se siente en Nueva York? —preguntó.

—Quizá se siente... —le expliqué— todo el tiempo que está por venir. Hay tantísima fuerza por todas partes... Todo está en perpetuo movimiento. No puedes evitar preguntarte, o al menos yo no puedo evitar preguntarme, cómo será dentro de muchos años.

—¿Dentro de muchos años? ¿Cuándo estemos muertos y Nueva York sea vieja?

—Sí —contesté—. Cuando todo el mundo esté cansado, cuando el mundo,

para los americanos, no sea tan nuevo.

—No veo por qué el mundo es tan nuevo para los americanos —dijo Giovanni—. En realidad, todos erais simples emigrantes, y no hace tanto tiempo que os marchasteis de Europa.

—El océano es muy ancho —repuse—. Hemos llevado una vida distinta a la vuestra, allí nos han pasado cosas que nunca han pasado aquí. Entonces es comprensible que esto nos convierta en personas distintas a vosotros, ¿no te parece?

—Ah, si sólo os hubiese convertido en personas distintas... —se echó a reír—. Pero parece haberos convertido en otra especie. No vivís en otro planeta, ¿verdad que no? Porque supongo que eso lo explicaría todo.

—Admito —repliqué con cierta irritación, ya que no me gusta que se rían de mí— que a veces podemos dar la impresión de que creemos que sí, pero no vivimos en otro planeta, no. Ni tú tampoco, amigo.

Volvió a sonreír.

—No pondré en duda tan lamentable hecho.

Nos quedamos callados un momento. Giovanni fue a servir a otras personas al otro extremo de la barra. Guillaume y Jacques seguían charlando. Guillaume parecía estar explicando una de sus interminables anécdotas, anécdotas que giraban, forzosamente, en torno a los peligros del negocio o a los peligros del amor, y Jacques tenía la boca torcida en una mueca de dolor. Yo sabía que se moría de ganas de volver a la barra.

Giovanni se colocó de nuevo delante de mí y empezó a limpiar la barra con un trapo húmedo.

—Los americanos sois curiosos. Tenéis un sentido del tiempo muy curioso... o puede que no tengáis ningún sentido del tiempo en absoluto, no sabría decirlo. El tiempo siempre parece un desfile *chez vous*, un desfile triunfal, como ejércitos con sus estandartes entrando en una ciudad. Como si, con tiempo suficiente... y eso no sería necesariamente sólo en el caso de los americanos, *n'est-ce pas?* —Y sonrió, al tiempo que me lanzaba una mirada burlona, aunque yo no dije nada—. Bien, entonces —continuó—, como si con tiempo suficiente y toda esa energía y eficiencia monstruosa que tenéis, todo fuera a solucionarse, a arreglarse y a quedar en su lugar. Y cuando digo todo —añadió con gravedad—, me refiero a todas las cosas serias y terribles,

como el dolor, la muerte y el amor en las que vosotros, los americanos, no creéis.

—¿Y qué te hace pensar que no creemos en ellas? ¿Y en qué crees tú?

—No creo en esa estupidez sobre el tiempo. El tiempo es lo más normal y corriente, es como el agua para un pez. Todo el mundo está en esta agua, nadie sale de ella, o si lo hace, le pasa lo mismo que al pez, que se muere. ¿Y sabes lo que pasa en esta agua, el tiempo? Que el pez grande se come al pez pequeño. Eso es todo. El pez grande se come al pez pequeño y al océano no le importa.

—Venga, ya, por favor... —le espeté—. Pues yo no me creo eso. El tiempo no es agua ni nosotros somos peces y puedes elegir entre ser comida y también no comerte... no comerte —añadí rápidamente, sonrojándome un poco ante su sonrisa sarcástica y complacida— al pez pequeño, por supuesto.

—¡Elegir! —exclamó Giovanni, apartando su cara de la mía y hablándole, o eso parecía, a un aliado invisible que hubiese estado espiando toda nuestra conversación—. ¡Elegir! —Se volvió de nuevo hacia mí—. Ah..., no hay duda de que eres un americano de la cabeza a los pies. *J'adore votre enthousiasme!*

—Y yo adoro el vuestro —contesté educadamente—, aunque parece ser de una tonalidad más negra que el nuestro.

—Bueno —dijo con suavidad—, pues no veo qué sé puede hacer con los peces pequeños salvo comérselos. ¿Para qué otra cosa sirven?

—En mi país —respondí, sintiendo cómo se fraguaba una sutil batalla en mi interior mientras lo decía—, los peces pequeños parecen haberse unido y están royendo el cuerpo de la ballena.

—Eso no los convertirá en ballenas —puntualizó Giovanni—. El único resultado de todo ese roer es que ya no habrá grandeza en ningún sitio, ni siquiera en el fondo del mar.

—¿Es *eso* lo que tienes en contra de nosotros? ¿Que no tenemos grandeza?

Sonrió. Sonrió como alguien que, frente a la completa Incompetencia de su oponente, está dispuesto a abandonar la discusión.

*Peut-être.*

—Sois Imposibles —dije—. Sois vosotros quienes acabasteis con la grandeza, aquí mismo, en esta ciudad, con adoquines. ¡Mira quién fue a hablar

de los peces pequeños...! —Estaba esbozando una sonrisa de oreja a oreja, de modo que me callé.

—No, no, sigue hablando —me animó sin dejar de sonreír—. Te escucho.  
Apuré mi copa.

—Vosotros fuisteis quienes nos tirasteis toda esta *merde* encima —dije con resentimiento—, y ahora decís que somos primitivos porque apestamos.

Mi resentimiento lo dejó encantado.

—Eres encantador —dijo—. ¿Siempre hablas así?

—No —respondí, y bajé la mirada—, casi nunca.

Había coquetería en su modo de mirarme.

—En ese caso, me siento adulado —comentó con una súbita y desconcertante gravedad que, pese a todo, contenía una leve pizca de burla.

—¿Y tú? —pregunté al final—. ¿Llevas aquí mucho tiempo? ¿Te gusta París?

Titubeó un momento y luego sonrió. De pronto parecía un chiquillo tímido.

—Hace frío en invierno —contestó—. Eso no me gusta. Y los parisinos... no me parecen muy abiertos, ¿no crees? —No aguardó a mi respuesta—. No son como la gente que conocí cuando era más joven. En Italia somos abiertos, bailamos, cantamos y hacemos el amor... pero esta gente... —y echó una mirada a su alrededor, por todo el bar, antes de mirarme de nuevo a mí. Luego se terminó su Coca-Cola—. Esta gente es fría, yo no los entiendo.

—Y los franceses, en cambio —apunté en tono de chanza— dicen que los italianos son demasiado etéreos, demasiado volubles, que no tienen medida...

—¡Medida! —exclamó Giovanni—. ¡Ah, esta gente y su medida! Lo miden y lo pesan todo, el centímetro, el gramo... Y se pasan la vida acumulando todas las pequeñas sobras que van ahorrando, por poco que sea: una moneda encima de otra, año tras año, todo metido en un calcetín o debajo de la cama. ¿Y qué es lo que sacan con tanta medida, con tanto ahorro? Un país que se está cayendo a pedazos, trocito a trocito, delante de sus narices. Medida. No me gustaría escandalizarte diciendo en voz alta todo lo que esta gente mide, pesa y sopesa antes de permitirse el lujo de hacer cualquier cosa. ¿Puedo invitarte yo ahora? —preguntó de improviso—. ¿Antes de que vuelva el viejo? ¿Quién es? ¿Tu tío?

No sabía si había empleado la palabra «tío» de manera eufemística. Sentí

la necesidad apremiante de dejar del todo clara mi situación, pero no sabía cómo hacerlo. Me eché a reír.

—No —contesté—, no es mi tío. Sólo es un conocido.

Giovanni me interrogó con la mirada, y esa mirada me hizo sentir que nadie en toda mi vida me había mirado tan fijamente.

—Espero que no le tengas mucho aprecio —respondió con una sonrisa—, porque creo que es un idiota. No es un mal hombre, entiéndeme, sólo un poco idiota.

—Puede ser —concedí, y al instante me sentí como un traidor—. No es mala persona —añadí rápidamente—, en realidad es muy buen tipo. —«Eso tampoco es verdad», pensé, «no es ni mucho menos un buen tipo»—. Bueno —continué—, desde luego no le tengo muchísimo aprecio —y volví a sentir, de inmediato, aquel extraño nudo en el estómago y cómo me zozobraba la voz.

Con cuidado, Giovanni me llenó la copa.

—*Vive l'Amérique* —dijo.

—Gracias —contesté, y levanté mi copa—, *vive le vieux continent*.

Nos quedamos callados un momento.

—¿Vienes mucho por aquí? —preguntó Giovanni de pronto.

—No, no mucho —contesté.

—Pero vendrás... —empezó a decir en tono socarrón y con la cara iluminada por una maravillosa expresión burlona— más a menudo a partir de *ahora*, ¿no?

—¿Por qué? —dije tartamudeando.

—¡Ah! —exclamó Giovanni con resignación—. ¿Es que no sabes cuándo has hecho un amigo?

Sabía que debía de parecer estúpido y que mi pregunta también era estúpida:

—¿Tan pronto?

—Si quieres —contestó, razonablemente, y consultó su reloj— podemos esperar otra hora. Podemos hacernos amigos entonces. O podemos esperar hasta que sea la hora de cerrar. Podemos ser amigos entonces, ¿qué te parece? O podemos esperar a mañana, sólo que eso significa que tendrás que venir aquí mañana y a lo mejor tienes otra cosa que hacer. —Apartó el reloj y apoyó ambos codos sobre la barra—. Y dime una cosa, ¿qué es todo eso del tiempo?

¿Por qué es mejor tarde que temprano? La gente siempre está diciendo: «Tenemos que esperar, tenemos que esperar». ¿A qué están esperando?

—Bueno —contesté, consciente de que Giovanni me estaba llevando a un terreno muy peligroso—, supongo que la gente se espera para estar segura de lo que siente.

—¡Para estar *segura*! —Se volvió de nuevo hacia el aliado invisible de antes y otra vez se echó a reír. Aquel fantasma quizá empezaba a resultarme un tanto irritante pero el sonido de la risa de Giovanni en aquel túnel sin ventilación era fantástico—. Está claro que eres un verdadero filósofo. —Me señaló el corazón con el dedo—. Y cuando has esperado... ¿eso te ha hecho estar seguro?

No tenía respuesta para aquello, sencillamente. Desde el centro abarrotado y oscuro del bar surgió una voz que gritó «*Garlón!*» y Giovanni se alejó de mí, sin dejar de sonreír.

—Ahora puedes esperar. Y dime lo seguro que estás tras la espera, cuando vuelva.

Se llevó la bandeja metálica y redonda y desapareció entre la gente. Lo observé mientras se alejaba, y luego observé los rostros de la gente, que lo miraban a él. Y luego sentí miedo. Supe que estaban observando, que nos habían estado observando a ambos. Sabían que habían presenciado un comienzo y ahora no dejarían de observarnos hasta que vieses el final. Había hecho falta algún tiempo, pero al final las tornas se habían vuelto: ahora era yo quien estaba en el zoo y eran ellos quienes me miraban.

Permanecí solo en la barra bastante rato, pues Jacques había conseguido escapar de Guillaume pero ahora lo habían atrapado, pobre, dos de los chicos delgados como palillos. Giovanni regresó un momento y me guiñó un ojo.

—¿Estás seguro?

—Tú ganas. Tú eres el filósofo.

—No, pero tienes que esperar un poco más. Todavía no me conoces lo suficiente para decir tal cosa.

Y llenó la bandeja y volvió a desaparecer.

En ese momento, alguien a quien no había visto nunca surgió de entre las sombras y avanzó hacia mí. Parecía una momia o un zombi —o al menos ésa fue la primera e impactante impresión—, algo que andaba después de estar ya



muerto. Y lo cierto es que caminaba como si fuese un sonámbulo o como esas figuras a cámara lenta que a veces se ven en la pantalla. Llevaba un vaso, caminaba de puntillas y las caderas planas se movían con una lascivia inerte y aterradora. No parecía emitir ninguna clase de sonido, aunque eso se debía al estruendo del bar, que era como el rugido del mar nocturno, cuando se oye a lo lejos. Aquella cosa relucía en la penumbra; el pelo negro y fino, completamente graso y peinado hacia delante, le caía sobre la cara, en mechones; llevaba las pestañas embadurnadas de rímel y la boca le ardía entre las llamaradas de pintalabios. Tenía la tez inusualmente blanca, salvo por los restos de alguna clase de base traslúcida. Apestaba a polvos traslúcidos y perfume de gardenia. La camisa, abierta con frivolidad hasta el ombligo, dejaba al descubierto un pecho lampiño y un crucifijo de plata; la camisa estaba cubierta de láminas finísimas y redondas de color rojo, verde, naranja, amarillo y azul que centelleaban bajo la luz, dando la sensación de que la momia podía desaparecer de un momento a otro envuelta en llamas. Llevaba una faja roja alrededor de la cintura, y los pantalones ceñidos eran de un gris sorprendentemente sobrio. Llevaba hebillas en los zapatos.

No estaba seguro de que estuviese avanzando hacia mí, pero no podía apartar la mirada. Se detuvo delante, colocando una mano en la cadera, me miró de arriba abajo, y sonrió. Había estado comiendo ajo y tenía una dentadura pésima. Advertí, con gran sorpresa, que tenía unas manos muy grandes y fuertes.

—Eh bien —*dijo*—, il te plaít?

—*Comment?* —exclamé.

Realmente no estaba seguro de haberlo oído bien, a pesar de que sus ojos fulgurantes, que por lo visto estaban mirando algo muy gracioso en los intersticios de mi cráneo, no dejaban mucho lugar a dudas.

—Que si te gusta... el barman.

No sabía qué hacer ni qué decir. Parecía imposible darle una bofetada, parecía imposible enfadarse. La escena no parecía real, él no parecía real. Además, daba lo mismo lo que respondiese: aquellos ojos se burlarían de mí. Contesté, con la mayor sequedad posible:

—¿Y eso a ti qué te importa?

—Pero si no me importa lo más mínimo, *darling*. *Je m'en fou*.

—En ese caso, por favor... largo de mi vista.

No se alejó de inmediato, sino que volvió a sonreírme.

—*Il est dangereux, tu sais*. Y para un chico como tú... es muy, pero que muy peligroso.

Lo miré y sentí ganas de preguntarle qué quería decir con aquello.

—Vete al infierno —le espeté, y le di la espalda.

—Oh, no —replicó—, no seré yo quien vaya al infierno. —Y agarró con fuerza el crucifijo con una de sus manazas—. Sino tú, amigo mío. Lo siento pero me parece que vas a ser tú quien va a arder en una hoguera muy, muy caliente. —Se echó a reír de nuevo—. ¡Uf, menuda hoguera! —Se tocó la cabeza—. Aquí. —Empezó a retorcerse de dolor, como si lo estuvieran torturando—. ¡Por todas partes! —Y se tocó el corazón—. Y aquí. —Me lanzó una mirada maliciosa, burlona y algo más: me miró como si yo estuviera muy lejos—. Pobrecillo... tan joven, tan fuerte, tan guapo... ¿No quieres invitarme a una copa?

—Va te taire foutre.

Arrugó el ceño con la expresión de pena de los niños y de los ancianos; la pena, también, de ciertas actrices entradas en años que habían sido famosas en su juventud por su belleza frágil y añorada. Los ojos negros se achicaron llenos de rencor y de furia, y la boca carmesí dibujó una curva descendente como la máscara de la tragedia.

—*T'auras du chagrin* —dijo—. Vas a ser muy desdichado. Recuerda lo que te digo.

Se irguió como si fuese una princesa y se alejó, encendido, hasta confundirse entre la multitud.

En ese momento, Jacques, que estaba a la altura de mi codo, se dirigió a mí:

—Todo el mundo en el bar comenta lo bien que os habéis caído mutuamente tú y el barman. —Me lanzó una sonrisa radiante y vengativa—. Supongo que no ha habido ninguna confusión...

Bajé la vista para mirarlo. Sentí deseos de hacerle algo a aquel rostro alegre, espantoso y vulgar para que nunca pudiera volver a sonreír a nadie del modo en que me estaba sonriendo a mí. Luego quise salir de aquel bar, a respirar aire fresco, a ir en busca de Helia quizá, mi novia, cuya entidad en mi

vida se veía tan amenazada de repente.

—No ha habido ninguna confusión —le espeté—. Y tú tampoco te confundas.

—Creo que puedo decir sin temor a equivocarme —dijo Jacques— que nunca en mi vida he estado menos confundido. —Había dejado de sonreír, y ahora me lanzaba una mirada seca, amarga e impersonal—. Y aun a riesgo de perder para siempre tu amistad, tan extraordinariamente sincera, deja que te diga una cosa: la confusión es un lujo que sólo los muy, muy jóvenes pueden permitirse, y tú ya no eres tan joven.

—No sé de qué me hablas —dije—. Tomemos otra copa.

Sentí que más me valía emborracharme. En ese momento, Giovanni volvió a colocarse detrás de la barra y me guiñó un ojo. Jacques no me quitó la mirada de encima ni un segundo. Le di groseramente la espalda y volví a mirar hacia la barra. Él hizo lo propio.

—Lo mismo —dijo Jacques.

—Claro que sí —contestó Giovanni—, así se hace. —Nos sirvió las copas. Pagó Jacques. Supongo que yo no tenía buen aspecto, porque Giovanni me gritó en tono de broma—: ¡Eh! ¿Estás ya borracho?

Alcé la vista y sonreí.

—Ya sabes cómo beben los americanos —respondí—. Todavía no he empezado siquiera.

—David no está borracho, ni mucho menos —terció Jacques—. Sólo se acaba de dar cuenta, amargamente, de que necesita un par de tirantes nuevos.

Me dieron ganas de matar a Jacques. Y sin embargo, me costó mucho trabajo contener la risa. Hice una mueca para dar a entender a Giovanni que el viejo acababa de hacer un chiste que sólo éste y yo podíamos comprender, y desapareció otra vez. Había llegado esa hora de la noche en que un montón de gente salía del local y entraba otro montón de gente. Todos se encontrarían de todas formas más tarde, en el último bar; es decir, todos los menos afortunados como para seguir buscando a tan altas horas de la madrugada.

Me resultaba imposible mirar a Jacques, y él lo sabía. Estaba de pie junto a mí, con una sonrisa estúpida en el rostro, tarareando una tonada. Yo no tenía nada que decir. No me atrevía a mencionar a Helia. Ni siquiera podía engañarme a mí mismo fingiendo que sentía que estuviese en España. Me

alegraba. Me alegraba inmensa, irremediable y terriblemente. Sabía que no podía hacer nada para detener el entusiasmo feroz que se había desatado en mi interior, como una tormenta. Sólo podía beber, con la débil esperanza de que así la tormenta amainase sin causar más daños a mis dominios. Pero me alegraba. Sólo lamentaba que Jacques hubiese sido testigo. Él me hacía sentir vergüenza. Lo odiaba porque ahora al fin había presenciado todo lo que había esperado ver, a veces con una esperanza vana, durante tantos meses. En realidad habíamos estado jugando a un juego a muerte y él había salido vencedor. Él era el vencedor pese al hecho de que yo había hecho trampas para ganar.

Y pese a todo, deseé, estando allí de pie en la barra, ser capaz de encontrar en mí mismo las fuerzas para dar media vuelta y salir de allí, de subir hasta Montparnasse, quizá, e irme con alguna chica. Con cualquier chica. Pero no podía hacerlo. Me dije toda clase de mentiras, estando allí de pie en la barra, pero no podía moverme. Y en parte eso era porque sabía que, en el fondo, ya no importaba; no importaba ni siquiera aunque no volviese a hablar con Giovanni nunca más, puesto que se habían hecho visibles —tan visibles como las láminas de colores que lucía la camisa de la princesa llameante— y me recorrían el cuerpo, me aguijoneaban las entrañas, mi despertar... mis insistentes posibilidades.

Así fue como conocí a Giovanni. Creo que conectamos en cuanto nos conocimos. Y aún seguimos conectados, pese a nuestra *séparation de corps* posterior, pese al hecho de que Giovanni se pudrirá muy pronto en un cementerio civil en las inmediaciones de París. Hasta que me muera, seguirá habiendo de esos momentos —momentos que parecerán levantarse del suelo como las brujas de Macbeth— cuando el rostro de Giovanni se aparecerá ante mí, ese rostro con todos sus cambios, cuando el timbre exacto de su voz y las modulaciones de su habla harán que por poco me estallen los oídos, cuando su olor me dejará aturdido. A veces, en los días que vendrán, —Dios, concédeme la gracia de vivirlos—, en el fulgor de la mañana gris, con la boca agria, los ojos rojos, en carne viva, el pelo enmarañado y húmedo por el sueño agitado, ante la taza de café y el humo de los cigarrillos, frente al chico intrascendente e impenetrable de la noche anterior, que no tardará en levantarse y desvanecerse como un espíritu, veré a Giovanni de nuevo, tal y como estaba

aquella noche, tan vivido, tan sumamente encantador, con la cabeza rodeada de toda la luz de aquel túnel sombrío, como un halo.

A las cinco de la mañana, Guillaume cerró la puerta del bar a nuestras espaldas. Las calles estaban vacías y de color gris. En una esquina cercana, un carnicero ya había abierto su tienda y podía vérselo dentro, con las manos ya ensangrentadas, despedazando la carne. Uno de los enormes autobuses verdes de París pasó a nuestro lado, circulando con aire cansino, casi vacío y agitando de forma intermitente su bandera eléctrica para señalar un giro. Un *gargon de café* tiró un cubo de agua en la acera, justo enfrente de su establecimiento, y luego barrió el agua con la escoba, hacia la alcantarilla. Al cabo de la calle larga y torcida aparecían los árboles del paseo, las sillas de mimbre apiladas a las puertas de los cafés y el colosal chapitel de piedra de Saint-Germain-des-Prés, el chapitel más magnífico de todo París, al menos para Helia y para mí. La calle que había tras la *place* se extendía ante nuestros ojos hacia el río y, oculta detrás y junto a nosotros, serpenteaba hasta Montparnasse. Llevaba el nombre de un aventurero que sembró por primera vez un cultivo en Europa que todavía se cosecha hoy en día. Había caminado por esa misma calle, a veces con Helia, camino del río, y muchas veces sin ella, camino de las chicas de Montparnasse. Tampoco hacía mucho tiempo de eso, aunque aquella mañana parecía que hubiese ocurrido en otra vida.

Íbamos a ir a desayunar a Les Halles. Nos subimos en un taxi, los cuatro, apretujándonos de forma bastante incómoda, circunstancia que suscitó en Jacques y en Guillaume toda clase de comentarios lascivos. Su lascivia era

especialmente repugnante, no sólo porque careciese por completo de ingenio, sino también porque se trataba, indudablemente, de una expresión de desprecio hacia los demás y hacia sí mismos; brotaba de ellos como un surtidor de agua negra. Quedaba claro que se estaban excitando a costa de Giovanni y de mí, y eso me estaba sacando de quicio. Pero Giovanni se apoyó en la ventanilla del taxi y dejó que su brazo me apretase ligeramente el hombro, como queriendo decir que pronto nos libraríamos de aquellos viejos y ya no nos importaría que nos salpicase su agua sucia: no tendríamos ningún problema para lavárnosla.

—Mira —dijo Giovanni cuando cruzábamos el río—. Esta vieja puta, París, una vez que ya se ha acostado, es muy emotiva.

Miré por la ventanilla, más allá del marcado perfil de Giovanni, que estaba gris por el cansancio y por la luz del cielo abierto. El río estaba hinchado y amarillo, y no había nada en él en movimiento, pues las barcas estaban amarradas en los muelles. La lié de la Cité se ensanchaba a medida que se iba alejando de nosotros, soportando el peso de la catedral; y detrás de ésta, de forma tenue, entre la neblina y la velocidad del taxi, todavía se distinguía el contorno de los tejados de París, los millares de cañones achaparrados de sus chimeneas, preciosos y multicolores bajo el cielo nacarado. La niebla se había aferrado al río y templaba el ejército de árboles y piedras, ocultando de ese modo las horribles callejuelas serpenteantes y los callejones sin salida, que se pegaban como una maldición a la piel de los hombres que dormían debajo de los puentes, uno de los cuales apareció por debajo de nuestro trayecto, muy negro y solo, caminando junto al río.

—Algunas ratas han entrado —señaló Giovanni— y ahora salen otras ratas. —Esbozó una sonrisa sombría y me miró; para mi sorpresa, me tomó la mano y la retuvo entre las suyas—. ¿Has dormido alguna vez debajo de un puente? —me preguntó—. O a lo mejor en tu país tienen camas blandas y mantas cálidas debajo de los puentes...

No sabía qué hacer con mi mano. Lo mejor era optar por no hacer nada.

—Todavía no —contesté—, pero tal vez lo haga. Me quieren echar de mi hotel.

Lo había dicho con toda naturalidad, con una sonrisa, por una voluntad de ponerme al mismo nivel que él en cuanto a vivencias personales de

circunstancias sombrías. Sin embargo, el hecho de que lo hubiese dicho mientras él me sostenía la mano hizo que sonase en mis oídos como la voz de alguien indescriptiblemente desvalido, dulce y tímido. Pero no podía hacer nada para borrar aquella impresión, pues añadiendo algo más sólo conseguiría reafirmarla. Retiré la mano con el pretexto de querer buscar un pitillo.

Jacques me lo encendió.

—¿Dónde vives? —le preguntó a Giovanni.

—Oh —exclamó Giovanni—, lejos. Muy lejos. Casi no está en París.

—Vive en una calle horrible, cerca de Nation —dijo Guillaume—, entre todos esos espantosos burgueses y los gorrinos de sus hijos.

—Hay que pillarlos en la edad adecuada —dijo Jacques—. Pasan por una etapa, demasiado breve, *helas!*, en la que un cerdo es tal vez el único animal al que no te recuerdan. —Acto seguido, dirigiéndose a Giovanni, preguntó—: ¿En un hotel?

—No —contestó, y por primera vez parecía un poco incómodo—. Vivo en la habitación de una asistenta.

—¿Con la asistenta?

—No —dijo Giovanni, y sonrió—, de hecho, no sé ni dónde está. Es más, si vieseis la habitación os daríais cuenta de que allí no vive ninguna asistenta.

—A mí me encantaría verla —comentó Jacques.

—Entonces ya celebraremos una fiesta en tu honor algún día —repuso Giovanni.

Este comentario, demasiado cortés y demasiado directo como para dar pie a más preguntas, estuvo a punto, pese a todo, de arrancar una pregunta de mis labios. Guillaume lanzó una mirada fugaz a Giovanni, que no lo estaba mirando a él sino a' la mañana, por la ventanilla, silbando. Llevaba seis horas tomando determinaciones y acababa de tomar una más: aclarar del todo «aquello» con Giovanni en cuanto estuviese a solas con él en Les Halles. Iba a tener que decirle que había cometido un error pero que todavía podíamos ser amigos, aunque en el fondo no podía tener la absoluta certeza de que no fuese yo quien estaba cometiendo un error, malinterpretándolo todo ciegamente... y por unas necesidades, además, demasiado vergonzosas como para ser expresadas en voz alta. Me encontraba en un dilema, pues veía que, fuera cual fuese el resultado, me había llegado la hora de la confesión y no había forma



de impedirlo, a no ser, por supuesto, que me bajase de inmediato de aquel taxi, lo cual sería la peor confesión de todas.

En ese momento el conductor nos preguntó adonde queríamos ir, ya que habíamos llegado a los bulevares estrechos y las callejuelas infranqueables de Les Halles. Puerros, cebollas, coles, naranjas, manzanas, patatas y coliflores se apilaban en montones relucientes por todas partes: en las aceras, en las calles y delante de los cobertizos de metal. Los cobertizos ocupaban manzanas enteras y en su interior se apilaba más fruta todavía, más hortalizas. En algunos de ellos, pescado; en otros, queso; y en otros, animales enteros, sacrificados hacía escaso tiempo. Parecía casi imposible que todo aquello pudiera comerse, pero al cabo de unas pocas horas todo habría desaparecido y llegarían camiones procedentes de todos los rincones de Francia — atravesando, para beneficio de un ejército de intermediarios, la ciudad entera — para alimentar a las ávidas masas. Las mismas masas que ahora rugían, — hiriendo y cautivando al oído al mismo tiempo—, delante, detrás y a cada lado de nuestro taxi. Nuestro taxista y también Giovanni les devolvieron el rugido. La multitud parisina parecía ir vestida de azul todos los días excepto el domingo, cuando casi todos iban de un negro que era estricto y festivo al mismo tiempo. Y allí estaban, de azul, obstaculizando cada centímetro de nuestro paso con los carros, las carretillas y las vagonetas, con las cestas llenas a rebosar y cargadas a la espalda en una pirueta inverosímil y extremadamente audaz. Una mujer de rostro rubicundo gritó —a Giovanni, al taxista, al mundo— una *cochonnerie* en extremo fuerte e intensa, a la que el conductor y Giovanni, al unísono y a voz en grito, respondieron a pesar de que la mujer de la fruta ya había desaparecido de nuestra vista y quizá ni siquiera recordaba sus aspavientos tan marcadamente obscenos. Seguimos avanzando sin rumbo fijo, pues nadie le había indicado todavía al taxista dónde debía detenerse, y Giovanni y el conductor —quienes, por lo visto, justo después de entrar en Les Halles se habían convertido en hermanos— empezaron a intercambiar comentarios, para nada favorecedores, relacionados con la higiene, el lenguaje, las intimidades y los hábitos de los ciudadanos parisinos. (Jacques y Guillaume, por su parte, estaban intercambiando comentarios muchísimo menos inocentes relacionados con cada hombre que pasaba). Las aceras resbalaban con los desechos, sobre todo hojas podridas y viejas,

flores, frutas y hortalizas que habían llegado a su fin natural de forma lenta o abrupta. Y las paredes y las esquinas estaban repletas de *pissoirs*, braseros provisionales con un fuego débil, cafés, restaurantes y *bistrots* de color amarillo y llenos de humo; entre estos últimos, algunos eran tan pequeños que eran poco más que esquinas cercadas en forma de rombo con botellas en su interior y un mostrador recubierto de zinc. En todos estos lugares se veían poderosos hombres jóvenes, viejos y de mediana edad, poderosos aun en las distintas formas en las que habían encontrado, o estaban encontrando, su variada ruina; y mujeres armándose de astucia y de paciencia, de una capacidad de contar y pesar —y de gritar— todo aquello de lo que carecían en músculo... aunque, a decir verdad, no parecían carecer de mucho. Nada de aquello me recordaba a mi hogar aunque, tal como Giovanni había reconocido, me divertía.

—Conozco un sitio —le dijo al taxista— *trés bon marché*. —Y le explicó a éste dónde estaba. Resultó ser uno de los lugares favoritos del conductor.

—¿Dónde está eso? —preguntó Jacques, con aire insolente—. Creía que íbamos a ir a... —Y dijo el nombre de otro sitio.

—Debes de estar de guasa —repuso Giovanni con desdén—. Ese sitio es malísimo y carísimo, sólo es para turistas. Y nosotros no somos turistas. —A continuación añadió dirigiéndose a mí—: La primera vez que vine a París trabajé en Les Halles... hace mucho tiempo de eso. *Nom de Dieu, quel boulot!* Ojalá nunca tenga que hacer eso otra vez. —Y contempló las calles por las que pasábamos con una tristeza que el hecho de estar burlándose de sí mismo y de resultar un poco teatral no hacía menos real.

Desde su rincón del taxi, Guillaume intervino diciendo:

—Diles quién te rescató.

—Ah, sí —contestó Giovanni—, he aquí mi salvador, mi *patrón*. —Se calló un momento y al cabo añadió—: No te arrepientes, ¿verdad que no? No te he perjudicado, ¿no? ¿Estás contento con mi trabajo?

—*Mais oui* —contestó Guillaume.

Giovanni lanzó un suspiro.

—*Bien sur*. —Volvió a mirar por la ventanilla y se puso a silbar de nuevo. Llegamos a una esquina notablemente tranquila y el taxista detuvo el vehículo.

—*Ici* —dijo el conductor.

—*Ici* —repitió Giovanni.

Eché mano de mi cartera pero Giovanni me detuvo ágilmente y me transmitió con un furioso parpadeo que lo menos que podían hacer aquel par de viejos verdes era pagar por el trayecto. Abrió la puerta y se bajó del taxi. Guillaume no había sacado su cartera y fue Jacques quien pagó.

—Puaj —exclamó Guillaume, al tiempo que miraba a la puerta del café que teníamos delante—. Estoy seguro de que este sitio está infestado de bichos. ¿Quieres envenenarnos?

—No te vas a comer lo de fuera —replicó Giovanni—. Corres mucho más peligro de que te envenenen en esos sitios tan horrorosos y tan chic que frequentas, donde siempre tienen la cara limpia, *mais, mon Dieu, les fesses!* —Esbozó una sonrisa—. *Fais-moi confiance*. ¿Por qué querría yo envenenarte? Entonces me quedaría sin trabajo y acabo de descubrir que quiero vivir.

Giovanni y Guillaume, sin que el primero dejara de sonreír, intercambiaron una mirada que no habría sido capaz de descifrar ni aunque me hubiera atrevido a intentarlo, y Jacques, empujándonos a todos delante de él como si fuéramos sus polluelos, dijo con su mueca característica:

—No podemos quedarnos aquí de pie a discutir y a pasar frío. SI no podemos comer dentro, podremos beber. El alcohol mata todos los microbios.

Y de repente, Guillaume se animó. Era una persona sin duda excepcional, como si llevase escondida en su cuerpo una inyección entera de vitaminas que, en las horas críticas, se descargaba en sus venas.

—Il y a les jeunes dedans —*dijo, y entramos*.

Lo cierto es que había gente joven: media docena en el mostrador de zinc delante de unas copas de vino tinto y blanco, mezclada con otras personas que no eran jóvenes en absoluto. Un chico con la cara picada de viruela y una chica de aspecto rudo jugaban a la máquina del millón cerca de la ventana. Había unas cuantas personas sentadas en las mesas del fondo, atendidas por un camarero de aspecto pulcrísimo. En la penumbra, con las paredes sucias y el suelo lleno de polvo, su chaqueta blanca brillaba como la nieve. Detrás de aquellas mesas se podía vislumbrar la cocina y a su cocinero obeso y de expresión hosca. Se paseaba por allí como una de las camionetas que había fuera, cargadas hasta los topes. Tenía puesto un gorro alto y blanco, y entre los

labios llevaba incrustado un puro apagado.

Detrás del mostrador había sentada una de esas señoras inimitables e indomables que sólo se encuentran en la ciudad de París, pero en grandes cantidades, y quienes se sentirían tan fuera de lugar y tan incómodas en cualquier otra ciudad como una sirena en lo alto de una montaña. En todo París se sientan tras sus barras como si fueran una mamá pájaro en un nido y se ponen a empollar sobre la caja registradora como si ésta fuera un huevo. Nada de lo que ocurre bajo el pedazo de cielo sobre el que están sentadas escapa a su vigilancia, y si alguna vez les ha sorprendido algo, sólo ha sido en un sueño... un sueño que hace mucho tiempo dejaron de soñar. No son buenas ni malas, aunque tienen sus días y estilos, y saben —igual que otras personas saben cuándo deben ir al baño— todo acerca de cualquier persona que penetra en sus dominios. A pesar de que algunas tienen el pelo cano y otras no, algunas son gordas y otras delgadas, algunas son abuelas y otras vírgenes aunque por poco tiempo, todas poseen la misma mirada astuta y ausente que todo lo capta. Cuesta creer que hubo un tiempo en que lloraban por querer que les diesen de mamar, o en que miraban al sol; es como si hubiesen venido al mundo ávidas de billetes y entrecerrando los ojos sin cesar, incapaces de centrar la mirada hasta que ésta se detenía en la caja registradora.

Ésta en particular tiene el pelo ceniciento y un rostro típico de la Bretaña, y, como todo el que está de pie en la barra, conoce a Giovanni y, a su manera, le gusta. Tiene unos pechos imponentes y poderosos y estrecha a Giovanni contra ellos. También tiene una voz Imponente y poderosa.

—*Ah, mon pote!* —exclama—. *Tú es revenu!* ¡Has vuelto, por fin! *Salaud!* ¡Ahora que eres rico y has hecho amigos ricos ya nunca vienes a vernos! *Canaille!*

Y nos lanza una sonrisa, a los amigos «ricos», con una simpatía deliciosa y deliberadamente indefinida; sería muy capaz de reconstruir cada instante de nuestras biografías, desde el momento en que nacimos hasta esa mañana. Sabe muy bien quién es rico —y cuán rico— y sabe que no soy yo. Por esa razón, tal vez, hubo un ligerísimo doble destello de duda tras sus ojos cuando me miró. Sin embargo, al cabo de un momento ya sabe que lo entenderá todo.

—Ya sabes lo que pasa —dice Giovanni zafándose de ella y echándose el pelo hacia atrás— cuando trabajas, cuando te pones serio, que no tienes

tiempo para juegos.

—*Tiens* —responde ella burlona—. *Sans blague?*

—Pero te aseguro —continúa Giovanni— que aunque seas tan joven como yo te cansas mucho... —Ella se echa a reír—. Y te acuestas temprano. —Se ríe de nuevo—. Y *sólo*, además —remató Giovanni, como si aquello lo explicase todo, y ella hace un ruidito con los dientes por simpatía y se echa a reír de nuevo.

—Y ahora —le pregunta—, ¿vienes o te vas? ¿Has venido a desayunar o vienes a tomar la última? *Nom de Dieu*, no *pareces* muy serio, creo que necesitas una copa.

—*Bien sûr* —dice alguien de la barra—. Después de trabajar tanto, necesita una botella de vino blanco... y puede que unas cuantas docenas de ostras.

Todo el mundo se ríe a carcajadas. Todo el mundo, sin parecerlo, nos está mirando y empiezo a sentirme parte de un circo ambulante. Todo el mundo, además, parece muy orgulloso de Giovanni.

Éste se vuelve hacia la voz de la barra:

—Una idea excelente, amigo mío, y justo lo que había pensado. —Ahora se vuelve hacia nosotros—. No conoces a mis amigos —dice mirándome a mí y luego a la mujer—. Éste es *monsieur* Guillaume —y después de la presentación, bajando el tono de forma casi imperceptible, añade—: mi *patrón*. Él te dirá si soy serio.

—Bah —se atreve a decir—, pero yo no sé si *él* es una persona seria —y tapa aquel atrevimiento con una risa.

Guillaume, apartando la mirada con dificultad de los jóvenes del bar, extiende la mano y sonrío.

—Tiene razón, *madame* —dice—. Es mucho más serio que yo. Tanto es así, que temo que un día se adueñe de mi bar.

«Sí, cuando los leones tengan alas», piensa ella, pero se muestra encantada con él y le estrecha la mano con energía.

—Y *monsieur* Jacques —lo presenta Giovanni—, uno de nuestros mejores clientes.

—*Enchanté, madame* —contesta Jacques con su sonrisa más deslumbrante, a lo que ella responde realizando la más ingenua de las

parodias.

—Y éste es *monsieur l'américain* —señala Giovanni—, también conocido como *Monsieur David. Madame Clothilde*.

Y retrocede ligeramente. Algo le quema los ojos y le ilumina todo el rostro: es el orgullo y la felicidad.

—*Je suis ravie, monsieur* —me dice al tiempo que me mira, me estrecha la mano y sonrío.

Yo también sonrío, aunque no sé por qué. Es como si todo mi cuerpo estuviese ejecutando una danza por dentro. Giovanni me rodea los hombros con el brazo con aire distraído.

—¿Qué tienes de comer que sea bueno? —le preguntó—. Tenemos hambre.

—¡Pero antes hay que tomar una copa! —exclamó Jacques.

—Pero podemos beber sentados, ¿no? —repuso Giovanni.

—No —dijo Guillaume, para quien dejar la barra en ese momento habría sido como alejarlo de la tierra prometida—, tomemos primero una copa aquí, con *Madame*.

La sugerencia de Guillaume tuvo el efecto (aunque de forma sutil, como si una ráfaga de aire hubiese soplado por todo el local o como si la luz se hubiese intensificado de manera imperceptible) de crear entre las personas de la barra una *troupe*, que a partir de ese momento interpretaría diversos papeles en una obra que conocían muy bien. *Madame Clothilde* pondría objeciones, tal como hizo de inmediato, pero sólo un momento; luego aceptaría: se trataría de algo caro; al final resultó ser champán. Ella le dio un sorbo a su copa al tiempo que mantenía la más trivial de las conversaciones, para poder esfumarse como el humo una décima de segundo antes de que Guillaume hubiese establecido contacto con uno de los chicos de la barra. En cuanto a estos últimos, todos estaban acicalándose invisiblemente, habiendo calculado ya cuánto dinero él y su *copain* necesitarían para los próximos días, habiendo tasado ya a Guillaume por un valor equivalente a un decimal de esa cifra, y habiendo calculado ya cuánto duraría Guillaume como fuente de ingresos, y cuánto tiempo serían capaces de soportarlo. Lo único que todavía quedaba por decidir era si iban a ser *vache* con él o *chic*, pero sabían que probablemente serían *vache*. También estaba Jacques, quien podía resultar ser una bonificación adicional o un simple premio de consolación. También

quedaba yo, claro está, harina de otro costal, ajeno a apartamentos, camas blandas o comida; un candidato, por tanto, al afecto, pero, como *móme* de Giovanni, fuera de todo alcance honorable. Su única forma, al menos en términos prácticos, de expresar su afecto por Giovanni y por mí era librarnos de aquellos dos viejos, de manera que venía a añadirse a los papeles que estaban a punto de interpretar cierta aura jovial de convicción y, por interés personal, un matiz altruista.

Pedí café solo y un coñac, en copa grande. Giovanni estaba un tanto alejado de mí, bebiendo *marc* entre un viejo que parecía el receptáculo de toda la inmundicia y la enfermedad del mundo y un chico joven, un pelirrojo, que se parecería al otro hombre algún día, si es que podía leerse en la opacidad de su mirada algo tan real como un futuro. Sin embargo, en ese momento, tenía algo de la belleza atroz de un caballo; recordaba también a un soldado de las tropas de asalto; disimuladamente, estaba observando a Guillaume, y sabía que tanto éste como Jacques lo estaban observando a él. Mientras, Guillaume charlaba con *Madame* Clothilde: ambos estaban de acuerdo en que el negocio iba muy mal, que los *nouveaux riches* habían degradado todos los principios y que el país necesitaba a De Gaulle. Por suerte, ambos ya habían mantenido aquella misma conversación tantas veces que se desarrollaba sola, por así decirlo, y no les exigía concentración alguna a ninguno de ellos. Jacques le ofrecería, en breve, una copa a uno de los chicos pero de momento prefería ejercer de amigo conmigo.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó—. Éste es un día muy importante para ti.

—Estoy bien —contesté—. ¿Y tú cómo te sientes?

—Como un hombre —dijo— que ha tenido una visión.

—¿Ah, sí? —exclamé—. Cuéntame esa visión.

—Hablo en serio —afirmó—. Estoy hablando de ti. Tú eras la visión. Deberías haberte visto esta noche, deberías verte ahora...

Lo miré y no dije nada.

—Tienes... ¿cuántos años? ¿Veintiséis? ¿Veintisiete? Yo tengo casi el doble y déjame decirte que tienes mucha, mucha suerte. Tienes suerte de que esto te esté pasando ahora y no cuando tengas los cuarenta, cuando ya no habría esperanza para ti y, sencillamente, acabarías destruido.

—¿Y qué es eso que me está pasando? —pregunté. Mi intención había sido ser sarcástico, pero la pregunta no sonó en absoluto sarcástica.

No respondió, sino que se limitó a lanzar un suspiro, echando un breve vistazo hacia donde estaba el pelirrojo. Luego se volvió hacia mí.

—¿Vas a escribirle a Helia?

—Lo hago muy a menudo —contesté—. Supongo que volveré a hacerlo, sí.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Vaya, tenía la impresión de que me habías preguntado si iba a escribir a Helia.

—Bueno, pues lo diré de otro modo. ¿Vas a escribir a Helia para contarle lo de esta noche y lo de esta mañana?

—La verdad es que no sé qué es lo que hay que contar, pero ¿y a ti qué te importa si se lo cuento o no?

Me lanzó una mirada impregnada de una desesperación que hasta ese momento nunca había visto en él. Me dio miedo.

—No es a *mí* a quien le importa —me espetó—, sino a *ti*. Y a ella. Y a ese pobre chico de ahí, que no sabe que cuando te mira como te mira, se está metiendo derechito en la boca del lobo. ¿Vas a tratarlo a él igual que me has tratado a mí?

—¿A *ti*? ¿Qué tienes *tú* que ver con todo esto? ¿Y se puede saber cómo te he tratado yo a *ti*?

—Has sido muy injusto conmigo —prosiguió—. Has sido muy poco honesto.

Esta vez en mi voz sí resonó el sarcasmo.

—Supongo que quieres decir que habría sido justo, que habría sido honesto si... si yo...

—Quiero decir que podrías haber sido justo conmigo despreciándome un poco menos.

—Lo siento, pero creo, ya que lo mencionas, que buena parte de tu vida es despreciable, la verdad.

—Podría decir lo mismo de la tuya —replicó Jacques—. Hay tantas maneras de ser despreciable que es como para marearse, pero para ser auténticamente despreciable no hay más que sentir un desdén absoluto por el dolor ajeno. Me imagino que debes de ser consciente de que el hombre que



tienes ante ti un día fue incluso más joven de lo que tú eres ahora, y que llegó a su lamentable estado actual en un avance imperceptible.

Siguieron unos minutos de silencio amenazados, desde la distancia, por la risa de Giovanni.

—Dime una cosa —dije al fin—, ¿de verdad no tienes otra alternativa más que ésta? ¿Arrodillarte durante toda tu vida ante un ejército de chicos para cinco sucios segundos en la oscuridad?

—Piensa —contestó Jacques— en los hombres que se han arrodillado delante de ti mientras tú pensabas en otra cosa y fingías que no ocurría nada ahí abajo, en la oscuridad, entre tus piernas.

Me quedé mirando el coñac ambarino y los círculos húmedos dibujados sobre la barra metálica. Debajo, atrapado en lo más hondo del metal, el contorno de mi propio rostro me devolvía la mirada cargada de la desesperanza más absoluta.

—Tú piensas —continuó Jacques— que mi vida es vergonzosa porque mis escarceos lo son. Y lo son. Pero tú mismo deberías preguntarte *porqué* lo son.

—¿Por qué son... vergonzosos? —pregunté.

—Porque no hay rastro de afecto en ellos, ni goce. Es como meter las clavijas de un enchufe en una toma de corriente que no funciona. Se tocan, pero no hay contacto. Todo se toca, pero no hay contacto, no hay luz.

—¿Por qué? —insistí.

—Eso debes preguntártelo a ti mismo —dijo—, y así tal vez un día esta mañana no será ceniza en tu boca.

Miré hacia Giovanni, quien en ese momento estaba abrazando a la chica de aspecto desastrado, que algún día debía de haber sido muy hermosa pero que ya nunca volvería a serlo.

Jacques me siguió la mirada.

—Le gustas mucho —dijo—, ya le gustas mucho. Pero eso no hace que te sientas contento ni orgulloso, como debería ser, sino que te asusta y te avergüenza. ¿Por qué?

—No le entiendo —contesté al fin—. No sé lo que significa su amistad, no sé qué quiere decir con ser mi amigo.

Jacques se echó a reír.

—No sabes lo que quiere decir su amistad pero tienes la sensación de que

a lo mejor es peligroso. Temes que te cambie. ¿Qué clase de amistades has tenido?

No contesté.

—O, para el caso —continuó—, ¿qué clase de relaciones amorosas?

Me quedé en silencio tanto rato que bromeó diciendo:

—¡Eh, tú! ¡Sal de ahí! ¡Dondequiera que estés!

Y le contesté con una sonrisa, helado por dentro.

—Quiérello —dijo Jacques con vehemencia—, quiérello y deja que él te quiera. ¿Crees que hay otra cosa en este mundo que importe de verdad? ¿Y cuánto, en el mejor de los casos, puede durar, puesto que los dos sois hombres y todavía lo tenéis todo por delante? Sólo cinco minutos, te lo aseguro, sólo cinco minutos, y la mayor parte, *helas!*, en la oscuridad. Y si piensas que son sucios, entonces *serán* sucios, y lo serán porque tú no estarás dando nada, estarás despreciando todo el rato tu carne y la suya. Pero podéis hacer que el tiempo que estéis juntos sea cualquier cosa menos sucio, podéis daros el uno al otro algo que os hará a ambos mejores, para siempre, si *no* te avergüenzas, si *no* te limitas a no arriesgarte, a *no* correr ningún peligro. —Hizo una pausa para mirarme atentamente y luego bajó la vista hacia su coñac—. Ya has vivido sin correr ningún peligro el tiempo suficiente —prosiguió en un tono de voz distinto—, y acabarás atrapado en tu propio cuerpo sucio, para siempre jamás... como yo. —Y apuró la copa de coñac de un sorbo, haciéndola sonar sobre la barra para atraer la atención de *Madame Clothilde*.

La mujer apareció de inmediato, exhibiendo una sonrisa radiante. Y en ese preciso momento, Guillaume se atrevió a sonreír al pelirrojo. *Madame Clothilde* rellenó la copa de coñac de Jacques y me lanzó una mirada inquisitiva, colocando la botella delante de mi copa semillena. Vacilé un momento.

—*Et pourquoi pas?* —me preguntó con una sonrisa.

Así que me terminé la copa y ella me la llenó. Entonces, durante una fracción de segundo, miró a Guillaume, quien exclamó:

—*Et le rouquin* ¿Qué bebe el pelirrojo?

*Madame Clothilde* se volvió con el porte de una actriz a punto de pronunciar las últimas frases, extremadamente comedidas, de un papel agotador y poderoso.

—*On t'offre, Pierre* —dijo en tono mayestático—. ¿Qué vas a tomar? — Al tiempo que sostenía en el aire la botella que contenía el coñac más caro de la casa.

—*Je prendrai un petit cognac* —murmuró Pierre al cabo de un momento y, por extraño que parezca, se ruborizó, cosa que le hizo parecer, bajo la pálida luz del sol saliente, un ángel recién caído.

*Madame* Clothilde llenó la copa de Pierre y, en medio de una tensión que se iba disolviendo con naturalidad, como unas luces que se van atenuando poco a poco, devolvió la botella a su estante y regresó junto a la caja registradora, fuera del escenario, de hecho, entre bastidores, donde empezó a recuperarse terminándose los restos del champán. Lanzó un suspiro, dio un sorbo y miró por la ventana con satisfacción hacia la *mañana* que se desperezaba despacio. Guillaume acababa de murmurar un «*Je m'excuse un instant Madame*» y estaba pasando por detrás de nosotros en dirección al pelirrojo.

Sonreí.

—Cosas que mi padre nunca me dijo.

—*Alguien* —señaló Jacques—, tu padre o el mío, debería habernos dicho que no ha muerto demasiada gente de amor. En cambio, han muerto millones, y mueren cada hora... ¡y en los lugares más insospechados...! por la falta de amor... —Y entonces añadió—: Ahí viene el tuyo. *Sois sage. Sois chic.*

Se apartó un poco y entabló una conversación con el chico que había a su lado.

Y sí, claro que venía... entre toda la luz de la mañana, con el rostro encendido y el cabello en movimiento, con sus ojos, increíblemente, como dos luceros del alba.

—No ha estado bien por mi parte desaparecer durante tanto rato —se excusó—. Espero que no te hayas aburrido demasiado.

—Desde luego, *tú* sí que no te has aburrido —le dije—. Pareces un niño de cinco años despertándose la mañana de Navidad.

Aquello le encantó e incluso le halagó, como vi por la forma en que frunció los labios en una mueca divertida.

—Estoy seguro de que parezco eso —contestó—. Siempre me decepcionaba la mañana de Navidad.

—Bueno, me refiero a la mañana de Navidad muy, muy temprano, antes de que vieras lo que había debajo del árbol. —Pero sus ojos ya habían hecho de mi última frase un *double entendre* y ambos nos estábamos riendo.

—¿Tienes hambre? —me preguntó.

—A lo mejor tendría hambre si estuviese vivo y sobrio. No lo sé, ¿y tú?

—Creo que deberíamos comer —dijo sin ninguna convicción, y nos echamos a reír de nuevo.

—Bueno —continuó—, ¿y qué comemos?

—Casi no me atrevo a sugerirlo, pero yo diría vino blanco y ostras —repuso Giovanni—; lo cierto es que es lo mejor después de una noche así.

—De acuerdo, comamos eso entonces —contesté—, mientras aún podamos ir andando al comedor. —Miré por encima de su hombro y vi a Guillaume y al pelirrojo, quienes, por lo visto, habían encontrado tema de conversación, aunque no me imaginaba cuál podía ser, mientras que Jacques estaba enfrascado en una intensa conversación con el chico alto de la cara señalada, que era muy joven, y cuyo suéter negro de cuello de cisne lo hacía parecer aún más pálido y flaco de lo que era en realidad. Cuando habíamos entrado estaba jugando a la máquina del millón y, por lo visto, se llamaba Yves.

—¿Ellos van a comer ahora? —le pregunté a Giovanni.

—Tal vez no ahora —respondió—, pero van a comer, eso desde luego. Todos tienen mucha hambre. —Interpreté aquello como una alusión a los chicos más que a nuestros amigos, y pasamos al comedor, que en ese momento estaba vacío, sin que hubiese ningún camarero a la vista.

—¡*Madame Clothilde!* —exclamó Giovanni—. *On mange ici, non?*

Aquel grito hizo responder a *Madame Clothilde* con un grito y también hizo aparecer al camarero, cuya chaqueta era menos immaculada, vista de cerca, de lo que había parecido desde lejos. También anunció de forma oficial nuestra presencia en el comedor a Jacques y Guillaume y, decididamente, debió de hacer aumentar, en los ojos de los chicos que hablaban con ellos, cierta intensidad animal de afecto.

—Comeremos rápido y nos iremos —dijo Giovanni—. A fin de cuentas, esta noche tengo que trabajar.

—¿Conociste a Guillaume aquí? —le pregunté.

Hizo una mueca y bajó la mirada.

—No. Es una historia muy larga. —Sonrió—. No, no lo conocí aquí. Lo conocí —explicó, echándose a reír— ¡en un cine! —Ambos nos echamos a reír—. *C'était un film du far-West, avec Gary Cooper.* —Aquello también nos pareció graciosísimo y seguimos riéndonos hasta que el camarero apareció con nuestra botella de vino blanco.

»—Bueno —dijo mientras daba sorbos al vino, con los ojos humedecidos—, pues cuando hubieron disparado el último tiro y empezó a sonar toda la música para celebrar el triunfo del bien sobre el mal, salí al pasillo, me tropecé con ese hombre, Guillaume, pedí disculpas y seguí andando hacia el vestíbulo. Luego él vino corriendo detrás de mí con una historia muy larga de que se había dejado la bufanda en *mi* butaca porque, al parecer, estaba sentado justo *detrás* de mí, ¿sabes? Y había dejado la bufanda y el abrigo en el asiento que había *delante* de él y que cuando yo me había sentado, había arrastrado su bufanda conmigo. El caso es que le contesté que yo no trabajaba en aquel cine y le dije lo que podía hacer con su bufanda, pero en realidad no llegué a enfadarme porque me había hecho reír. Dijo que toda la gente que trabajaba en el cine eran unos ladrones y que estaba seguro de que se la quedarían si le ponían los ojos encima, y que era muy cara, un regalo de su madre y... Oh, te aseguro que ni siquiera la Garbo habría sido capaz de semejante interpretación. Así que volví y, cómo no, allí no había ninguna bufanda y cuando se lo dije pareció que iba a caerse muerto allí mismo en el vestíbulo. Y para entonces, verás, todo el mundo se pensaba que estábamos juntos, y yo no sabía si darle una patada en el culo a él o a la gente que nos estaba mirando; pero él iba muy bien vestido, por supuesto, y yo no, así que pensé que lo mejor era que nos marchásemos de aquel vestíbulo. Fuimos a un café y nos sentamos en la terraza, y cuando se hubo repuesto de la pena de haber perdido la bufanda y de lo que diría su madre, etcétera, me pidió que cenase con él. Bueno pues, naturalmente, le dije que no, pues ya había tenido bastante con aquello, pero la única forma de impedir otra escena allí mismo en la terraza era prometiéndole que cenaría con él unos días más tarde... aunque no tenía ninguna intención de ir —explicó, con una tímida sonrisa—, pero cuando llegó el día, no había comido desde hacía tiempo y tenía mucha hambre. —Me miró y volví a ver en su cara algo que ya había visto de manera fugaz durante

aquellas horas: detrás de su belleza y su bravuconería, terror, y un deseo inmenso de agradar; era realmente conmovedor, y me daba ganas de, movido por la angustia, extender las manos para abrazarlo y consolarlo.

Nuestras ostras llegaron y empezamos a comer. Giovanni se sentó al sol, y su pelo negro capturó para sí el brillo amarillo del vino y los múltiples y apagados colores que emitía la ostra allí donde el sol la iluminaba.

—Bueno —siguió explicando, con la boca torcida—, la cena fue muy mal, claro, porque también sabe hacer escenas en su apartamento, pero para entonces yo ya sabía que era el dueño de un bar y ciudadano francés; yo no lo soy y no tenía trabajo ni *carie de travail*, así que me di cuenta de que me podía resultar muy útil si lograba encontrar la forma de que me quitase las manos de encima. Debo confesar que no... —admitió, lanzándome esa mirada suya— logré del todo que no me tocase: la verdad es que era como un pulpo y no tenía ninguna dignidad, pero el hecho es que ahora *tengo* esa *carie de travail* —precisó, al tiempo que engullía otra ostra y rellenaba las copas de vino— y un trabajo, que además está muy bien pagado. —Sonrió—. Por lo visto, tengo buena mano para el negocio, así que por esa razón me deja más o menos tranquilo. —Miró hacia el bar—. La verdad es que no es un hombre, en absoluto —dijo con una pesadumbre y un desconcierto propios de un niño y de un anciano a la vez—. No sé qué es lo que es, pero es horrible. El hecho es que conservaré mi *carte de travail*. El trabajo es otra historia, pero —tocó madera— ya llevamos casi tres semanas sin tener problemas.

—Pero presientes que se avecinan problemas —me aventuré a decir.

—Oh, sí, ya lo creo —aseguró Giovanni, lanzándome una brusca mirada de sorpresa, como si dudase de que hubiese entendido una sola palabra de lo que me acababa de decir—, seguro que vamos a tener problemas muy pronto. No inmediatamente, claro, ése no es su estilo, pero se inventará algo para enfadarse conmigo.

A continuación permanecemos en silencio unos minutos, fumando cigarrillos, rodeados de conchas de ostras y terminándonos el vino. De pronto me sentí muy cansado. Miré hacia la callejuela estrecha, hacia aquella esquina extraña y torcida donde estábamos sentados, que ahora aparecía de bronce por la luz del sol y abarrotada de gente... gente a la que no entendería jamás. De repente me invadió un ansia infinita, intolerable, de volver a casa, no a aquel

hotel en uno de los callejones de París, donde el conserje me impedía la entrada por una factura impagada, sino a mi casa, mi verdadero hogar, al otro lado del océano, a las cosas y a las personas a las que conocía y entendía, a aquellas cosas, aquellos lugares y aquellas personas a las que siempre, irremediablemente y pese a cualquier posible amargura de espíritu, amaría por encima de todas las cosas. Nunca antes había detectado aquel sentimiento en mí, y me asustó. Me vi de súbito como un trotamundos, un aventurero, vagando por el mundo sin rumbo fijo ni puerto donde fondear. Miré a Giovanni a la cara, lo cual no fue ninguna ayuda. Él pertenecía a aquella extraña ciudad que no me pertenecía a mí. Empecé a darme cuenta de que, si bien lo que me estaba pasando no era tan extraño como me habría gustado creer, era tan extraño que traspasaba los límites de lo creíble. En el fondo no era tan extraño, tan inaudito —a pesar de las voces de mis adentros que no cesaban de gritar «¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza!»— que me viese tan repentina y terriblemente enmarañado con un chico; lo extraño era que éste no era más que un minúsculo aspecto de la aterradora maraña humana, que se daba en todas partes, a todas horas, por siempre jamás.

—*Viens* —dijo Giovanni.

Nos levantamos, nos dirigimos de nuevo a la barra y Giovanni pagó nuestra cuenta. Jacques y Guillaume habían abierto otra botella de champán y ahora sí empezaban a estar borrachos de verdad. Iba a ser un espectáculo espantoso, y me pregunté si aquellos pobres chicos, tan pacientes, conseguirían algo de comer al fin. Giovanni habló con Guillaume un segundo, y convinieron en que aquél abriría el bar; Jacques estaba demasiado ocupado con el chico alto y pálido como para dedicarme demasiado tiempo; les dimos los buenos días y nos marchamos.

—Tengo que irme a casa —le expliqué a Giovanni una vez que estuvimos en la calle—. He de pagar la factura de mi hotel.

Giovanni me miró perplejo.

—*Mais tú es fou* —me dijo en tono afable—. No tiene sentido que te vayas a casa ahora, a enfrentarte a un conserje antipático y luego irte a dormir a esa habitación tú solo y despertarte luego con el estómago destrozado y la boca agria, con ganas de suicidarte. Ven conmigo, nos levantaremos a una hora civilizada, nos tomaremos un buen aperitivo en algún sitio y luego cenaremos

un poco. Eso será mucho más divertido —dijo con una sonrisa—, ya lo verás.

—Pero tengo que recoger mi ropa —insistí.

Me asió del brazo.

—*Bien sur*, pero no hace falta que la recojas precisamente ahora, ¿no? —Retrocedí un paso y él se detuvo—. Venga, estoy seguro de que soy mucho más guapo que el papel de la pared de tu habitación... o que tu conserje. Yo te sonreiré cuando te despiertes, y ellos no.

—Ah —acerté a decir— *tú es vache*.

—Eres tú el *vache* —replicó—, queriéndome dejar solo en este lugar tan solitario cuando sabes que estoy demasiado borracho como para llegar a mi casa sin ayuda.

Ambos nos echamos a reír, atrapados en un juego de provocación, una especie de toma y daca. Llegamos al Boulevard Sebastopol.

—Pero ya no hablaremos más del doloroso tema de cómo querías abandonar a Giovanni, a una hora tan peligrosa, en mitad de una ciudad hostil. —Empecé a darme cuenta de que también él estaba nervioso. Un poco más abajo en el bulevar, un taxi avanzaba serpenteando hacia nosotros y Giovanni levantó el brazo—. Te enseñaré mi habitación —anunció—; está claro que acabarías viéndola un día de éstos de todos modos. —El taxi se detuvo junto a nosotros y Giovanni, como si temiese de repente que de verdad me diese media vuelta y me fuese, me empujó delante de él. Se subió junto a mí y le ordenó al conductor—: *Nation*.

La calle donde vivía era ancha, respetable más que elegante y saturada con bloques de pisos de construcción reciente; la calle terminaba en un parquecito. Su habitación estaba en la parte de atrás, en la planta baja del último edificio de la calle. Atravesamos el vestíbulo y pasamos junto al ascensor hasta llegar a un pasillo corto y oscuro que conducía a su cuarto. La habitación era pequeña. Sólo vislumbré el contorno del desorden y el revoltijo de cosas, y se percibía el olor del alcohol que quemaba en su cocina. Cerró la puerta y luego, por un momento, en la penumbra, nos limitamos a mirarnos el uno al otro... con desazón, con alivio, y con la respiración entrecortada. Yo temblaba. «Si no abro la puerta ahora mismo y me voy, estoy perdido», pensé. Sin embargo, sabía que no podía abrir la puerta, sabía que era demasiado tarde; muy pronto sería demasiado tarde como para hacer otra cosa que gemir



y jadear. Me atrajo hacia sí, abandonándose entre mis brazos como si se me estuviese dando para que lo llevase, y despacio me fue arrastrando hacia abajo con él hasta esa cama. Y cada parte de mi cuerpo gritaba «¡No!», mientras la suma de mis partes suspiraba «Sí».

Aquí, en el sur de Francia, no nieva muy a menudo, pero hace media hora que están cayendo copos de nieve, al principio con mucha suavidad y ahora con más fuerza. Están cayendo como si casi con toda certeza luego decidieran convertirse en una ventisca. Ha hecho frío aquí este invierno, aunque los lugareños parecen tomárselo como una señal de mala educación por parte de un extranjero si éste hace alguna alusión al respecto. Ellos, aunque les arda la cara por ese viento penetrante que parece soplar de todas partes a la vez, están tan radiantes y contentos como los niños en la playa. «// *faitbeau bien?*» dicen, a la vez que vuelven el rostro hacia ese cielo encapotado en el que el célebre sol del sur lleva días sin hacer su aparición.

Dejo la ventana de la sala grande y camino por la casa. Mientras estoy en la cocina, mirando al espejo —he decidido afeitarme antes de que sólo haya agua fría— oigo cómo alguien llama a la puerta. Por un segundo, una esperanza vaga y salvaje hace que el corazón me dé un vuelco, pero enseguida me doy cuenta de que es la gobernanta que vive al otro lado de la carretera, que viene para asegurarse de que no he robado la cubertería de plata ni he destrozado la vajilla ni hecho astillas los muebles para hacer leña. Y, en efecto, golpea la puerta y oigo su voz ahí fuera, llamándome:

—*M'sieu! M'sieu! M'sieu, l'américain!* —Me pregunto, irritado, por qué diablos su voz suena tan preocupada.

Sin embargo, en cuanto le abro la puerta me dedica una sonrisa que funde en una a la mujer coqueta y a la madre de familia. Es bastante mayor y en realidad no es francesa, pues vino hace muchos años, «cuando era una chiquilla, señor», del otro lado de la frontera, de Italia. Parece, como la mayoría de las mujeres de por aquí abajo, haber pasado al luto riguroso directamente después de que el último hijo abandonase la niñez. Helia creía que todas eran viudas, pero resultó que la mayoría de los maridos todavía estaban vivos. Aquellos maridos bien podrían haber sido sus hijos. A veces

jugaban a *pelote* al sol en un campo llano que había cerca de nuestra casa, y sus ojos, cuando miraban a Helia, contenían la orgullosa vigilancia de un padre y la vigilante observación de un hombre. A veces yo jugaba al billar con ellos y bebía vino tinto, en el *tabac*; pero me ponían nervioso con sus procacidades, con su bondad, su camaradería, la vida escrita en sus manos, en sus rostros y en sus ojos. Me trataban como al hijo que acaba de iniciarse en los secretos de la virilidad, pero al mismo tiempo con gran distancia, pues la verdad era que no me parecía a ninguno de ellos; y también percibían (o yo notaba que lo percibían) algo más en mí, algo que ya no merecía la pena perseguir. Aquello parecía asomar en sus miradas cuando caminaba junto a Helia y ellos nos adelantaban en la carretera, diciéndonos, con mucho respeto: «*Salut, monsieur-dame*». Podían haber sido los hijos de aquellas mujeres de negro, que llegaban a casa tras una vida recorriendo el mundo y haberlo conquistado; a casa a descansar, a ser regañados y a esperar a la muerte; a casa a aquellos pechos, ahora secos, que los habían alimentado en sus comienzos.

Los copos de nieve se han desparramado por el chal que le cubre la cabeza y se han acomodado sobre las pestañas y en los mechones de pelo blanco y negro que no logra tapar el chal. Todavía sigue siendo muy fuerte, aunque ahora está un poco encorvada, un poco cansada.

—*Bonsoir, monsieur*. Vous n'êtes pas malade?

—No —respondo—, no he estado enfermo. Pase.

Entra, cerrando la puerta y dejando que el chal le caiga de la cabeza. Todavía llevo la copa en la mano y ella se da cuenta, en silencio.

—*Eh bien* —dice—. *Tant mieux*. Pero hace muchos días que no lo vemos. ¿Ha estado en la casa?

Y escudriña mi rostro con la mirada.

Me siento violento y resentido, y sin embargo es imposible replicar con algo perspicaz y amable ante sus ojos y su voz.

—Sí —contesto—. Es que ha hecho mal tiempo.

—No estamos en mitad de agosto, eso seguro —dice—, pero no parece usted un inválido. No es bueno encerrarse en casa solo.

—Me Iré por la mañana —respondo desesperado—. ¿Quería hacer el inventario?

—Sí —contesta, y extrae de uno de sus bolsillos la lista de artículos de la casa. Yo la había firmado al llegar—. No tardaré mucho. Déjeme empezar por la parte de atrás.

Nos dirigimos hacia la cocina. En el camino, dejo la copa en la mesita de noche de mi dormitorio.

—No me importa que beba —señala sin volverse, pero dejo la copa de todos modos.

Entramos en la cocina, que está sospechosamente limpia y ordenada.

—¿Dónde ha comido estos días? —pregunta con brusquedad—. Me han dicho en el *tabac* que llevan varios días sin verlo por allí. ¿Ha ido a la ciudad?

—Sí —digo sin convicción—, a veces.

—¿A pie? —indaga—. Porque el conductor de autobús tampoco lo ha visto a usted. —Durante todo ese tiempo no me mira, sino que inspecciona la cocina, haciendo una cruz con un lápiz amarillo y corto junto a cada objeto de la lista que lleva en la mano.

No acierto a responder a su última estocada sarcástica, habiendo olvidado que en un pueblo pequeño hasta el más mínimo movimiento se realiza bajo la atenta mirada colectiva de todo el pueblo.

Echa un vistazo breve al cuarto de baño.

—Lo limpiaré esta noche —explico.

—Eso espero —responde—. Todo estaba limpio cuando usted entró. —Retrocedemos a través de la cocina. No se ha dado cuenta de que faltan dos vasos, que he roto yo, y no tengo energías para decírselo. Dejaré algo de dinero en el armario. Enciende la luz del cuarto de invitados. Mi ropa sucia está por todas partes.

—Eso se vendrá conmigo —me excuso, tratando de sonreír.

—Podría haber cruzado la carretera y ya está. Me habría encantado poder darle algo de comer, un poco de sopa, algo que alimente. Cocino todos los días para mi marido, ¿qué más da cocinar para uno más?

Sus palabras me conmueven, pero no sé cómo transmitírselo, y no puedo decirle, claro está, que comer con ella y con su marido me habría puesto los nervios de punta.

Está examinando un almohadón decorativo.

—¿Va a reunirse con su prometida? —pregunta.

Sé que debo mentir pero, por algún motivo, no puedo. Me dan miedo sus ojos. Ahora sí desearía tener la copa en la mano.

—No —respondo, con rotundidad—, se ha ido a América.

—*Tiens!* —exclama—. Y usted... ¿se va a quedar en Francia? —Me mira directamente.

—Me voy a quedar un tiempo. —Estoy empezando a sudar. Se me ocurre que aquella mujer, una campesina italiana, debe de parecerse en muchos aspectos a la madre de Giovanni. Trato de no oír sus aullidos de angustia, trato de no ver en su mirada lo que sin duda asomaría si supiese que su hijo iba a estar muerto a la mañana siguiente, si supiese lo que yo le había hecho a su hijo.

Pero, por supuesto, no es la madre de Giovanni.

—No está bien —sentencia—, no está bien que un hombre joven como usted se quede aquí sólo sentado, en un caserón tan grande, sin una mujer. — Por un instante parece muy triste; abre la boca para decir algo más pero luego se arrepiente. Sé que quiere decir algo sobre Helia, quien ni a ella ni a ninguna de las demás mujeres de aquí caía bien; pero enciende la luz del cuarto de invitados y entramos en el dormitorio grande, en la habitación de matrimonio, la que Helia y yo habíamos utilizado, no la habitación en la que he dejado mi copa. Ese dormitorio también está muy limpio y ordenado. Pasea la mirada por él, luego me mira a mí y sonrío.

—No ha utilizado esta habitación últimamente —dice.

Noto cómo me ruborizo de golpe. Se echa a reír.

—Pero volverá a ser feliz —me asegura—. Tiene que ir y buscarse otra mujer, una *buena* mujer, y casarse y tener niños. *Sí*, eso es lo que tiene que hacer —afirma, como si yo la hubiese contradicho, y antes de que pueda contestarle, añade—: ¿Dónde está su *maman*?

—Está muerta.

—¡Ah! —Chasquea la lengua como muestra de simpatía—. ¡Qué triste! Lo siento. Y su *papa*... ¿también está muerto?

—No, está en América.

—*Pauvre bambino!* —Me mira a la cara. Me siento verdaderamente impotente frente a ella y, si no se marcha pronto, conseguirá que se me salten

las lágrimas o que empiece a proferir insultos—. Pero no tiene la intención de dedicarse a vagabundear por el mundo como un marinero, ¿verdad que no? Estoy segura de que eso no le gustaría a su señora madre. ¿Formará un hogar algún día?

—Sí, claro. Algún día.

Deposita su mano fuerte sobre mi brazo.

—Aunque su *maman* esté muerta... ¡qué triste...! A su *papa* le hará muy feliz ver *bambinos* de usted. —Hace una pausa y sus ojos negros se dulcifican; me está mirando, pero también está mirando más allá—. Teníamos tres hijos.

A dos de ellos los mataron en la guerra. También en la guerra perdimos todo nuestro dinero. Es triste, ¿no? Haber trabajado tantísimo durante toda la vida para poder disfrutar de un poco de paz al llegar a la vejez y que luego un día, de repente, te lo quiten todo... Aquello por poco acaba con mi marido. No ha vuelto a ser el mismo desde entonces. —Entonces veo que su mirada no sólo es perspicaz, sino también amarga y muy triste. Se encoge de hombros—. ¡Ay! ¿Qué se le va a hacer? Es mejor no pensar en eso. —Entonces sonrío—. Pero nuestro último hijo, vive en el norte, vino a vernos hace dos años y se trajo a su pequeñín. Su pequeñín, entonces, sólo tenía cuatro años. ¡Era tan guapo...! Mario, se llama. —Gesticula—. Es el nombre de mi marido. Se quedaron diez días, más o menos, y volvimos a sentirnos jóvenes. —Sonrío de nuevo—. Sobre todo mi marido. —Y se queda allí parada un instante con aquella sonrisa en el rostro. Luego pregunta, de improviso—: ¿Reza usted?

Dudo que pueda soportarlo por más tiempo.

—No —tartamudeo—. No. No muy a menudo.

—Pero ¿es usted creyente?

Sonrío. Ni siquiera es una sonrisa condescendiente, aunque tal vez me gustaría que lo fuese.

—Sí.

Pero me pregunto qué impresión debe de haberle causado mi sonrisa. No la ha tranquilizado.

—Tiene que rezar —afirma muy seria—. Se lo aseguro. Aunque sólo sea una pequeña oración de vez en cuando. Encender alguna vela. Si no fuera por las oraciones de los benditos santos, no se podría vivir en este mundo. Le estoy hablando —dice, irguiéndose un poco— como si fuese su *maman*. Sin

ánimo de ofender...

—Pero si no me ofendo. Es usted muy amable. Es muy amable por hablarme así.

Esboza una sonrisa de satisfacción.

—Los hombres, no sólo los crios como usted, sino también los hombres viejos, siempre necesitan una mujer para que les diga la verdad. *Les hommes, ils sont impossibles*. —Y sonrío, y me obliga a mí a hacer lo propio ante el ingenio que entraña esa frase universal. Acto seguido, apaga la luz de la habitación de matrimonio. Volvemos a recorrer el pasillo en dirección a mi copa, gracias a Dios. Ese dormitorio, como es lógico, está muy desordenado: la lámpara encendida, mi albornoz, libros, calcetines sucios, un par de vasos sucios y una taza medio llena de café de hace días... todo desperdigado de cualquier manera, por todas partes; y las sábanas de la cama una maraña inextricable.

—Ordenaré todo este lío antes de mañana —le aseguro.

—*Bien sur*. —Lanza un suspiro—. Se lo digo de verdad, debe seguir mi consejo, *monsieur*, y casarse. —Y justo después, dé repente, ambos nos echamos a reír. Luego, me acabo la copa.

El inventario casi está terminado. Entramos en la última habitación, en la sala grande, donde está la botella, delante de la ventana. Mira primero a la botella y luego a mí.

—Pero si por la mañana estará borracho... —exclama.

—¡No, no! Me voy a llevar la botella *conmigo*.

Es evidente que sabe que eso no es cierto, pero se limita a encogerse de hombros de nuevo. Luego, envolviéndose el chal alrededor de la cabeza, adquiere un aire muy formal, incluso un poco tímido. Ahora que veo que está a punto de marcharse me gustaría que se me ocurriese algo para obligarla a quedarse. Cuando haya vuelto a cruzar la carretera, la noche será más negra y más larga que nunca. Tengo algo que decirle (¿a ella, precisamente?) pero por supuesto no se lo diré. Siento que necesito que me perdonen, necesito que *ella* me perdone, pero no sé cómo formular en palabras mi delito. Mi delito, en cierto modo, está en ser un hombre, y eso ella ya lo sabe. Es horrible cuán desnudo me hace sentirme, como un adolescente desnudo ante su madre.

Me tiende la mano y yo se la estrecho con torpeza.

—*Bon voyage, monsieur*, espero que haya sido feliz el tiempo que ha estado aquí y que tal vez algún día vuelva a visitarnos. —Está sonriendo y su mirada es cálida, pero ahora la sonrisa es puramente social, es la terminación pertinente de un trato de negocios.

—Gracias —digo—. Tal vez vuelva el año que viene.

Me suelta la mano y nos encaminamos a la puerta.

—¡Ah! —exclama al llegar a ella—. Por favor, no me despierte por la mañana. Deje las llaves en el buzón. Ya no hay razón para que me levante tan temprano.

—Sí, claro, cómo no. —Sonrío y abro la puerta—. Buenas noches, *madame*.

—*Bonsoir, monsieur. Adieu!* —Sale y se adentra en la oscuridad, pero hay una luz encendida en mi casa y otra en la suya, al otro lado de la carretera. Las luces de la ciudad brillan a nuestros pies y oigo de nuevo, fugazmente, el sonido del mar.

Camina unos pasos alejándose de mí y se da la vuelta.

—*Souvenez-vous* —me dice—. Hay que rezar un poquito de vez en cuando.

Y cierro la puerta.

Me ha hecho darme cuenta de que todavía tengo mucho por hacer antes de que sea mañana. Decido limpiar el baño antes de concederme otra copa y me pongo manos a la obra, restregando primero la bañera y luego llenando el cubo de agua para fregar el suelo. El baño es minúsculo y cuadrado, con un ventanuco de vidrio esmerilado. Me recuerda a aquella habitación claustrofobia de París. Giovanni tenía grandes planes para reformar la habitación y hubo un tiempo en que, de hecho, habíamos empezado a reformarla, cuando vivíamos rodeados de yeso y de torres de ladrillos apilados en el suelo. Sacábamos los sacos de ladrillos por las noches y los dejábamos en la calle.

Supongo que irán por él a primera hora de la mañana, tal vez justo antes del alba, para que lo último que vea Giovanni sea ese cielo gris y opaco que cubre París, bajo el que tantas madrugadas ebrias y desesperadas, con paso tambaleante, habíamos vuelto a casa.

# **SEGUNDA PARTE**



Recuerdo que la vida en aquella habitación parecía transcurrir bajo el mar, el tiempo fluía con indiferencia por encima de nosotros y las horas y los días carecían de significado. Al principio, nuestra vida en común contenía una felicidad y un asombro que renacían cada día. Bajo la felicidad, por supuesto, se ocultaba la angustia, y bajo el asombro, el miedo, pero no afloraron a la superficie al principio, sino cuando nuestro flamante principio se deshizo como angostura en nuestra boca. Para entonces, la angustia y el miedo ya se habían convertido en la superficie sobre la que tropezábamos y nos resbalábamos, donde perdíamos el equilibrio, la dignidad y el orgullo. El rostro de Giovanni, que había memorizado tantas mañanas, tantos mediodías y tantas noches, se endureció ante mis ojos, empezó a ceder en algunos rincones secretos, empezó a resquebrajarse. La luz de su mirada menguó hasta transformarse en un brillo tenue, y en la frente ancha y hermosa empezó a marcarse el cráneo que yacía debajo. Los labios sensuales se torcieron hacia dentro, absortos en la pena que le inundaba el corazón. Se convirtió en el rostro de un extraño. Ningún ejercicio memorístico me había preparado para la metamorfosis que todos mis ejercicios memorísticos habían contribuido a crear.

Nuestro día comenzaba antes del amanecer, cuando me acercaba hasta el bar de Guillaume justo a tiempo para tomar la última copa antes de la hora de cierre. A veces, cuando Guillaume ya había cerrado las puertas al público,

unos cuantos amigos, Giovanni y yo mismo nos quedábamos a desayunar y escuchar algo de música. Algunas veces Jacques también aparecía por allí, pues desde que conociéramos a Giovanni parecía salir más a menudo. Si desayunábamos con Guillaume, por lo general nos íbamos a las siete de la mañana, y éste en ocasiones, cuando Jacques estaba allí, se ofrecía a llevarnos a casa en el coche que había comprado de repente y de manera inexplicable, pero casi siempre recorríamos el largo camino de vuelta a casa a pie, paseando junto al río.

Se avecinaba la primavera en París. Paseando arriba y abajo por esta casa esta noche vuelvo a ver el río, los *quais* adoquinados, los puentes... Bajo los puentes pasaban unas barcas bajas y en aquellas gabarras a veces se veía a las mujeres tendiendo la ropa para que se secase. A veces veíamos a un joven en canoa, remando con energía, con aspecto más bien indefenso y más bien estúpido. Había unos yates atracados en los muelles de vez en cuando, y casas flotantes y barcazas; pasábamos tan a menudo junto al parque de bomberos que éstos ya nos conocían. Cuando llegó de nuevo el invierno y Giovanni se escondió en una de esas barcazas, fue un bombero quien, al ver cómo una noche regresaba a gatas a su escondrijo con una barra de pan, dio el chivatazo a la policía.

Los árboles reverdecían esas mañanas, el río menguaba y el vapor pardo e invernal emanaba de él, se derramaba corriente abajo, y los pescadores aparecían. Giovanni tenía razón respecto a los pescadores: es cierto que nunca parecían pescar nada, pero aquello les daba algo que hacer. Los tenderetes de los librerías que se extendían por los *quais* parecían haberse vuelto casi festivos, aguardando la llegada del buen tiempo, que permitiría a los transeúntes hojear despreocupadamente los libros de páginas gastadas e imbuiría a los turistas de un irrefrenable deseo de llevarse a Estados Unidos, o a Dinamarca, más grabados en color de los que podían pagar o utilizar al llegar a su país. También las chicas aparecían en bicicleta, junto con chicos equipados de forma similar, y a veces los veíamos por el río, cuando la luz empezaba a atenuarse, después de guardar las bicicletas hasta el día siguiente. Aquello fue después de que Giovanni perdiese su trabajo, cuando salíamos a pasear al atardecer. Aquellas tardes fueron amargas; Giovanni sabía que iba a abandonarlo, pero no se atrevía a acusarme por miedo a que corroborase su

sospecha. Yo no me atrevía a decírselo. Helia estaba a punto de regresar de España y mi padre había accedido a enviarme dinero, que no iba a utilizar para ayudar a Giovanni, quien tanto había hecho por ayudarme a mí, sino que iba a usarlo para escapar de su habitación.

Todas las mañanas, el cielo y el sol parecían estar un poco más altos, y el río se desplegaba ante nosotros con un equipaje cargado de promesas. Todos los días, los tenderos de los puestos de libros parecían haberse despojado de otra prenda de ropa, de modo que la forma de sus cuerpos parecía experimentar una metamorfosis continua y extraordinaria. Uno empezaba a preguntarse qué forma definitiva adquirirían. Era evidente, a través de las ventanas abiertas de los *quais* y de las callejuelas, que los *hoteliers* habían contratado a pintores para que pintaran las habitaciones. Las mujeres de las lecherías se habían quitado sus jerséis azules y arremangado sus vestidos de forma que se les veía sus poderosos brazos, y en las panaderías el pan parecía más tierno y más bueno. Los escolares habían prescindido de sus capas y ya no se les veían las rodillas moradas por el frío. Parecía oírse más cháchara por las calles, en ese lenguaje curiosamente comedido y vehemente que a veces me recuerda al sonido que se hace al batir las claras de huevo y otras veces a los instrumentos de cuerda, pero siempre a los pormenores y a los epílogos de la pasión.

Sin embargo, no solíamos desayunar muy a menudo en el bar de Guillaume porque yo no le caía bien a éste. Por regla general, me limitaba a esperar por allí, lo más discretamente posible, a que Giovanni hubiese terminado de limpiar el bar y se hubiese cambiado de ropa. Entonces dábamos las buenas noches y nos íbamos. Los clientes habituales habían desarrollado una curiosa actitud hacia nosotros compuesta por un maternalismo desagradable, envidia y disimulado disgusto. Por algún motivo, no podían hablarnos a nosotros como hablaban entre ellos y les molestaba la presión que les imponíamos de tener que hablar de ese otro modo. Y les enfurecía que sus huecas vidas, en este caso, no fuese el centro de atención. El narcótico de la charla, los sueños de conquista y el desprecio mutuo les hacía sentir su pobreza de nuevo.

Desayunásemos donde desayunásemos y paseásemos por donde paseásemos, cuando llegábamos a casa siempre estábamos demasiado cansados para irnos a dormir inmediatamente. Preparábamos café y a veces lo

acompañábamos con coñac; nos sentábamos en la cama y hablábamos y fumábamos. Parecíamos tener muchas cosas que decir... o Giovanni parecía tenerlas. Aun en mi sinceridad más honda, aun cuando intentaba con más fuerza entregarme a él como él se entregaba a mí, siempre me estaba guardando algo. Por ejemplo, no le conté lo de Helia hasta que llevaba un mes viviendo en la habitación. Y se lo dije porque, por el tono de sus cartas, parecía como si fuese a volver a París muy pronto.

—¿Y qué hace viajando por España sola? —preguntó Giovanni.

—Le gusta viajar —contesté.

—Oh —exclamó Giovanni—, a nadie le gusta viajar, sobre todo en el caso de las mujeres. Debe de haber otra razón. —Arqueó las cejas con aire sugerente—. A lo mejor se ha echado un amante español y le da miedo decírtelo. A lo mejor está con un torero...

«A lo mejor sí», pensé.

—Pero no le daría miedo decírmelo.

Giovanni se echó a reír.

—No entiendo a los americanos, en absoluto —dijo.

—No sé qué es lo que resulta tan difícil de entender. No estamos casados, ¿sabes?

—Pero es tu novia, ¿no? —inquirió Giovanni.

—Sí.

—¿Y todavía es tu novia?

Lo miré fijamente.

—Por supuesto —contesté.

—Entonces —siguió Giovanni—, no entiendo qué está haciendo en España mientras tú estás en París. —Se le ocurrió otra pregunta—. ¿Qué edad tiene?

—Es dos años más joven que yo. —Lo miré—. ¿Qué tiene eso que ver?

—¿Está casada? Quiero decir con otra persona, claro.

Me reí y él también se echó a reír.

—Por supuesto que no.

—Bueno, pensaba que tal vez era una mujer mayor —explicó Giovanni— con marido y a lo mejor tenía que irse con él de vez en cuando para poder continuar su historia contigo. Eso sería un buen arreglo. Esas mujeres a veces son muy interesantes y no les suele faltar dinero. Si es ese tipo de mujer la que

está en España, te traería un regalo fantástico, pero si es una chica joven, paseándose por un país extranjero ella sola... eso no me gusta nada. Deberías buscarte otra novia.

Todo parecía muy divertido.

—¿Y tú? ¿Tienes novia? —le pregunté.

—Ahora no —contestó—, pero a lo mejor vuelvo a tenerla algún día. —Esbozó una media sonrisa y frunció un poco el ceño—. Parece que ahora no me interesan mucho las mujeres, no sé por qué. Antes me interesaban... A lo mejor vuelven a interesarme. —Se encogió de hombros—. Tal vez sea porque las mujeres suponen unos cuantos problemas más de los que puedo permitirme ahora mismo. *Et puis...* —Se interrumpió.

Sentí ganas de decir que me parecía que el camino que había escogido para eludir sus problemas se me antojaba de lo más peculiar, pero al cabo de un momento me limité a comentar, con suma cautela:

—Me parece que no tienes una opinión demasiado buena de las mujeres.

—Bah, las mujeres... No hay necesidad, por suerte, de tener una opinión sobre las mujeres. Las mujeres son como el agua del mar: son igual de atrayentes, y pueden ser igual de traicioneras, y a veces puede parecer que no tienen fondo, ¿sabes lo que quiero decir? Y otras, en cambio, parecen muy poco profundas. Y son igual de sucias. —Hizo una pausa—. Puede que no me gusten mucho las mujeres, eso es verdad. Eso no me ha impedido hacerles el amor a muchas de ellas y amar a una o dos, pero la mayor parte del tiempo... la mayor parte del tiempo hacía el amor sólo con el cuerpo.

—Eso puede hacer que te sientas muy solo —dije. No esperaba haber dicho aquello.

Él no esperaba oírlo. Me miró, extendió el brazo y me tocó la mejilla.

—Sí —convino. Acto seguido, añadió—: No trato de ser *méchant* cuando hablo de las mujeres. Respeto a las mujeres, mucho, por su vida interior, que no es como la de los hombres.

—A las mujeres no parece gustarles esa visión de ellas —señalé.

—¡Bah! —exclamó Giovanni—. Esas mujeres ridículas de hoy en día, llenas de ideas raras y de tonterías, y creyéndose iguales a los hombres... *Quelle rigolade!* Se merecen una buena paliza para que se enteren de quién manda aquí.

Me eché a reír.

—¿A las mujeres que conocías les gustaba que las pegasen?

Sonrió.

—No sé si les gustaba, pero una paliza nunca hizo que se fueran. —Ambos nos echamos a reír—. De todas formas, no eran como esa niña tonta tuya, que se pasea por España y manda postales a París. ¿Qué cree que está haciendo? ¿Quiere estar contigo o no quiere estar contigo?

—Se ha ido a España —contesté— para averiguarlo.

Giovanni abrió los ojos como platos. Rebosaba de indignación.

—A España. ¿Y por qué no a China? ¿Qué está haciendo? ¿Probando a todos los españoles y comparándolos contigo?

Aquello me molestó un poco.

—Tú no lo entiendes —repuse—. Es una chica muy inteligente, muy compleja, y quería marcharse y pensar.

—¿Y qué es lo que tiene que pensar? Parece una chica bastante idiota, la verdad. No sabe decidir en qué cama quiere dormir. Lo quiere todo y más.

—Si estuviese en París ahora mismo —lo interrumpí bruscamente—, yo no estaría en esta habitación contigo.

—Es posible que no estuvieses viviendo aquí —concedió—, pero seguro que estaríamos viéndonos de todos modos, ¿por qué no?

—¿Que por qué no? ¿Y qué pasaría si lo averiguase?

—¿Si lo averiguase? ¿Si averiguase el qué?

—Venga, vale ya —dije—. Ya sabes a qué me refiero.

Me lanzó una mirada muy seria.

—Parece cada vez más imposible, esa chiquita tuya. ¿Qué es lo que hace? ¿Seguirte a todas partes? ¿O contrataría a un detective para que durmiese debajo de tu cama? Bueno, ¿y a ella qué le importa de todos modos?

—No puedes estar hablando en serio —dijo.

—Pues claro que hablo en serio —repuso—. Eres tú el incomprendible. —Lanzó un gemido, sirvió más café y recogió nuestro coñac del suelo—. *Chez toi* todo suena inquietante y muy complicado, como una de esas novelas de misterio que transcurren en la campiña inglesa. «Si lo averiguase, si lo averiguase...», no dejas de repetir... como si fuésemos los cómplices de un crimen. No hemos cometido ningún crimen. —Sirvió el coñac.

—Es sólo que se sentiría muy dolida si se enterase, nada más. La gente usa palabras muy sucias para describir... esta situación. —Me callé. Su expresión denotaba que mi razonamiento era más bien flojo—. Además —añadí a la defensiva—, sí es un crimen, al menos en mi país, y, al fin y al cabo, yo no me crié aquí, sino allí.

—Si las palabras sucias te asustan —replicó Giovanni— la verdad es que no entiendo cómo has conseguido vivir tanto tiempo. La gente está llena de palabras sucias. El único momento en el que no las usan, y hablo de la mayoría de la gente, es cuando están describiendo algo sucio. —Hizo una pausa y nos miramos el uno al otro. A pesar de lo que estaba diciendo, él mismo parecía bastante asustado—. Si tus compatriotas piensan que la intimidad es un crimen, mucho peor para tu país. Y en cuanto a esa novia tuya... ¿siempre estás con ella cuando está aquí? Quiero decir, ¿a todas horas?, ¿todo el día? Algunas veces saldrás a tomar una copa solo, ¿no? A lo mejor a veces sales a dar una vuelta sin ella... para pensar, como dices tú. Parece que los americanos se pasan la vida pensando. Y a lo mejor, mientras estás pensado y tomándote esa copa, ves pasar a otra chica y la miras, ¿no? Tal vez hasta levantas la vista al cielo y sientes cómo te late la sangre. ¿O es que todo se detiene cuando viene Helia? ¿Nada de copas solo, ni de mirar a otras chicas, ni de cielo?, ¿eh? Respóndeme.

—Ya te he dicho que no estamos casados, pero por lo visto no soy capaz de hacer que entiendas nada de nada esta mañana.

—Bueno, y dime una cosa, cuando Helia está aquí, ¿a veces ves a otras personas... sin Helia?

—Por supuesto.

—¿Y te obliga a que le cuentes todo lo que has hecho mientras ella no estaba contigo?

Lancé un suspiro. Había perdido el control de la conversación y, sencillamente, quería que acabase. Me bebí el coñac demasiado rápido y me quemó la garganta.

—Claro que no.

—Bien. Eres un chico muy guapo, muy civilizado y muy encantador y, a menos que seas impotente, no veo qué motivo de queja puede tener ella ni de qué tienes que preocuparte tú. Organizar, *mori cher, la vie pratique* es muy

sencillo: sólo tienes que hacerlo. —Reflexionó un Instante—. A veces las cosas salen mal, estoy de acuerdo, y luego tienes que organizarte de otro modo, pero desde luego no es el melodrama inglés en el que tú lo conviertes. Porque, si así fuese, la vida sería sencillamente insoportable. —Sirvió más coñac y me obsequió con una sonrisa, como si hubiese solucionado todos mis problemas. Y su sonrisa traslucía una ingenuidad tan genuina que no me quedé más remedio que devolverle la sonrisa. A Giovanni le gustaba pensar que era una persona realista y que yo no lo era y que me estaba enseñando los aspectos duros de la vida. Para él era muy importante sentirlo así, y lo era porque sabía, de mala gana, en el fondo de su *corazón*, que yo, irremediablemente, en el fondo del mío, me resistía a él con todas mis fuerzas.

Al final nos quedamos quietos, en silencio, y nos dormimos. Nos despertamos hacia las tres o las cuatro de la tarde, cuando un sol desangelado husmeaba por los rincones de la habitación saturada de objetos. Nos levantamos, nos aseamos y nos afeitamos, tropezándonos el uno con el otro, gastándonos bromas y furiosos por el deseo no expresado de escapar de la habitación. Luego salimos a trompicones a las calles, a París; comimos rápido en algún sitio y dejé a Giovanni en la puerta del bar de Guillaume.

Después yo, solo, y aliviado de estar solo, tal vez fui al cine, o di un paseo, o volví a casa y leí, o me senté en un parque y leí, o me senté en la terraza de un café, o hablé con alguien o escribí unas cartas. Escribí a Helia, sin contarle nada, o escribí a mi padre, pidiéndole dinero. Y daba igual lo que estuviese haciendo: otro yo se había instalado en mi interior, completamente helado de terror ante la pregunta de mi vida.

Giovanni había despertado en mí una comezón, había removido en mi fuero interno un viejo remordimiento. Me di cuenta una tarde, cuando lo acompañaba al trabajo por el bulevar Montparnasse. Habíamos comprado un kilo de cerezas y nos las estábamos comiendo mientras paseábamos. Esa tarde estábamos los dos insoportablemente infantiles y animosos, y el espectáculo que ofrecíamos, dos hombres adultos, propinándose empujones en una acera ancha y tirándose los huesos de las cerezas a la cara, como si de proyectiles de papel se tratase, debía de ser escandaloso. Y entonces me di cuenta de que semejante puerilidad era fantástica a mi edad y la felicidad que manaba de ella aún más, de modo que en ese momento realmente amé a Giovanni, que nunca



me había parecido tan bello como esa tarde. Y, al ver su cara, me di cuenta de que significaba mucho para mí que yo fuese capaz de causar una expresión tan luminosa en su rostro. Vi que tal vez estaría dispuesto a dar mucho con tal de no perder esa capacidad, y sentí cómo yo mismo fluía hacia él, igual que afluye un río cuando se rompe el hielo. Y sin embargo, en ese preciso instante, pasó por la acera, entre nosotros, otro chico, un desconocido, y lo investí de inmediato con la belleza de Giovanni, y lo que sentía por éste, también lo sentí por él. Giovanni fue testigo de ello, vio mi cara y le hizo reír aún más. Yo me ruboricé y él siguió riéndose, y entonces el bulevar, la luz y el sonido de su risa se convirtieron en una pesadilla. Seguí mirando a los árboles, a la luz que se derramaba a través de las hojas. Sentí pena, vergüenza, pánico y una gran amargura. Al mismo tiempo —formaba parte de mi confusión y también estaba fuera de ella—, sentí cómo los músculos del cuello se me ponían tensos por el esfuerzo que estaba haciendo de no volver la cabeza y ver cómo aquel chico se empequeñecía en la luminosa avenida. La bestia que Giovanni había despertado en mí no volvería a dormirse de nuevo, pero un día yo ya no estaría con Giovanni y entonces, como todos los demás, me sorprendería a mí mismo volviéndome y siguiendo a toda clase de chicos por sabe Dios qué avenidas oscuras, para adentrarme en sabe Dios qué oscuros lugares...

Con aquel aterrador presentimiento nació en mí un odio por Giovanni que era tan poderoso como mi amor y que se nutría por las mismas raíces.

Casi no sé cómo describir esa habitación. Se convirtió, en cierto modo, en todas las habitaciones en las que he estado alguna vez, y todas las habitaciones en las que me encuentre en lo sucesivo me recordarán a la habitación de Giovanni. La verdad es que no viví allí mucho tiempo —nos conocimos justo antes del inicio de la primavera y me fui de allí durante el verano—, pero todavía me parece haber pasado allí una vida entera. La vida en aquella habitación parecía transcurrir por debajo del agua, como ya he dicho, y sin duda podría asegurarse que la transformación que sufrió mi vida fue comparable a un maremoto.

Para empezar, la habitación no era lo bastante grande para dos personas, y daba a un pequeño patio. Éste «daba» sólo significa que la habitación disponía de dos ventanas, contra las que el patio se obstinaba en presionar de forma malevolente, invadiéndolas cada día más, como si se hubiese confundido con una jungla. Nosotros, o mejor dicho Giovanni, manteníamos las ventanas cerradas la mayor parte del tiempo; él nunca había comprado cortinas ni llegamos a comprarlas juntos el tiempo que estuve viviendo en la habitación; para garantizar nuestra intimidad, Giovanni había oscurecido los cristales de las ventanas con un abrillantador espeso de color blanco. A veces oíamos voces de niños jugando debajo de nuestra ventana y a veces unas formas extrañas se cernían sobre ella. En esos momentos Giovanni, que estaba trabajando en la habitación o tumbado en la cama, se incorporaba como un

perro de caza y se quedaba en absoluto silencio hasta que lo que fuese que parecía amenazar nuestra seguridad hubiera desaparecido.

Él siempre había tenido grandes planes para remodelar aquella habitación y, antes de que yo llegase, ya había empezado. Una de las paredes era de un blanco sucio y roto allí donde había arrancado el papel pintado. La pared que había enfrente estaba destinada a no ser descubierta nunca, y sobre ella una señora con miriñaque y un hombre en calzones paseaban juntos de forma permanente, rodeados de rosas. El papel pintado yacía en el suelo, en rollos y tiras enormes, llenos de polvo. Nuestra ropa sucia también estaba desparramada por el suelo, junto con las herramientas de Giovanni, los pinceles y los botes de óleo y trementina. Nuestras maletas se tambaleaban al borde de un mueble, así que siempre temíamos tener que abrirlas y a veces pasábamos varios días sin algún artículo de primera necesidad insignificante, como calcetines limpios, por ejemplo.

Nadie venía nunca a vernos, salvo Jacques, y no lo hacía demasiado a menudo. Estábamos lejos del centro de la ciudad y no teníamos teléfono.

Recuerdo la primera tarde que me desperté allí, al lado de Giovanni, que dormía a pierna suelta, como un tronco. La luz del sol se filtraba tan débilmente por la habitación que me preocupé al pensar en qué hora sería. Encendí un pitillo sin hacer ruido, pues no quería despertar a Giovanni. Todavía no sabía cómo me enfrentaría a su mirada. Eché una ojeada a mi alrededor. Giovanni había dicho algo en el taxi acerca de lo sucia que estaba su habitación.

—De eso estoy seguro —había dicho yo, despreocupadamente, y volví la cabeza para mirar por la ventanilla. Luego ambos nos quedamos callados. Cuando me desperté en su habitación, recordé que había habido cierta tensión y dolor en aquel silencio, que se había roto cuando Giovanni dijo, con una sonrisa tímida y amarga:

—Tengo que encontrar una figura poética. —Y extendió sus pesados dedos en el aire, como si una metáfora fuese tangible.

Lo observé.

—Mira la basura de esta ciudad —dijo al fin, y sus dedos señalaron la calle pasajera—. ¿Has visto toda la basura de esta ciudad? ¿Adónde la llevan? No sé adónde la llevan... pero bien podría ser a mi habitación.

—Es muy probable —contesté yo— que la arrojen al Sena.

Pero percibí, al despertar y mirar a mi alrededor en aquella habitación, la bravuconería y la cobardía de su metáfora. Aquélla no era la basura de París, que habría sido anónima: aquélla era la vida regurgitada de Giovanni.

Ante mí, a mi lado y por toda la habitación, apiladas como una pared de ladrillo, había cajas de cartón y piel, algunas atadas con cordel, otras cerradas con llave, otras llenas hasta los topes. De la caja que había en lo alto, justo delante de mí, sobresalían montones de partituras para violín. Había un violín en la habitación, encima de la mesa y en su estuche combado y resquebrajado; era imposible saber con sólo mirarlo si lo habían dejado allí el día anterior o hacía cien años. La mesa estaba abarrotada de periódicos que empezaban a amarillear y de botellas vacías, y sobre ella reposaba una sola patata marrón y arrugada en la que incluso los grillos que brotaban de ella estaban podridos. Un reguero de vino tinto manchaba el suelo; el líquido se había secado y hacía que en la habitación se respirase un aire dulzón y enrarecido. Sin embargo, lo más alarmante no era el desorden de la habitación, sino el hecho de que, al empezar a buscar la clave de todo aquel caos, era evidente que no se encontraba en ninguno de los lugares habituales, pues aquello no era una cuestión de costumbre, de circunstancias ni de temperamento, sino una cuestión de castigo y dolor. No sé cómo lo supe, pero lo supe de inmediato. Tal vez lo supe porque quería vivir. Y me dispuse a examinar la habitación con la misma extensión nerviosa y calculadora de la inteligencia y de todas las fuerzas de uno que se conjuran cuando se evalúa un peligro mortal e inevitable: las paredes silenciosas de la habitación con su pareja de amantes distantes y arcaicos atrapados en un interminable jardín de rosas; las ventanas vigilantes, acechantes como dos grandes ojos de hielo y fuego; y el techo, que se cernía sobre nosotros como esas nubes desde las que a veces han hablado los demonios y que se ocultaba pero no conseguía mitigar su malevolencia tras la lámpara amarilla que pendía como un sexo enfermo e indefinible en su centro. Bajo aquella afilada flecha, bajo aquella flor de luz tambaleante, yacían los terrores que contenían el alma de Giovanni. Comprendí por qué Giovanni me había querido a mí y me había traído a su último refugio. Yo iba a destruir aquella habitación e iba a dar a Giovanni una vida nueva y mejor. Esta vida sólo podía ser la mía propia, que, a fin de transformar la de

Giovanni, primero debía formar parte de su habitación.

Al principio —puesto que los motivos que me habían conducido a la habitación de Giovanni eran tan confusos, tenían tan poco que ver con sus deseos y esperanzas y formaban una parte tan profunda de mi propia desesperación—, inventé en mí una especie de placer interpretando el papel del ama de casa cuando Giovanni se iba a trabajar. Tiraba el papel, las botellas y la colosal acumulación de basura, examinaba el contenido de las innumerables cajas y maletas y lo desechaba... Sin embargo, no soy un ama de casa, los hombres nunca pueden serlo; y el placer no fue nunca real ni profundo, a pesar de que Giovanni esbozaba su sonrisa humilde y agradecida y me decía de todas las maneras de las que era capaz lo maravilloso que era tenerme allí, cómo me interponía, con mi amor y mi ingenuidad, entre él y la oscuridad. Cada día me invitaba a presenciar cómo había cambiado, cómo el amor lo había cambiado, cómo trabajaba, cantaba y me valoraba. Yo estaba sumido en una terrible confusión. A veces pensaba: «Pero si ésta es tu vida... Deja de luchar contra ella, deja de luchar contra ella». Y otras veces pensaba: «Pero si soy muy feliz... Y él me quiere. Estoy a salvo». A veces, cuando él no estaba cerca, pensaba: «No volveré a dejar que me toque», y luego, cuando me tocaba, pensaba: «No importa, sólo es el cuerpo. Pronto se acabará». Cuando se acababa, me quedaba tendido en la oscuridad, escuchando su respiración, y soñaba con el tacto de sus manos, de las manos de Giovanni, o de las manos de cualquiera, manos que tendrían la capacidad de aplastarme y hacerme entero de nuevo.

A veces dejaba a Giovanni con nuestro desayuno de mediodía, con el humo azul de un cigarrillo serpenteando alrededor de su cabeza, y me iba a la oficina de *American Express* en Ópera, donde estaría mi correo si es que había recibido alguno. A veces, aunque raramente, Giovanni me acompañaba; decía que no podía soportar estar rodeado de tantos americanos. Decía que todos le parecían iguales, y estoy seguro de que en efecto a él todos se lo parecían; pero a mí no. Yo era consciente de que todos compartían algo que los hacía americanos, pero no sabía decir qué era. Sabía que, fuese lo que fuese aquel rasgo común, yo también lo compartía, como también sabía que Giovanni, en parte, se había sentido atraído por mí gracias a eso. Cuando quería hacerme saber que estaba disgustado conmigo, decía que yo era un

«*vrai américain*»; y a la inversa, cuando estaba encantado, decía que no parecía americano en absoluto, y en ambas ocasiones estaba tocando, en lo más hondo de mí, un nervio que no vibraba en él. Y eso me molestaba: me molestaba que me llamasen americano (y me molestaba que me molestase), porque era como si no fuese nada más que eso, fuese lo que fuese, y me molestaba que me dijese que no parecía americano porque era como si no fuese nada.

Pese a todo, al entrar en la oficina de *American Express* una calurosa tarde de pleno verano, por fuerza tuve que admitir que aquella activa horda tan inquietantemente vivaracha llamaba la atención de inmediato, como si se tratara de un solo bloque monocolor. En mi país, habría distinguido determinados patrones, hábitos y acentos sin posibilidad de error, mientras que allí sonaban, a menos que escuchase con suma atención, como si acabasen de llegar de Nebraska. En mi país podría haber visto la ropa que llevaban, pero allí sólo veía bolsas, cámaras, cinturones y sombreros, todo ello, sin sombra de duda, de los mismos almacenes. En mi país habría percibido de algún modo la feminidad individual de la mujer que tenía delante; allí, hasta la más arreglada y elegante parecía participar en una especie de parodia glacial o reseca del sexo, e incluso las abuelas parecían no haberse relacionado nunca con los vaivenes de la carne. Y lo que distinguía a los hombres era que parecían incapaces de envejecer; olían a jabón, que sin duda era su protección contra los peligros y exigencias de cualquier olor más íntimo; el chico que había sido aparecía de algún modo immaculado, intacto e inmutable a través de la mirada del hombre de sesenta años que estaba reservando un pasaje, con su sonriente esposa, a Roma. Su esposa podría haber sido su madre, obligándole a tragar más papilla de avena, y Roma podría haber sido la película que le había prometido dejarle ver. Sin embargo, también sospeché que lo que estaba viendo no era sino una parte de la verdad, y tal vez ni siquiera la parte más importante; bajo aquellos rostros, aquella ropa, aquellos acentos y aquella brusquedad había fuerza y dolor, ambos no reconocidos, desapercibidos: la fuerza de los inventores, el dolor de los inconexos.

Ocupé mi lugar en la fila del correo detrás de dos chicas que habían decidido que querían quedarse en Europa y que esperaban encontrar trabajo con el gobierno americano en Alemania. Una de ellas se había enamorado de

un suizo, o eso deduje de la agitada e intensa conversación en voz baja que estaba manteniendo con su amiga. La amiga le insistía para que no cediese respecto a no sé qué principio que no logré descubrir, y la chica enamorada no dejaba de asentir con la cabeza, pero más por perplejidad que porque estuviese de acuerdo con ella. Tenía la apariencia titubeante y entrecortada de quien tiene algo más que decir pero no encuentra la manera de decirlo.

—No actúes como una tonta con esto —le estaba diciendo la amiga.

—Ya lo sé, ya lo sé —respondía la chica. Daba la impresión de que, a pesar de que desde luego no quería actuar como una tonta, había perdido una definición de la palabra y tal vez nunca sería capaz de encontrar otra.

Había dos cartas para mí, una de mi padre y la otra de Helia. Helia llevaba ya bastante tiempo enviándome postales únicamente. Yo temía que su carta pudiese ser importante y no quería leerla, de modo que abrí la carta de mi padre primero. La leí, fuera del alcance de la luz del sol, junto a las puertas de vaivén que no cesaban de oscilar. Mi padre decía:

Querido Butch:

¿Es que no piensas volver nunca a casa? No pienses que sólo soy un egoísta, pero es verdad que me gustaría verte. Creo que ya llevas lejos de casa suficiente tiempo. Sabe Dios que no tengo idea de lo que estás haciendo por ahí, y no escribes lo bastante para que pueda adivinarlo siquiera. Lo que sí puedo adivinar es que uno de estos días lamentarás haberte quedado ahí tanto tiempo, mirándote el ombligo y dejando la vida pasar ante ti. Ahí no hay nada para ti, nada que te convenga. Eres más americano que la tarta de manzana, aunque puede que ya no quieras creerlo, y puede que no te importe que te diga que, a fin de cuentas, ya eres un poco mayorcito para seguir estudiando, si es eso lo que estás haciendo.

Estás a punto de cumplir los treinta. Yo también me estoy haciendo mayor, y tú eres lo único que tengo.

Me gustaría verte.

No dejas de pedirme que te envíe dinero y supongo que crees que soy un cabrón por no enviártelo. No es que quiera que te mueras de hambre, y sabes perfectamente que si de veras necesitas algo, yo sería el primero en ayudarte, pero lo cierto es que no creo que te hiciese ningún favor dejando que te gastes

ahí el poco dinero que tienes para volver luego a casa con las manos vacías. ¿Qué diablos estás haciendo? Cuéntale el secreto a tu padre, ¿no? Puede que no lo creas, pero yo también fui un hombre joven una vez.

Y luego seguía hablando de mi madrastra y de las ganas que tenía de verme y de nuestros amigos y de lo que estaban haciendo. Era evidente que mi ausencia empezaba a inquietarlo. No sabía qué significaba. Sin embargo, obviamente vivía en un pozo de sospechas que cada día se volvían más oscuras y más vagas, y que no habría sabido cómo expresar en palabras aunque se hubiese atrevido. La pregunta que ansiaba formular no estaba en la carta, ni tampoco el ofrecimiento: «¿Es una mujer, David? Tráetela a casa. No me importa quién sea. Tráetela a casa y yo os ayudaré a salir adelante». No podía arriesgarse a formular aquella pregunta porque no habría soportado una respuesta negativa. Una respuesta negativa habría revelado hasta qué punto nos habíamos convertido en dos extraños. Doblé la carta, la guardé en el bolsillo trasero de mis pantalones y miré a la calle un momento, a la ancha avenida extranjera e iluminada por el sol.

Había un marinero, vestido de blanco de pies a cabeza, atravesando el bulevar, andando con ese gracioso petate que llevan los marineros y con esa aura, esperanzada y dura, de tener que hacer que sucedan muchas cosas en muy poco tiempo. Yo lo estaba mirando, aunque sin ser consciente de ello, y deseando ser él. Parecía, en cierto modo, más joven de lo que yo lo había sido alguna vez, más rubio y más guapo, y llevaba su masculinidad tan inequívocamente como llevaba su piel. Me recordó a mi hogar. Tal vez el hogar de uno no sea un sitio sino simplemente una condición irrevocable. Supe cómo bebía y cómo estaba con sus amigos y cómo el dolor y las mujeres lo desconcertaban. Me pregunté si mi padre habría sido así alguna vez, si yo había sido así alguna vez, aunque era difícil imaginar para aquel chico, que atravesaba la avenida a grandes zancadas como la propia luz, algún antecedente, algún tipo de conexión. En el momento en que ambos nos cruzamos, como si hubiese visto un pánico elocuente en mis ojos, me lanzó una mirada desdeñosamente lúbrica y cómplice, la misma mirada que podía haberle lanzado apenas unas horas antes a la acicaladísima ninfómana o a la mujerzuela con pretensiones de dama. Y al cabo de un segundo más, si hubiese



durado nuestro contacto visual, estoy seguro de que habría estallado en palabras, de entre toda esa luz y belleza, una variación brutal del «Hola, guapo. Yo te conozco». Sentí cómo me ardía la cara, sentí cómo se me endurecía el corazón y me temblaba al pasar a toda prisa junto a él, mientras intentaba mirar impávido más allá de su persona. Me había pillado por sorpresa, porque en realidad no había estado pensando en él sino en la carta que llevaba en el bolsillo, en Helia y Giovanni. Crucé al otro lado del bulevar, sin atreverme a mirar atrás, y me pregunté qué había visto en mí para provocar un desdén tan instantáneo. Yo era demasiado viejo para suponer que tenía que ver con mi forma de andar ni mi modo de gesticular con las manos, ni con mi voz que, de todas formas, no había oído. Era otra cosa, y yo nunca lo vería. Nunca me atrevería a verlo: sería como mirar al sol desnudo. Sin embargo, al apretar el paso, sin atreverme a mirar a nadie, hombre o mujer, que se cruzase conmigo en las amplias aceras, supe que lo que el marinero había visto en mis ojos desprevenidos era envidia y deseo: yo mismo lo había visto a menudo en los ojos de Jacques, y mi reacción y la del marinero habían sido la misma. Pero si yo todavía hubiese sido capaz de sentir afecto y él lo hubiese visto en mis ojos, no habría servido de ayuda, porque el afecto, para los chicos a los que estaba condenado a mirar, era inmensamente más aterrador que el deseo.

Caminé un poco más de lo que me había propuesto al principio, pues no me atrevía a detenerme mientras el marinero pudiese estar mirándome aún. Cerca del río, en la Rué des Pyramides, me senté en la mesa de un café y abrí la carta de Helia.

Mon cher:

España es mi país favorito, *mais ga n'empáche que París soit toujours ma ville préférée*. Ardo en deseos de estar de nuevo entre todos los habitantes de esa ciudad de locos, corriendo hacia las paradas de metro, bajándose de los autobuses de un salto, esquivando motocicletas, atrapados en los atascos de tráfico y admirando todas las estafalarias estatuas que hay en todos esos parques absurdos. Echo de menos a las señoritas de la plaza de la Concordia. España no es así en absoluto. Sea lo que sea, España es cualquier cosa menos frívola. Creo de veras que podría quedarme en España para siempre... si no hubiese conocido París. España es muy hermosa, pétrea, soleada y solitaria,

pero poco a poco te vas cansando de tanto aceite de oliva y pescado y castañuelas y panderetas... Bueno, al menos yo me canso. Quiero volver a casa, a casa a París. Es curioso, nunca antes había sentido ningún lugar como mi casa.

Aquí no me ha pasado nada. Supongo que eso te alegrará, y te confieso que lo cierto es que a mí me alegra. Los españoles son agradables pero, por supuesto, la mayoría de ellos son pobres como ratas, y los que no lo son, son insoportables. No me gustan los turistas, en su mayor parte dipsomaníacos a los cuales, querido mío, sus familias pagan dinero para que se mantengan alejados de ellas (ojalá tuviese yo una familia). Ahora estoy en Mallorca y sería un lugar muy bonito si se pudiese arrojar al mar a todas las viudas pensionistas y hacer ilegal el consumo de *dry martini*. ¡Nunca en toda mi vida había visto nada igual! Ni te imaginas cómo beben esas viejas brujas y cómo le hacen ojitos a cualquier cosa que lleve pantalones, sobre todo si ronda los dieciocho...

Bueno, me dije a mí misma, Helia, amiga mía, toma buena nota, porque puede que estés contemplando tu propio futuro. El problema es que me quiero demasiado, y por eso he decidido dejar que dos personas lo prueben, me refiero a esto de quererme, y ver qué tal funciona. (Me siento bien ahora que he tomado la decisión, y espero que tú también, mi querido caballero andante con armadura de Gimbel's).

No me ha quedado más remedio que aceptar ir a una aburrida expedición a Sevilla con una familia inglesa a la que conocí en Barcelona. Les encanta España y quieren llevarme a una corrida de toros, porque no he ido a ninguna en todo el tiempo que llevo aquí. ¿A que es increíble? Son una gente estupenda: él es una especie de poeta que trabaja para la BBC y ella es su eficiente y adorable esposa. La verdad es que son encantadores, aunque tienen un hijo completamente chiflado que cree estar loco por mí, pero es demasiado inglés y, sobre todo, demasiado joven. Me marcho mañana y estaré allí diez días.

Luego, ellos vuelven a Inglaterra y yo... ¡a tus brazos!

Doblé la carta que, ahora me daba cuenta, llevaba esperando muchos días y muchas noches, y el camarero vino a preguntarme qué quería tomar. Antes mi

Intención había sido pedir un aperitivo pero en ese momento, movido por un grotesco espíritu de celebración, pedí un *whisky* con soda. Y, tomándome aquella copa, que nunca me había parecido tan americana como en ese momento, contemplé París, aquella ciudad absurda y tan abarrotada bajo el sol abrasador como el paisaje de mi corazón. No sabía qué iba a hacer.

No puedo asegurar que estuviese asustado, o sería más correcto decir que no sentía ningún miedo, al igual que, según cuentan, los hombres que reciben un disparo no sienten ningún dolor durante un rato. Sentí cierto alivio: por lo visto, la necesidad de tomar una decisión ya no estaba en mis manos. Me dije que ambos, Giovanni y yo, lo habíamos sabido siempre, que nuestro idilio no podía durar eternamente. Y no era que no hubiese sido honesto con él, pues lo sabía todo acerca de Helia. Sabía que ella regresaría a París tarde o temprano. Ahora volvería y mi vida con Giovanni terminaría. Sería algo que le había ocurrido a muchos hombres alguna vez en su vida. Pagué la bebida, me levanté y crucé el río en dirección a Montparnasse.

Me sentía eufórico; y sin embargo, al bajar por Raspail hacia los cafés de Montparnasse, no podía evitar recordar que Helia y yo habíamos paseado por allí, que Giovanni y yo habíamos paseado por allí. Y con cada paso, el rostro que se encendía de manera insistente delante de mí no era el de ella, sino el de él. Empecé a preguntarme cómo reaccionaría Giovanni ante mis noticias. No creía que fuese a montar una escena, pero tenía miedo de lo que vería en sus ojos, tenía miedo del dolor que vería allí. Pero ni siquiera éste era mi verdadero temor: mi verdadero temor estaba enterrado y me estaba conduciendo a Montparnasse. Quería encontrar una chica, cualquier chica, me era indiferente.

Sin embargo, las terrazas parecían estar anómalamente desiertas. Caminé despacio, por ambos lados de la calle, mirando a las mesas. No vi a nadie conocido. Llegué hasta la Closerie des Lilas y me tomé una copa solitaria. Volví a leer mis cartas. Pensé en ir a buscar a Giovanni de inmediato y decirle que lo abandonaba, pero sabía que todavía no habría abierto el bar y que podía estar en cualquier parte de París a aquella hora. Volví a enfilear el bulevar, despacio. Entonces vi a un par de chicas, dos putas francesas, pero no eran demasiado atractivas. Me dije que podía aspirar a algo mejor. Llegué al Select y me senté. Ví a la gente pasar y bebí una copa. Nadie que yo conociese

apareció por el bulevar en un buen rato.

La persona que apareció, y a la que yo no conocía muy bien, fue una chica llamada Sue, rubia y bastante rechoncha, que reunía, a pesar del hecho de que no era guapa, todas las cualidades de las candidatas a ganar el concurso de *Miss Rheingold*, la reina de la cerveza. Llevaba el pelo rubio y rizado muy corto, tenía los pechos pequeños y un culo enorme, y, para indicarle sin duda al mundo lo poco que le importaba la apariencia física o la sensualidad, siempre llevaba unos vaqueros ajustados. Creo que era de Filadelfia y que su familia era muy rica. A veces, cuando estaba muy borracha, los vilipendiaba, y otras, borracha también pero en otro aspecto, ensalzaba sus virtudes en cuanto a capacidad de ahorro y fidelidad. Sentí una mezcla de espanto y alivio al verla. En cuanto apareció, empecé a desnudarla mentalmente.

—Siéntate —la invité— y tómate una copa.

—¡Dichosos los ojos! —exclamó, al tiempo que se sentaba y buscaba al camarero con la mirada—. Hace siglos que no apareces por aquí. ¿Dónde te habías metido? ¿Cómo estás? —me preguntó, abandonando su búsqueda del camarero e inclinándose hacia delante con una amistosa sonrisa.

—Bien —le contesté—, ¿y tú?

—Bah, ¿yo? A mí nunca me pasa nada. —Y torció las comisuras de sus labios depredadores y vulnerables para insinuar que hablaba medio en broma, medio en serio—. Estoy hecha como una pared de ladrillo. —Ambos nos echamos a reír y luego me miró de hito en hito—. Me han dicho que te has ido a vivir muy lejos, al extremo de París, junto al zoo.

—He encontrado una habitación allí. Muy barata.

—¿Y vives solo?

No sabía si estaba al tanto de lo de Giovanni o no. Sentí un sudor frío en la frente.

—Más o menos —contesté.

—¿Más o menos? ¿Qué diablos significa eso? ¿Tienes un mono como animal de compañía o algo así?

Esbocé una sonrisa.

—No, verás: es de un chico francés que conozco y que vive con su novia, pero se pelean cada dos por tres y en realidad la habitación es suya, así que cuando la novia lo echa de casa, se viene conmigo un par de días.

—¡Ah! —exclamó con un suspiro—. *Chagrin d'amour!*

—Él se lo pasa bien —le expliqué—. Le encanta. —La miré—. ¿Y tú?

—Las paredes de ladrillo —contestó— somos impenetrables.

Llegó el camarero.

—¿Y no depende del arma con que las embistan? —me arriesgué.

—¿A qué me vas a invitar? —preguntó.

—¿Qué quieres? —Los dos estábamos sonriendo. El camarero estaba de pie, mirándonos y manifestando una especie de hosca *joie de vivre*.

—Creo que tomaré... —agitó los párpados de sus entornados ojos azules — *un ricard*. Con montones de hielo.

—Deux ricards —*le dije al camarero*— avec beaucoup de la glace.

—*Oui, monsieur*. —Estaba seguro de que nos despreciaba a ambos. Pensé en Giovanni y en todas las veces que por las noches la frase «*Oui, monsieur*» afloraba a sus labios. Acompañó a aquel pensamiento fugaz otro igual de efímero: una nueva percepción de Giovanni, su vida privada y su dolor, y todo lo que se agitaba como una riada en su interior cada vez que nos acostábamos juntos.

—Decíamos... —proseguí.

—¿Decíamos? —Abrió los ojos como platos para, acto seguido, entornarlos—. ¿Dónde estábamos? —Estaba intentando coquetear y ser práctica.

Sentí estar haciendo algo muy cruel. Pero no podía dejar de hacerlo.

—Estábamos hablando de las paredes de ladrillo impenetrables y de cómo pueden ser penetradas.

—No sabía —dijo con una sonrisa tonta— que te interesasen tanto las paredes de ladrillo.

—Hay muchas cosas de mí que no sabes. —El camarero regresó con las bebidas—. ¿No te parece divertido descubrir cosas nuevas?

Se quedó mirando su copa con aire descontento.

—Francamente —repuso volviéndose de nuevo hacia mí, con aquellos ojos—, no.

—Vaya, eres demasiado joven para pensar así —dije—. Todo debería ser un descubrimiento para ti, absolutamente todo.

Permaneció en silencio un momento y, al final, dio un sorbo antes de decir:

—Ya he hecho todos los descubrimientos que puedo soportar. —Pero observé cómo se restregaban sus muslos contra el tejido de sus vaqueros.

—Pero no puedes pasarte el resto de tu vida siendo una pared de ladrillo.

—No veo por qué no —contestó—. Tampoco veo cómo no voy a serlo.

—Nena —le dije—, te estoy haciendo una proposición.

Tomó de nuevo su copa y le dio un sorbo, con la mirada fija en el bulevar.

—¿Y cuál es esa proposición?

—Invítame a una copa. *Chez toi*.

—Me parece —respondió volviéndose hacia mí—, que no tengo nada en casa.

—Podemos comprar algo por el camino —sugerí.

Se me quedó mirando durante largo rato. Me obligué a mí mismo a sostenerle la mirada.

—Estoy segura de que no debería —dijo al fin.

—¿Por qué no?

Realizó un movimiento de indefensión imperceptible en la silla de mimbre.

—No lo sé. No sé qué es lo que quieres.

Me eché a reír.

—Si me invitas a tu casa a una copa, te lo enseñaré.

—Me parece que te estás poniendo imposible —dijo, y por primera vez percibí algo genuino en su voz y en su mirada.

—Bueno —repuse— pues yo creo que eres tú la que se pone imposible.

—La miré con una sonrisa que era, o eso esperaba yo, pueril e insistente a la vez—. No sé qué es lo que he dicho que es tan imposible. He puesto todas mis cartas sobre la mesa, pero tú sigues sin enseñarme las tuyas. No sé por qué tienes que pensar que un hombre es imposible cuando se declara atraído por ti.

—Oh, por favor... —exclamó, y apuró su copa de un sorbo—. Estoy segura que es este sol veraniego.

—El sol veraniego no tiene nada que ver —insistí y, cuando vi que seguía sin contestar, le expliqué—: Lo único que tienes que hacer es decidir si vamos a tomar otra copa aquí o en tu casa.

Chasqueó los dedos bruscamente y trató sin éxito de parecer desenfadada.

—Venga, vamos —se decidió—. Estoy segura de que me arrepentiré. Pero tienes que comprar algo de beber, porque no hay absolutamente nada. Además,

así —añadió al cabo de un momento— me aseguraré de obtener algo del trato.

Entonces fue a mí a quien le entraron sudores fríos y unas ganas irrefrenables de echarse atrás. Para evitar tener que mirarla, hice unas exageradas gesticulaciones para que viniese el camarero. Cuando llegó, tan hosco como antes, le pagué, nos levantamos y echamos a andar hacia la Rué de Sévres, donde Sue tenía un pequeño piso.

El apartamento era oscuro y estaba lleno de muebles.

—Ninguno es mío —me explicó—. Todos pertenecen a la señora francesa de cierta edad que me alquiló el piso, que ahora está en Montecarlo por problemas nerviosos. —Ella también estaba muy nerviosa y advertí que aquel nerviosismo podía jugar, por un rato, en mi favor. Había comprado una botellita de coñac, que dejé encima de su mesa de mármol, y la estreché en mis brazos. Por algún motivo, era completamente consciente de que eran más de las siete de la tarde, que muy pronto el sol habría desaparecido del río, que toda la noche de París estaba a punto de comenzar y que Giovanni estaba en esos momentos en el trabajo.

Sue era muy grande e inquietantemente fluida... fluida y, sin embargo, incapaz de fluir. Percibí en ella una dureza y una opresión, una grave desconfianza, creada ya por demasiados hombres como yo, que debía ser vencida ahora. Lo que estábamos a punto de hacer no iba a ser bonito.

Y, como si acabase de presentirlo, se apartó de mí.

—Tomemos una copa —sugirió—. A menos, claro está, que tengas mucha prisa. Intentaré no demorarte más de lo estrictamente necesario.

Sonrió y yo hice lo propio. En ese instante estuvimos más cerca de lo que íbamos a estarlo nunca, como dos ladrones.

—Tomemos varias copas —dije yo.

—Pero no demasiadas, ¿eh? —dijo ella, y volvió a esbozar aquella sonrisa tonta, con aire sugerente, como una estrella del cine venida a menos enfrentándose de nuevo a la cámara cruel tras un largo eclipse.

Cogió el coñac y desapareció por el rincón que hacía las veces de cocina.

—Ponte cómodo —me indicó desde allí—. Quítate los zapatos. Quítate los calcetines. Echa un vistazo a mis libros. Muchas veces me pregunto qué haría yo si no existiesen los libros en el mundo.

Me quité los zapatos y me arrellané en el sofá. Intenté no pensar, pero se

me ocurría que lo que hacía con Giovanni no podía ser más inmoral de lo que estaba a punto de hacer con Sue.

Regresó con dos copas de *brandy* gigantescas. Se colocó muy cerca de mí en el sofá y entrechocamos las copas. Bebimos un poco, sin que ella apartara la vista de mí, y luego le toqué los pechos. Separó los labios, dejó la copa en la mesa con una torpeza extraordinaria y se echó encima de mí. Era un gesto de enorme desesperación y sabía que se estaba entregando, no a mí, sino a ese amante que nunca aparecería.

Y entonces... entonces pensé en muchas cosas, tumbado encima de Sue, dentro de Sue, en aquel lugar oscuro. Me pregunté si habría tomado alguna precaución para no quedarse embarazada, y la idea de un hijo de Sue y mío, de verme atrapado de ese modo —en el mismo acto, por así decirlo, de intentar escapar—, por poco me provoca una carcajada. Me pregunté si sus vaqueros azules habrían ido a parar encima del cigarrillo que se había estado fumando. Me pregunté si alguien más tendría la llave de su piso, si alguien nos oiría a través de las paredes de papel, o cuánto, al cabo de unos momentos, nos odiaríamos el uno al otro... También me aproximé a Sue como si fuese un trabajo que realizar, un trabajo que había que hacer de una forma inolvidable. En el fondo de mi alma supe que le estaba haciendo algo horrible, y se convirtió en una cuestión de honor no dejar traslucir este hecho de un modo demasiado evidente. Intenté transmitir, por medio de aquel truculento acto de amor, el mensaje de que, al menos, no era a ella, no era su carne, a quien menospreciaba, no sería a ella a quien no podría mirar a la cara cuando volviésemos a la posición vertical. Una vez más, en el fondo de mi alma, me di cuenta de que mis temores habían sido exagerados e infundados y, en realidad, una mentira: a cada instante se hacía más obvio que lo que me había dado miedo nada tenía que ver con mi cuerpo. Sue no era Helia, y no atenuaba mi terror de lo que sucedería cuando Helia llegase, sino que lo aumentaba, lo hacía más real que antes. Al mismo tiempo, me di cuenta de que mi actuación con Sue estaba yendo incluso demasiado bien, y me esforcé por no despreciarla por su incapacidad para sentir lo que sentía el que la estaba trabajando. Me desplazé por un entramado compuesto por los gritos de Sue y sus golpes con el puño en mi espalda, y calculé, por el movimiento de sus muslos, por el movimiento de sus piernas, cuándo podría volver a ser libre al



fin. Luego pensé: «El final ya se acerca». Sus gemidos se hicieron más insistentes y más agudos. Sentí con total claridad la parte baja de mi espalda y el sudor que allí se concentraba. «Venga, dáselo ya, por el amor de Dios, y acabemos ya de una vez», pensé, y luego se estaba acabando y la odié a ella y me odié a mí, y al final se acabó y la habitación minúscula y oscura se hizo presente de nuevo. Y lo único que quería era salir de allí cuanto antes.

Se quedó quieta durante un buen rato. Percibí la noche al otro lado de la ventana y sentí cómo me llamaba. Al final me incorporé y encontré un cigarrillo.

—Tal vez —dijo— deberíamos acabarnos las copas.

Se sentó y encendió la lámpara que había junto a su cama. Yo había estado temiendo que llegara ese momento, pero ella no vio nada en mis ojos, y se me quedó mirando como si yo hubiese hecho un largo viaje a lomos de un corcel blanco hasta la torre donde hasta entonces había sido prisionera. Levantó su copa.

—*À la vôtre* —dije.

—*À la «vôtre»?* —Se echó a reír—. Querrás decir, *à la «tienne», chéri*. —Inclinó el cuerpo hacia delante y me dio un beso en la boca. Entonces, por una fracción de segundo, percibió algo; se echó hacia atrás y se me quedó mirando, sin tensar la mirada todavía. A continuación, en tono despreocupado, añadió—: ¿Crees que podemos volver a hacer esto algún día?

—No veo por qué no —contesté intentando reír—. Llevamos nuestro propio equipo a cuestas, ¿no?

Se quedó callada. Luego, dijo:

—¿Podemos cenar juntos... esta noche?

—Lo siento —contesté—. De verdad que lo siento, Sue, pero tengo una cita.

—Ah. Entonces, ¿mañana, tal vez?

—Escucha, Sue. No me gusta nada quedar para un día en concreto. Será una sorpresa y ya está.

Se terminó la copa.

—Eso lo dudo —dijo. Se levantó y se alejó de mí—. Me pondré algo de ropa y bajaré contigo.

Desapareció y oí el sonido del agua en el baño. Me quedé allí sentado, aún

desnudo pero con los calcetines puestos, y me serví otro *brandy*. Ahora me daba miedo salir y adentrarme en aquella noche que apenas minutos antes me había estado llamando.

Cuando regresó, llevaba puesto un vestido y unos zapatos y parecía haberse ahuecado el pelo o algo parecido. Tuve que admitir que así estaba más guapa, que parecía una chica de verdad, una chiquilla. Me levanté y empecé a vestirme.

—Estás muy guapa —le dije.

Ella ardía en deseos de decir muchas más cosas, pero se obligó a sí misma a no decir nada. Casi no podía soportar presenciar la lucha que se estaba fraguando en su cara, me hacía sentir una profunda vergüenza.

—A lo mejor vuelves a sentirte solo —comentó al fin—. Y supongo que no me importará si vuelves a venir en mi busca. —Llevaba estampada la sonrisa más extraña que había visto en mi vida: era una sonrisa dolorida, vengativa y humillada, pero había emborronado aquella mueca, torpemente, con una falsa alegría aniñada y bulliciosa, tan rígida como el esqueleto que había bajo su cuerpo flácido. Si el destino permitía que Sue me encontrase alguna vez, me mataría con sólo aquella sonrisa.

—Puede ser. Todo es posible, supongo —dije. Y abrió la puerta y salimos a la calle.

La dejé en la esquina más próxima, alegando alguna excusa infantil, y vi cómo su figura imperturbable cruzaba el bulevar en dirección a los cafés.

No sabía qué hacer ni adónde ir. Al fin me encontraba junto al río, caminando despacio en dirección a casa.

Y aquella fue tal vez la primera vez en mi vida que la muerte se me presentó como una realidad. Pensé en todas las personas que habrían bajado la vista antes que yo para mirar a aquel río y que habrían ido a dormir para siempre bajo sus aguas. Me pregunté cómo habrían sido sus vidas, me pregunté cómo lo habrían hecho... el acto físico del suicidio en sí. Había pensado en el suicidio cuando era mucho más joven, como supongo que hemos hecho todos, pero entonces habría sido por venganza, habría sido mi manera de informar al mundo de lo mucho que me había hecho sufrir. Sin embargo, el silencio de la noche, mientras iba de camino a casa, no tenía nada que ver con aquel vendaval, con aquel chico tan distante. Simplemente me pregunté por los muertos porque sus días habían terminado y yo no sabía cómo iba a sobrevivir a los míos.

París, la ciudad que yo tanto amaba, estaba sumida en un silencio absoluto. No parecía transitar ni un alma por sus calles, a pesar de que todavía era muy temprano. Pese a todo, por debajo de mí —a la orilla del río, bajo los puentes, a la sombra de los muros, casi me parecía oír el suspiro colectivo y tembloroso— había amantes y escombros, durmiendo, abrazándose,

copulando, bebiendo, contemplando el descender de la noche. Tras las paredes de las casas junto a las que pasaba, la nación francesa estaba fregando los platos, metiendo en la cama al pequeño Jean Pierre y a la pequeña Marie, rezongando sobre los eternos problemas del dinero, la tienda, la Iglesia, la inestabilidad del Estado... Aquellas paredes, aquellas ventanas con los postigos cerrados los aislaban y los protegían de la oscuridad y el largo gemido de aquella larga noche. Dentro de diez años, tal vez los pequeños Jean Pierre y Marie se encontrarían ahí fuera, junto al río, y se preguntarían, como yo, cómo habían salido del recinto cerrado de la seguridad. «Qué largo camino —pensé— he recorrido... para ser destruido...».

Y pese a todo era cierto, recordé mientras me alejaba del río y enfilaba la calle que llevaba a casa, que quería hijos. Quería volver adentro, con la luz y la seguridad, sin que nadie pusiese mi hombría en tela de juicio, viendo cómo mi mujercita metía a los niños en la cama. Quería la misma cama por las noches y los mismos brazos, y quería levantarme por la mañana sabiendo dónde estaba. Quería una mujer que fuese para mí suelo firme, como la Tierra misma, donde siempre pudiese renovarme. Había sido así una vez, casi había sido así una vez. Podía volver a hacer que así fuese, podía convertirlo en realidad. Sólo exigía una fortaleza breve y firme por mi parte para que volviese a ser yo mismo otra vez.

Vi una luz brillando por debajo de la puerta cuando eché a andar por el pasillo. Antes de que introdujese la llave en la cerradura, abrieron la puerta desde dentro: Giovanni estaba de pie, riéndose, con ese flequillo que le tapaba los ojos. Llevaba una copa de coñac en la mano. Al principio me sorprendió lo que parecía alegría en su cara, pero entonces descubrí que no era alegría sino histeria y desesperación.

Empecé a preguntarle qué estaba haciendo en casa, pero agarrándome con fuerza del cuello con una sola mano me hizo entrar de golpe en la habitación. Estaba temblando.

—¿Dónde has estado? —dijo. Lo miré a la cara mientras me apartaba un poco de él—. Te he buscado por todas partes.

—¿Es que no has ido a trabajar? —le pregunté.

—No —contestó—. Tómate una copa. He comprado una botella de coñac para celebrar mi libertad. —Me sirvió un coñac. Yo no parecía capaz de

moverme. Se acercó a mí de nuevo y me estampó la copa en la mano.

—Giovanni... ¿qué ha pasado?

No me respondió. De pronto, se sentó en el borde de la cama y se dobló sobre su estómago. Entonces vi que también estaba fuera de sí.

—*Ils sont sale, les gens, tu sais?* —Alzó la vista para mirarme. Tenía los ojos anegados en lágrimas—. Son sucios, todos ellos, rastreros, mezquinos y sucios. —Extendió la mano y me empujó para que me sentara en el suelo, a su lado—. *Tous, sauf toi.* —Me sostenía la cara entre las manos y supongo que semejante ternura no ha podido producir nunca tanto terror como el que yo sentí en ese momento—. *Ne me laisse pas tomber, je t'en prie* —dijo y, con una suavidad extraña e insistente, me besó en la boca.

Su tacto, como siempre, me hizo sentir deseo, pero su aliento, caliente y dulzón, también me dio ganas de vomitar. Me zafé de él con la máxima delicadeza posible y me bebí el coñac.

—Giovanni —dije—, cuéntame lo que ha pasado, por favor. ¿Qué pasa?

—Me ha despedido —contestó—. Guillaume. *Il m'a mis á la porte.* —Se echó a reír, se levantó y empezó a andar arriba y abajo por la diminuta habitación—. Me ha dicho que no vuelva a poner los pies en su bar nunca más. Me ha llamado gángster, ladrón y sucio chico de la calle y, me ha dicho que la única razón por la que fui tras él... ¡que yo fui tras él...! fue porque mi intención era robarle. *Aprés l'amour. Merde!* —Se echó a reír de nuevo.

No me salían las palabras. Sentí que las paredes de la habitación se me venían encima.

Giovanni estaba de pie frente a nuestras ventanas pintadas, dándome la espalda.

—Todo eso lo dijo delante de mucha gente, justo abajo en el bar. Esperó a que se llenase. Me dieron ganas de matarlo, me dieron ganas de matarlos a todos. —Volvió al centro de la habitación y se sirvió otro coñac. Se lo bebió de un trago y luego, de repente, tomó la copa y la arrojó con toda su fuerza contra la pared. La copa emitió un leve tintineo y luego se rompió en mil pedazos repartidos por encima de nuestra cama y por todo el suelo. No pude moverme de inmediato; después, viendo cómo el líquido inmovilizaba mis pies pero también, al mismo tiempo, viéndome moverme con mucha rapidez, lo agarré de los hombros. Empezó a llorar y yo lo abracé. Y mientras percibía

cómo me empezaba a invadir su angustia, como un ácido corrosivo, y sentía que mi corazón iba a estallar por su dolor, también me pregunté, con un sentimiento de asco involuntario e incrédulo, por qué lo había creído fuerte alguna vez.

Se apartó de mí y fue a sentarse apoyado en la pared que había quedado desnuda. Me senté frente a él.

—He llegado a la hora de siempre —me explicó—. Yo hoy estaba de muy buen humor. Él no estaba allí aún; y me he puesto a limpiar el bar como de costumbre, y me he tomado algo de beber y he comido un poco. Entonces ha llegado él y me he dado cuenta enseguida de que estaba de un humor muy peligroso: a lo mejor lo acababa de humillar algún jovencito o algo así. Es curioso —sonrió—, siempre sabes cuándo Guillaume está de un humor muy peligroso porque entonces se vuelve extremadamente respetable. Cuando ha pasado algo que lo humilla y le hace ver, aunque sea sólo por un momento, lo asqueroso que es y lo solo que está, entonces se acuerda de que es miembro de una de las mejores familias y también de las más rancias de Francia. Pero entonces tal vez también recuerda que su apellido va a morir con él, así que en ese momento tiene que hacer algo, deprisa, para hacer que desaparezca ese sentimiento. Tiene que armar mucho jaleo, o irse a la cama con algún chico sumamente atractivo, o pelearse o mirar sus fotos guarras. —Hizo una pausa, se levantó y empezó a andar arriba y abajo de nuevo—. No sé qué le ha pasado hoy pero, cuando ha entrado, al principio ha querido dar la impresión de tomarse muy en serio el negocio, intentando encontrarle pegas a mi trabajo, pero no ha encontrado nada malo y ha subido. Luego, al poco rato, me ha llamado. Odio tener que subir a ese *pied-a-terre* que tiene encima del bar, siempre equivale a una escenita, pero he tenido que ir y me lo he encontrado en batín y apestando a perfume. No sé por qué, pero en cuanto lo he visto de esa guisa, me he empezado a enfadar. Me ha mirado como si fuese una *vedette* fabulosa o algo así (cuando es horroroso, es feísimo, y tiene un cuerpo repugnante) y luego me ha preguntado cómo estabas tú. Yo me he quedado un poco sorprendido porque nunca te menciona. Le he dicho que estabas bien. Me ha preguntado si todavía vivíamos juntos. Creo que tal vez debería haberle mentido, pero no he visto ninguna razón para mentirle a una vieja maricona tan asquerosa, así que le he dicho: «*Bien sûr*». He intentado mantener la calma.

Luego ha empezado a preguntarme unas cosas horribles y yo he empezado a sentir náuseas viéndolo y escuchándolo. He pensado que lo mejor sería cortarle por lo sano y le he dicho que esa clase de preguntas no se hacen, que ni siquiera las hace un cura ni un médico, y le he dicho que debería darle vergüenza. A lo mejor lo que esperaba era que le dijera algo así, porque entonces se ha puesto hecho una furia y me ha recordado que él me había recogido de la calle, *et il a fait ceci et il a fait cela*, que lo había hecho todo por mí porque pensaba que yo era adorable, *parce qu'il m'adorait*, y que si esto y que si lo otro, y que yo era un ingrato y que no tenía ni pizca de decencia. Tal vez no he sabido salvar la situación. Sé cómo lo habría manejado hace apenas unos meses: le habría hecho gritar, le habría hecho besarme los pies, *ye te jure...!* Pero no he querido hacer eso, de verdad que no he querido jugar sucio con él. He intentado ser serio y le he dicho que nunca le había mentado y que siempre le había dicho que no quería ser su amante, y que él me había dado el trabajo de todos modos. Le he dicho que trabajaba mucho y que era muy honesto con él y que no era culpa mía si... si yo no sentía por él lo que él sentía por mí. Entonces me ha recordado aquella vez, aquella única vez, que yo no quería decir que sí pero estaba débil de hambre, y que tuve problemas para no vomitar. Todavía intentaba mantener la calma y he seguido tratando de hacerlo bien, de razonar con él. «*Mais á ce moment la je n'avais pas un copain*», le he dicho, ahora ya no estoy solo, «*ye suis avec un gars maintenant*. Creí que eso lo entendería, le gustan mucho las historias de amor y el sueño de la fidelidad. Sin embargo, esta vez no. Se ha echado a reír y ha dicho unas cuantas cosas horribles más sobre ti, y que en el fondo sólo eras un americano haciendo cosas en Francia que no te atreverías a hacer en tu país, y que me ibas a abandonar muy pronto. Luego, al final, me he enfadado y le he dicho que no me pagaba un sueldo por escuchar calumnias y entonces he oído a alguien entrar en el bar y me he dado media vuelta sin decir nada más y me he ido.

Se paró delante de mí.

—¿Puedo tomarme otro coñac? —preguntó con una sonrisa—. Esta vez no voy a romper la copa, te lo prometo.

Le di mi copa. La apuró de un sorbo y me la devolvió.

—No tengas miedo —me tranquilizó—. Saldremos adelante. Yo no tengo

miedo. —Entonces su mirada se ensombreció y volvió a mirar hacia las ventanas.

»Bueno, esperaba que eso hubiese sido todo. Me he puesto a trabajar en el bar y he intentado no pensar en Guillaume ni en lo que estaba pensando o haciendo arriba. Era la hora del aperitivo, ¿sabes? Y yo estaba muy ocupado. Entonces, de repente, he oído un portazo en el piso de arriba, y en cuanto lo he oído he sabido que había ocurrido, que lo peor había ocurrido. Ha bajado al bar, ya vestido, como un hombre de negocios francés, y se ha dirigido directamente hacia mí, sin hablar con nadie; estaba pálido y enfadado y, como es natural, eso llama mucho la atención. Todo el mundo estaba esperando a ver qué iba a hacer, y tengo que confesar que pensaba que iba a pegarme o que tal vez se había vuelto loco y llevaba una pistola en el bolsillo. El caso es que estoy seguro de que yo parecía muy asustado, y eso tampoco ha servido de gran ayuda. Ha entrado detrás de la barra y se ha puesto a decir que yo era un *tapette* y un ladrón y me ha dicho que me fuese enseguida o llamaría a la policía y haría que me pusiesen entre rejas. Me he quedado tan perplejo que no me salían las palabras, y todo ese tiempo su tono de voz había ido subiendo y la gente empezaba a oír lo que decía y de pronto, *mon cher*, he tenido la sensación de que me estaba cayendo, de que caía desde una gran altura. Me he quedado mucho rato sin poder hacer nada, sin poder enfadarme, y he sentido cómo las lágrimas empezaban a hacer que me ardiesen los ojos, como si fuesen de fuego. No podía respirar, no me podía creer que me estuviese haciendo esto a mí. No paraba de decirle: “¿Qué he hecho? Dime qué he hecho”, pero no me respondía, y luego ha gritado, muy alto, y ha sonado como si fuese un disparo: “*Mais tú le sais, salop!* ¡Lo sabes muy bien!”. Y nadie sabía a qué se refería, pero era como si estuviésemos otra vez en aquel vestíbulo del teatro, donde nos conocimos, ¿te acuerdas? Todo el mundo tenía la certeza de que Guillaume tenía razón y yo estaba equivocado, que yo había hecho algo terrible. Y se ha acercado a la caja registradora, ha sacado algo de dinero (aunque tanto él como yo sabíamos que a esa hora no había mucho dinero en la caja), me lo ha puesto en las manos y me ha dicho: “¡Toma! ¡Ten! ¡Es mejor dártelo que dejar que me robes por las noches! Y ahora, ¡vete!”. Y, ¡oh! Los rostros del bar... Tendrías que haberlos visto... Tan sabios y trágicos, y creían que ahora lo sabían todo, que siempre lo habían sabido, y



estaban tan contentos de no haber tenido nunca nada que ver conmigo... ¡Ah! *Les enculés!* ¡Esos sucios hijos de puta! *Les gonzesses!* —Estaba llorando de nuevo, con rabia esta vez—. Entonces, por fin, le he pegado y un montón de manos me han agarrado y luego ya casi no sé qué es lo que ha pasado pero al momento me he visto en la calle, con todos esos billetes arrugados en la mano y todas aquellas miradas clavadas en mí. No sabía qué hacer, no quería irme de allí sin más, pero sabía que si sucedía algo más vendría la policía y Guillaume conseguiría meterme en la cárcel. ¡Pero me enfrentaré con él otra vez, lo juro, y ese día...!

Dejó de hablar y se sentó, mirando a la pared. Luego se volvió hacia mí y me miró durante largo rato, en silencio.

—Si no estuvieras aquí —dijo muy despacio— éste sería el fin de Giovanni.

Me levanté.

—No seas tonto —repliqué—. Tampoco hay que ponerse tan trágicos. —Hice una pausa—. Guillaume es asqueroso, todos ellos lo son, pero no es lo peor que te ha pasado en la vida, ¿no?

—Puede que todo lo malo que te pasa te haga más débil —continuó Giovanni, como si no me hubiese oído— y por eso cada vez tienes menos capacidad para soportar lo malo. —A continuación, alzando la vista hacia mí, añadió—: No, lo peor que me ha pasado me ocurrió hace mucho tiempo y mi vida ha sido terrible desde entonces. No me vas a dejar, ¿verdad que no?

Me eché a reír.

—Pues claro que no. —Empecé a limpiar los cristales rotos de nuestra manta para echarlos al suelo.

—No sé qué haría si me dejases. —Por primera vez sentí el atisbo de una amenaza en su voz... o fui yo quien lo puso ahí—. Llevo solo tanto tiempo... No creo que fuese capaz de seguir viviendo si tuviese que estar solo de nuevo.

—Ahora no estás solo —dije, y luego, rápidamente, porque en ese momento no había sido capaz de soportar que me tocara, añadí—: ¿Vamos a dar una vuelta? Salgamos... de esta habitación un minuto. —Sonreí y lo agarré con brusquedad del cuello, como si fuéramos compañeros del equipo de fútbol. Luego nos abrazamos un instante y lo empujé para apartarlo de mí—. Te invito a una copa.

—¿Y volverás a traerme a casa? —preguntó.

—Sí, volveré a traerte a casa.

—*Je t'aime, tu sais?*

—Je le sais, morí vieux.

Se acercó al lavabo y empezó a lavarse la cara. Se peinó. Lo miré. Me sonrió en el espejo, y de repente parecía guapo y feliz. Y joven... Nunca en toda mi vida me había sentido tan impotente ni tan viejo.

—¡Pero saldremos adelante! —exclamó—. *N'est-ce pas?*

—Claro que sí —le aseguré.

Se volvió desde el espejo. Volvía a estar serio.

—Aunque... verás... No sé cuánto tardaré en encontrar otro trabajo. Y casi no tenemos dinero. ¿Tienes tú algo de dinero? ¿Te ha llegado hoy algún dinero de Nueva York?

—No, hoy no me ha llegado ningún dinero de Nueva York —contesté con calma—, pero tengo algo de dinero en el bolsillo. —Lo saqué todo y lo deposité encima de la mesa—. Unos cuatro mil francos.

—Y yo... —Empezó a rebuscar en los bolsillos, y se le cayeron billetes y monedas al suelo. Se encogió de hombros y me lanzó una sonrisa, esa sonrisa fantásticamente tierna, impotente y conmovedora—. *Je m'excuse*. Me he puesto un poco nervioso. —Se arrodilló y lo recogió para colocarlo en la mesa, al lado del dinero que había puesto yo. En total debía de haber unos tres mil francos en billetes, que apartamos a un lado para utilizarlos más adelante. El resto del dinero que había encima de la mesa sumaba unos nueve mil francos.

—No somos ricos —anunció Giovanni en tono sombrío— pero mañana comeremos.

En cierto modo, no quería que se preocupase. No podía soportar aquella mirada en su rostro.

—Volveré a escribir a mi padre mañana —le prometí—. Le contaré alguna mentira, alguna mentira que se pueda creer y haré que me mande algo de dinero. —Y me acerqué a él como si una fuerza me arrojara a sus brazos, colocando mis manos sobre sus hombros y obligándome a mirarle a los ojos. Sonreí y en ese instante sentí de veras que Judas y Jesucristo se habían encontrado en mí—. No tengas miedo. No te preocupes.

También se me antojó, estando tan cerca de él, sintiendo tan apasionadamente que debía ahorrarle cualquier temor, que la decisión, una vez más, ya no dependía de mí, porque ni mi padre ni Helia eran reales en ese momento. Y sin embargo, ni siquiera esto era tan real como mi desesperada sensación de que nada era real para mí, de que nada volvería a serlo nunca más... a menos, por supuesto, que aquella sensación de estar cayendo fuese la realidad.

Las horas de esta noche empiezan a menguar y ahora, con cada segundo que pasa, la sangre del fondo de mi corazón empieza a bullir, a borbotear, y sé que, haga lo que haga, la angustia está a punto de apoderarse de mí en esta casa, tan desnuda y plateada como esa cuchilla enorme a la que Giovanni se va a enfrentar muy pronto. Mis verdugos están aquí conmigo, paseándose arriba y abajo conmigo, lavando, haciendo las maletas y bebiéndose mi botella. Están mire adónde mire. Paredes, ventanas, espejos, agua, la noche del exterior... Están por todas partes. Podría gritar... como en este momento Giovanni, tendido en su celda, podría gritar. Pero nadie nos oiría. Podría tratar de explicarme. Giovanni trató de explicarse. Podría pedir perdón... si pudiese llamar por su nombre y enfrentarme a mi delito, si hubiese algo, o alguien, en alguna parte, con el poder para perdonar.

No. Serviría de ayuda si fuese capaz de sentirme culpable, pero el fin de la inocencia también es el fin de la culpabilidad.

No importa lo que parezca ahora, debo confesarlo: lo amaba. No creo que vuelva nunca a amar de ese modo a alguien, y eso sería un gran alivio si no supiera también que, cuando la cuchilla haya caído, Giovanni, si es que siente algo, ese algo no será sino alivio también.

Camino arriba y abajo por esta casa... arriba y abajo por esta casa. Pienso en la cárcel. Hace mucho tiempo, antes de que conociese a Giovanni, conocí a un hombre en una fiesta en casa de Jacques que era famoso por haber pasado media vida en prisión. Luego había escrito un libro sobre ella que molestó a las autoridades carcelarias y obtuvo un premio literario. Pero la vida de ese hombre había terminado. Le gustaba decir que, puesto que la vida en prisión, sencillamente, no era vida, la pena de muerte era el único veredicto clemente

que un jurado podía dictar. Recuerdo haber pensado que, en realidad, nunca había dejado la cárcel: la cárcel era lo único real para él y no sabía hablar de otra cosa. Todos sus movimientos, incluso el acto de encender un cigarrillo, eran sigilosos; mirasen donde mirasen sus ojos, siempre se levantaba un muro. Su cara, el color de su tez, recordaba a oscuridad y humedad, y sentí que, si se le practicase un corte, su carne sería como la carne de los hongos. Y nos describió, con detalles ávidos y nostálgicos, las ventanas barradas, las puertas cerradas, los judas, los guardias apostados al fondo de los pasillos, bajo la luz. En la cárcel hay tres pisos de celdas y todo es de color gris plomo. Todo está oscuro y frío, salvo por esos oasis de luz, donde está la autoridad. Flota en el aire, de manera perpetua, el recuerdo de los puños contra el metal, una posibilidad anodina que retumba sin cesar, como la posibilidad de la locura. Los guardias se mueven, mascullan, se pasean por los pasillos y retumban de forma anodina por las escaleras, arriba y abajo. Van vestidos de negro, llevan armas, siempre tienen miedo, y casi ni se atreven a ser amables. Tres pisos más abajo, en el centro de la prisión, está el corazón frío e inmenso de la cárcel, donde siempre hay actividad: presos de confianza transportando cosas en carritos, entrando y saliendo de los despachos, congraciándose con los guardias para obtener el privilegio de los cigarrillos, el alcohol y el sexo. La noche hunde sus pies en la prisión, se oyen murmullos por todas partes, y todo el mundo sabe, de algún modo, que la muerte hará su entrada en el patio de la prisión a primera hora de la mañana. A primera hora de la mañana, antes de que los presos de confianza empiecen a transportar los gigantescos cubos de basura con restos de comida por los pasillos, tres hombres de negro avanzarán sin hacer ruido por el pasillo, y uno de ellos hará girar la llave en la cerradura. Agarrarán a alguien y lo empujarán pasillo abajo, primero hacia el cura y luego hacia una puerta que se abrirá sólo para él y que le permitirá ver, tal vez, un atisbo de la mañana antes de que lo obliguen a doblarse sobre su estómago sobre una tabla de madera y la cuchilla caiga sobre su cuello.

Me pregunto cuáles serán las dimensiones de la celda de Giovanni. Me pregunto si será mayor que esta habitación. Sé que hace más frío. Me pregunto si estará solo o con dos o tres más; si estará jugando a las cartas, o fumando, o hablando, o escribiendo una carta (¿a quién podría escribirle una carta?), o paseándose arriba y abajo. Me pregunto si sabe que la mañana siguiente es la

última mañana de su vida (porque el preso, por lo general, no lo sabe: el abogado lo sabe y se lo dice a la familia o a los amigos pero no se lo dice al preso). Me pregunto si le importa. Tanto si lo sabe como si no, tanto si le importa como si no, lo que es seguro es que tiene miedo. Tanto si está con otros como si no, lo que es seguro es que está solo. Intento verlo, de espaldas a mí, de pie frente a la ventana de su celda. Desde donde está, tal vez sólo pueda ver el ala opuesta de la prisión, y quizá, si se asoma un poco, justo por encima del muro alto, un pedazo de la calle, del exterior. No sé si le han cortado el pelo o si lo lleva largo. Supongo que se lo habrán cortado. Me pregunto si se lo habrán afeitado. Y ahora un millón de detalles, prueba y fruto de la intimidación, me inundan la mente. Me pregunto, por ejemplo, si siente la necesidad de ir al baño, si ha podido comer hoy, si suda o está seco. Me pregunto si alguien le ha hecho el amor en la cárcel, y entonces me invade una súbita inquietud, como si me acabasen de zarandear, y me siento seco, como un cadáver en el desierto, y me doy cuenta de que espero que Giovanni encuentre cobijo en los brazos de alguien esta noche. Desearía que alguien estuviese aquí conmigo. Le haría el amor a quien sea que estuviese aquí durante toda la noche: lo haría con Giovanni la noche entera, sudando sin cesar.

\* \* \*

Los días posteriores a que Giovanni perdiese su trabajo, nuestra vida parecía suspendida en el tiempo, suspendida como la de los alpinistas condenados a morir, suspendidos sobre el abismo, sujetos únicamente por una cuerda gastada. No le escribí a mi padre, sino que lo fui posponiendo día tras día. Habría sido un acto demasiado definitivo. Sabía qué mentira le diría y sabía que daría resultado... sólo que no estaba seguro de que fuese una mentira. Día tras día veíamos pasar el tiempo en aquella habitación y Giovanni se puso a reformarla de nuevo. Se le ocurrió la idea peregrina de construir una estantería integrada en la pared y empezó a desconcharla hasta que dio con el ladrillo, y empezó a aporrear el ladrillo también. Era un trabajo duro, era un trabajo de locos, pero yo no tenía fuerzas ni ánimos para

disuadirlo. En cierto modo, lo hacía por mí, para demostrar su amor por mí. Quería que me quedase en la habitación con él. Tal vez estaba intentando, con su propia fuerza, hacer retroceder aquellas paredes claustrofóbicas sin que, a pesar de ello, las paredes se viniesen abajo.

Ahora... y sólo ahora, por supuesto, veo algo muy hermoso en aquellos días, que entonces parecían una auténtica tortura. Aquellos días sentía que Giovanni me arrastraba consigo al fondo del abismo; no encontraba trabajo, y yo sabía que en realidad no lo estaba buscando, que no podía buscarlo. Lo habían herido, por así decirlo, de gravedad; tanto que los ojos de los desconocidos lo laceraban como si fuesen sal. No podía soportar estar lejos de mí demasiado tiempo. Yo era la única persona en la faz de esa tierra verde y fría que se preocupaba por él, que conocía su habla y sus silencios, que conocía sus brazos y que no llevaba un cuchillo. La carga de su salvación parecía recaer sobre mis hombros y yo no podía soportarla.

Y el dinero iba menguando... desapareciendo, no menguando, muy rápidamente. Giovanni hacía grandes esfuerzos por disimular el pánico que revelaba su voz cada mañana cuando me preguntaba:

—¿Vas a ir hoy a *American Express*?

—Sí, claro —le respondía.

—¿Crees que tu dinero estará allí hoy?

—No lo sé.

—¿Se puede saber qué están haciendo con tu dinero en Nueva York?

Y sin embargo, pese a todo, no podía reaccionar. Fui a casa de Jacques y le pedí prestados otros diez mil francos. Le dije que Giovanni y yo estábamos pasando por una mala racha pero que se acabaría muy pronto.

—Ha sido muy generoso y muy bueno —comentó Giovanni.

—A veces, cuando quiere, puede ser un buen hombre. —Estábamos sentados en una terraza cerca de Odéon. Miré a Giovanni y pensé, por un momento, lo estupendo que sería que Jacques me arrebatase a Giovanni.

—¿Qué piensas? —preguntó.

Por unos segundos, me asusté y también experimenté un poco de vergüenza.

—Estaba pensando —dije— que me gustaría salir de París.

—¿Y adónde te gustaría ir? —quiso saber.

—Bueno, pues no lo sé. A cualquier sitio. Estoy harto de esta ciudad — contesté de repente, con una violencia que nos sorprendió a ambos—. Estoy cansado de este viejo montón de piedras y de todos esos petulantes de mierda. Aquí, todo lo que tocas se hace cenizas en tus manos.

—Eso —afirmó Giovanni en tono solemne— es cierto. —Me estaba observando con profunda intensidad. Me obligué a devolverle la mirada y a sonreírle.

—¿No te gustaría irte de aquí un tiempo? —le pregunté.

—¡Ah! —exclamó, y levantó ambas manos un instante, con las palmas hacia fuera, en una especie de burlona resignación—. Me gustaría ir a donde tú vayas. No tengo unos sentimientos por París tan fuertes como los tuyos, por lo visto. Lo cierto es que París nunca me ha gustado demasiado.

—A lo mejor —sugerí, aunque no sabía lo que decía— podríamos ir al campo. O a España.

—Ah —dijo sin mucho entusiasmo—, echas de menos a tu novia.

Me sentí culpable, enfadado y lleno de amor y dolor. Quería darle una patada y abrazarlo a la vez.

—Ésa no es la razón por la que quiero ir a España —expliqué en tono resentido—. Me gustaría conocer el país, eso es todo. Esta ciudad es muy cara.

—Bueno —dijo en tono más animado—, pues vayamos a España. Tal vez me recuerde a Italia.

—¿Preferirías Ir a Italia? ¿Preferirías Ir a visitar tu patria, tu casa?  
Sonrió.

—Me parece que allí ya no tengo ninguna casa —contestó. Acto seguido, añadió—: No, no me gustaría ir a Italia. Tal vez sea, en el fondo, por la misma razón por la que no quieres volver a Estados Unidos.

—Pero yo sí voy a volver a Estados Unidos —repuse rápidamente, y él me miró—. Quiero decir que tengo claro que volveré un día de éstos.

—Un día de éstos —repitió—. Todo lo malo va a suceder... un día de éstos.

—¿Por qué malo?

Sonrió.

—Muy sencillo, porque volverás a casa y te encontrarás con que tu casa ya

no es tu casa. Y entonces sí tendrás un problema. Mientras permanezcas aquí, siempre puedes pensar: «Un día volveré a casa». —Jugueteó con mi dedo pulgar y sonrió—. *N'est-ce pas?*

—Una lógica aplastante —señalé—. ¿Quieres decir que siempre tendré una casa adónde volver siempre y cuando no vaya allí?

Se echó a reír.

—¿Es que no es verdad? No tienes un hogar hasta que lo has abandonado y entonces, cuando lo has hecho, ya no puedes volver.

—Me parece —contesté— que ya he oído esa canción antes.

—Pues claro que sí —dijo Giovanni—, y volverás a oírla otra vez. Es una canción que siempre habrá alguien cantándola.

Nos levantamos y echamos a andar.

—¿Y qué pasaría —pregunté, como si tal cosa— si cerrase mis oídos?

Se quedó callado durante largo rato. Entonces, respondió:

—A veces me recuerdas a esos hombres que tienen la tentación de encerrarse en una cárcel para impedir que los atropelle un coche.

—Eso —repliqué con brusquedad— podría aplicarse a ti mucho más que a mí.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

—Me refiero a esa habitación, a esa habitación horrible. ¿Por qué te has enterrado allí durante tanto tiempo?

—¿Qué me he enterrado? Perdóname, *mon cher américain*, pero París no es como Nueva York, no está llena de palacios para chicos como yo. ¿Crees que debería vivir en Versalles en lugar de vivir allí?

—Tiene que haber... tiene que haber —insistí— otras habitaciones.

—*Qa ne manque, les chambres*. El mundo está lleno de habitaciones: habitaciones grandes, habitaciones pequeñas, habitaciones redondas, cuadradas, en pisos altos, en pisos bajos... ¡toda clase de habitaciones! ¿En qué clase de habitación crees que debería vivir Giovanni? ¿Cuánto tiempo crees que me costó encontrar la habitación dónde vivo? ¿Y desde cuándo... desde cuándo —hizo una pausa y me golpeó el pecho con el dedo índice— odias tanto esa habitación? ¿Desde cuándo? ¿Desde ayer? ¿Desde siempre? *Dis-moi*.

Al encararme con él, empecé a tartamudear.



—Yo... no la odio. No... no era mi intención herir tus sentimientos.

Dejó caer las manos a los lados. Abrió mucho los ojos y se echó a reír.

—¡Herir mis sentimientos! ¿Ahora resulta que soy un extraño para que me hables así, con tanta educación americana de mierda?

—Lo único que quiero decir, cariño, es que ojalá nos fuésemos a vivir a otro sitio.

—Podemos irnos a vivir a otro sitio. ¡Mañana mismo! Vayámonos a un hotel. ¿Es eso lo que quieres? *Le Crillon* peut-être?

Lancé un suspiro, sin habla, y echamos a andar de nuevo.

—Ya lo sé —exclamó al cabo de un momento—. ¡Ya lo entiendo! Quieres irte de París, quieres irte de la habitación... ¡Ay, qué malo eres...! *Comme tú es méchant!*

—No me has entendido —me defendí—. No me has entendido.

Esbozó una sonrisa triste, para sí mismo.

—J'espère bien.

Más tarde, una vez de vuelta en la habitación, mientras introducíamos en un saco los ladrillos que Giovanni había quitado de la pared, me preguntó:

—Esa novia tuya... ¿has sabido algo de ella últimamente?

—Últimamente no —contesté. No levanté la vista—. Pero lo más probable es que aparezca por París un día de éstos.

Se levantó y se quedó de pie en medio de la habitación, bajo la lámpara, mirándome. Yo también me levanté, esbozando una media sonrisa pero igualmente, por alguna razón extraña y difusa, un poco asustado.

—Viens m'embrasser —*dijo*.

Era plenamente consciente de que Giovanni llevaba un ladrillo en la mano, y yo llevaba otro en la mía. Por un instante pareció de veras que, si no iba hasta él, utilizaríamos aquellos ladrillos para matarnos a golpes el uno al otro.

Y sin embargo, no conseguí moverme de inmediato. Nos quedamos mirándonos el uno al otro a través de un espacio muy estrecho que estaba lleno de peligro y que casi parecía bramar, como si estuviera en llamas.

—Ven —volvió a decir.

Solté el ladrillo y me acerqué a él. Al cabo de un segundo, oí cómo el suyo caía al suelo. Y en momentos como ése sentía que, simplemente, estábamos soportando y cometiendo el peor asesinato, el más largo y el más eterno de

todos.

Al fin llegó la nota que había estado esperando, de Helia, diciéndome el día y la hora en que llegaría a París. No se lo conté a Giovanni, sino que salí solo ese día y me fui a la estación a recogerla.

Había albergado la esperanza de que cuando la viese me sucedería algo instantáneo y definitivo, algo que me hiciese saber dónde estaba y dónde debería estar. Pero no pasó nada. La reconocí de inmediato, antes de que me viese ella; iba vestida de verde, llevaba el pelo un poco más corto y tenía el rostro bronceado, con la misma sonrisa radiante de siempre. La quería tanto como siempre y seguía sin saber cuánto era eso.

Cuando me vio, se quedó inmóvil en el andén, con las manos entrelazadas por delante y con su típica postura masculina de las piernas separadas, sonriendo. Por un momento nos limitamos a mirarnos el uno al otro.

—*Eh bien* —dijo—, *t'embrasse pas ta femme?*

Entonces la tomé en mis brazos y sucedió algo: me alegré inmensamente de verla. De veras parecía, al estrechar a Helia contra mi pecho, que mis brazos eran mi casa y que le estaba dando la bienvenida a su regreso a ella. Encajaba a la perfección en mis brazos, siempre lo había hecho, y la sorpresa de abrazarla hizo que me sintiese como si todo ese tiempo, desde que ella se había ido, mis brazos hubiesen estado vacíos.

La estreché con mucha fuerza en aquel andén elevado y en penumbra, en medio de una gran algarabía de gente, justo al lado del tren jadeante. Olía a

viento y a mar y a espacios abiertos, y percibí en su cuerpo maravillosamente vital la posibilidad de la entrega legítima.

Entonces se apartó de mí. Tenía los ojos humedecidos por las lágrimas.

—Deja que te mire —me pidió. Me observó desde medio metro de distancia, escudriñando mi rostro—. Ay, estás guapísimo... Me alegro tanto de volver a verte...

Le di un beso fugaz en la nariz y sentí que había pasado la primera inspección. Recogí sus maletas y echamos a andar en dirección a la salida.

—¿Has tenido buen viaje? ¿Y qué tal en Sevilla? ¿Te han gustado las corridas de toros? ¿Has conocido a algún torero? Cuéntamelo todo.

Se echó a reír.

—Todo es pedir mucho. El viaje fue horrible: odio los trenes; ojalá hubiese ido en avión, pero ya he viajado con un avión español y juré que nunca más lo haría. No te lo vas a creer, cariño, pero se puso a traquetear en pleno vuelo como si fuese un Ford T (seguramente, antes había *sido* un Ford T) y me quedé allí sentada, inmóvil, rezando y bebiendo *brandy*. Estaba segura de que nunca volvería a pisar tierra firme. —Atravesamos la puerta de acceso y salimos a la calle. Helia contemplaba todo cuanto había a su alrededor con arrobó: los cafés, la gente sobria y comedida, el rugido violento del tráfico, el gendarme de tráfico con la gorra azul y la porra de color blanco reluciente—. Volver a París —dijo al cabo de un momento— siempre es maravilloso, da lo mismo dónde hayas estado. —Nos subimos a un taxi y nuestro conductor dio una vuelta amplia e imprudente en mitad del tráfico—. Tengo la impresión de que aunque volvieses aquí con una pena muy grande, sería posible... bueno, aquí sería posible, empezar a recuperarse.

—Ojalá —dije yo— no tengamos nunca que someter a París a esa clase de prueba.

Su sonrisa era alegre y melancólica a la vez.

—Eso, ojalá no. —Entonces, de repente, tomó mi rostro entre sus manos y me besó. Había una gran pregunta escrita en su mirada y supe que ardía de impaciencia por obtener una respuesta cuanto antes. Sin embargo, yo no podía responderla todavía. La atraje hacia mí y la besé, con los ojos cerrados. Todo era como había sido siempre entre nosotros y, a la vez, todo era distinto.

Me dije que no iba a pensar en Giovanni todavía, que no me preocuparía

por él todavía, porque esa noche, pese a todo, Helia y yo debíamos estar juntos sin que nos separase nada ni nadie. Y sin embargo, sabía muy bien que, en el fondo, aquello no era posible: Giovanni ya nos había separado. Traté de no imaginármelo sentado a solas en su habitación, preguntándose por qué tardaba tanto en volver.

Más tarde, llegamos a la habitación de Helia en la Rué de Tournon y nos sentamos a probar una botella de Fundador.

—Es demasiado dulce —comenté—. ¿Es esto lo que beben en España?

—Nunca vi a ningún español bebiéndolo —me explicó, y se echó a reír—. Beben mucho vino. En España yo bebía *gin-fizz*: no sé por qué tenía la sensación de que era sano —y se echó a reír de nuevo.

No dejaba de besarla y de abrazarla, tratando de abrirme camino hasta ella de nuevo, como si fuera una habitación familiar, en penumbra, en la que andaba a tientas tratando de encontrar la luz. Y con mis besos, también estaba intentando retrasar el momento que me comprometería con ella, o que no conseguiría comprometerme con ella. Sin embargo, percibí que la sensación imprecisa de contención que había entre nosotros era cosa suya, que era única y exclusivamente por su parte. En ese momento, Helia estaba recordando que yo cada vez le había escrito menos cartas. En España, casi hasta el final, eso no debía de haberle preocupado demasiado: no habría sido hasta que ella misma tomó una decisión cuando empezó a temer que probablemente yo también había llegado a una determinación, quizá opuesta a la suya. Tal vez me había tenido en suspenso demasiado tiempo.

Helia era, por naturaleza, directa e impaciente; sufría cuando las cosas no estaban claras y, pese a todo, se obligó a sí misma a esperar alguna palabra o alguna señal por mi parte, y a sujetar con fuerza entre sus manos las riendas de su imperioso deseo.

Sentí la necesidad de obligarla a soltar aquellas riendas. Por alguna razón, estaría cohibido hasta que la poseyese de nuevo. A través de Helia esperaba quemar la imagen de Giovanni y la realidad del roce de sus manos, esperaba apagar el fuego con fuego. Y sin embargo, mi percepción de lo que estaba haciendo obligaba a mi cabeza a mantener dos frentes abiertos. Al cabo de un *rato*, por fin me preguntó, con una sonrisa:

—¿He estado fuera demasiado tiempo?

—No lo sé —contesté—. Ha sido mucho tiempo.

—Me he sentido muy sola todo este tiempo —dijo inopinadamente. Se apartó un poco de mí, tumbándose de lado y mirando hacia la ventana—. Estaba tan perdida... como una pelota de tenis, rebotando sin cesar. Empezaba a preguntarme dónde aterrizaría. Empezaba a sentir que, en algún punto del camino, había perdido el barco. —Me miró—. Ya sabes a qué barco me refiero. Ruedan películas sobre él en el lugar de donde vengo. Es el barco que, cuando lo pierdes, es un simple barco, pero cuando al fin llega, es un transatlántico de lujo que ha atracado sólo para ti, como cuando te toca la lotería. —Observé su rostro, que irradiaba una imperturbabilidad infinita, como nunca había visto antes.

—Entonces, ¿España no te ha gustado nada de nada? —pregunté nervioso. Se acarició el pelo con la mano con ademán impaciente.

—Oh. Sí, claro que me ha gustado España, ¿por qué no? Es un país muy bonito. Es sólo que no sabía qué estaba haciendo allí. Y empiezo a estar cansada de estar *en* determinados lugares por ninguna razón en especial.

Encendí un cigarrillo y sonreí.

—Pero fuiste a España para alejarte de mí, ¿recuerdas?

Sonrió y me acarició la mejilla.

—No he sido demasiado buena contigo, ¿verdad que no?

—Has sido muy honesta. —Me levanté y me alejé unos pasos de ella—. ¿Has reflexionado lo suficiente, Helia?

—Ya te lo dije en mi carta, ¿es que no te acuerdas?

Por un momento, parecía reinar una calma absoluta; hasta los ruidos más débiles de la calle se apagaron. Le había dado la espalda, pero notaba su mirada clavada en mí. Notaba su espera... todo parecía estar a la espera.

—No tenía muy claro lo de esa carta. —Estaba pensando: «A lo mejor puedo salir de ésta sin tener que decirle nada»—. Parecías un poco... brusca. No estaba seguro de si te alegrabas o lamentabas que seamos socios en esto.

—Oh —exclamó—, pero siempre hemos sido bruscos; es la única forma que tenía de decirlo. Tenía miedo de ponerte en una situación embarazosa, ¿es que no lo entiendes?

Lo que quería darle a entender era que me estaba aceptando por desesperación, no tanto porque me quisiese como porque, simplemente, estaba

allí. Sin embargo, no podía decirlo. Sentí que, aunque podía ser cierto, ella ya no lo sabía.

—Pero es posible —empezó a decir, con cautela— que ahora ya no pienses lo mismo. Por favor, si es así, dímelo. —Aguardó mi respuesta un instante. Acto seguido, añadió—: Verás, en realidad no soy la chica emancipada que finjo ser, en absoluto. En el fondo, lo único que quiero es un hombre que vuelva a casa, a mis brazos, todas las noches. Quiero poder irme a la cama con un hombre sin tener miedo de que me deje preñada. ¡Qué diablos! Quiero quedarme preñada. Quiero empezar a tener hijos. En cierto modo, es para lo único para lo que sirvo de verdad. —Se hizo un silencio de nuevo—. ¿Es eso lo que quieres?

—Sí —contesté—. Eso es lo que siempre he querido.

Me volví para mirarla a la cara, muy rápidamente, o como si unas manos fuertes en mis hombros me hubiesen obligado a volverme. La habitación se estaba oscureciendo por momentos. Se tumbó encima de la cama, mirándome, con la boca entreabierta y los ojos como dos luceros. Percibía su cuerpo con los cinco sentidos, y también el mío. Me acerqué a ella y enterré la cara en sus pechos. Quise quedarme allí tendido, escondido y quieto, pero entonces, en lo más hondo, sentí cómo ella se movía y se apresuraba a abrir las puertas de su fortaleza amurallada para dejar entrar al rey de la gloria.

Querido papá:

Ya no voy a ocultarte ningún secreto: he conocido a una chica y quiero casarme con ella, y no es que te estuviese ocultando el secreto, es que no estaba seguro de que ella quisiese casarse conmigo. Pero al final ha accedido a correr ese riesgo, la pobre ingenua, y estamos planeando dar el *sí* aquí mismo y luego volver a casa sin prisas. Por si te preocupa, no es francesa (ya sé que no tienes nada en contra de los franceses, es sólo que no crees que posean nuestras virtudes... y, la verdad sea dicha, no las poseen).

Bueno, el caso es que Helia... se llama Helia Lincoln, es de Minneapolis, sus padres todavía viven allí: él es el abogado de una empresa y ella se dedica a sus labores. A Helia le gustaría que nuestra luna de miel fuese aquí y no hace falta que te diga que sus deseos son órdenes para mí. Bueno, pues ahora envíale a tu querido hijo parte de ese dinero que tanto trabajo le ha costado

ganar. *Tout de suite*. Eso significa «pronto» en francés.

Helia (la foto no le hace justicia) llegó aquí hace un par de años para estudiar pintura. Luego descubrió que no era una auténtica artista y, justo cuando estaba a punto de arrojarse de cabeza al Sena, nos conocimos y el resto, tal como suele decirse, ya es historia. Sé que la querrás en cuanto la conozcas, papá, y ella a ti también. A mí ya me ha hecho un hombre muy feliz.

Helia y Giovanni se conocieron por casualidad, cuando Helia ya llevaba en París tres días. Durante ese tiempo yo no lo había visto ni había mencionado su nombre.

Habíamos estado todo el día paseando por la ciudad y durante todo el día Helia había estado hablando sin parar de un tema del que nunca le había oído hablar durante tanto rato: las mujeres. Sostenía que era muy duro ser mujer.

—Pues no sé qué es lo que tiene de duro ser mujer. Por lo menos mientras tenga un hombre a su lado.

—Eso es justo a lo que me refiero —dijo ella—. ¿Y no se te ha ocurrido nunca pensar que eso es una especie de necesidad humillante?

—Oh, por favor..., —me burlé—. Pues a mí nunca me ha parecido humillar a ninguna de las mujeres que he conocido.

—Bueno —repuso—, estoy segura de que nunca has pensado en ninguna de ellas... de ese modo.

—Por supuesto que no. Y espero que ellas tampoco. ¿Y se puede saber por qué te lo planteas *tú*? ¿Es que tienes algún motivo de *queja*?

—No tengo ningún motivo de *queja* —respondió. Empezó a entonar sus palabras en voz baja, como en una especie de sonata de Mozart—. No tengo motivos de *queja* en absoluto. Pero sí parece difícil, por lo menos, tener que estar a merced de un desconocido bruto y sin afeitarse antes de poder empezar a ser una misma.

—No sé si me gusta eso que acabas de decir —protesté—. ¿Desde cuándo he sido yo bruto? ¿o un desconocido? Es posible que necesite un afeitado, pero eso es culpa *tuya*, todavía no he sido capaz de separarme de ti ni un minuto. —Y sonreí y la besé.

—Bueno, puede que *ahora* ya no seas un desconocido, pero lo fuiste una vez y estoy segura de que volverás a serlo... muchas veces.



—SI de eso se trata —aduje— tú también lo serás, para mí.

Me lanzó una sonrisa ágil y radiante.

—¿Ah, sí? —Y luego añadió—: Pero lo que quiero decir con lo de ser mujer es que podríamos casarnos ahora, llevar cincuenta años casados y ser yo una desconocida para ti todo ese tiempo y tú no llegar a saberlo nunca.

—Pero si yo fuera un desconocido... ¿tú lo sabrías?

—Para una mujer —anunció— creo que un hombre es siempre un desconocido. Y es horrible eso de estar a merced de un desconocido.

—Pero los hombres también están a merced de las mujeres. ¿No se te ha ocurrido nunca pensar eso?

—¡Ah! —exclamó—. Los hombres pueden estar a merced de las mujeres... Creo que a los hombres les gusta pensar eso: halaga al misógino que llevan dentro. Pero si un *hombre* en concreto está alguna vez a merced de una *mujer* en concreto... ¡Caramba! Entonces, de algún modo, deja de ser un hombre. Y la mujer, en ese caso, está más atrapada que nunca.

—¿Quieres decir que yo no puedo estar a tu merced pero tú, en cambio, sí puedes estar a la mía? —Me eché a reír—. Me gustaría verte a ti, Helia, a merced de alguien.

—Ríete si quieres —contestó divertida— pero no hablo por hablar. Empecé a darme cuenta de ello en España, de que no era libre, de que no podría ser libre hasta que estuviese ligada... no, *comprometida* con alguien.

—¿Con alguien en concreto? ¿No con cualquier cosa?

Se quedó callada.

—No lo sé —acertó a decir al fin—, pero empiezo a pensar que, ciertamente, las mujeres se comprometen con cualquier cosa. Lo dejarían todo, si pudiesen, en cualquier momento, por un hombre. Por supuesto, eso no pueden admitirlo, como tampoco pueden, la mayoría de ellas, dejar lo que tienen. Pero creo que eso las mata... aunque tal vez sólo quiero decir —hizo una pausa y al cabo de un momento añadió—: que eso me habría matado a *mí*.

—¿Qué es lo que quieres, Helia? ¿Qué es lo que tienes ahora que cambia tanto las cosas?

Se echó a reír.

—No es lo que *tenga*. Ni siquiera es lo que *quiera*, es que ahora *tú* me tienes a *mí* en tus redes. Así que ahora puedo ser... tu esclava fiel y más

obediente.

Sentí mucho frío. Moví la cabeza con fingida confusión.

—No sé de qué me hablas.

—¡Vaya! —exclamó—. Te estoy hablando de mi vida. Te tengo a ti para cuidarte, alimentarte, torturarte, engañarte y amarte... te tengo a ti para aguantarte. De ahora en adelante, puedo pasármelo en grande quejándome de ser una mujer, pero ya no estaré aterrorizada por no serlo. —Me miró a la cara y se rió—. Bueno, haré otras cosas, claro —clamó—. No dejaré de ser inteligente. Leeré, discutiré, pensaré y todo eso, y me pondré muy tozuda recalcando que no pienso lo mismo que tú... y tú estarás encantado porque estoy segura de que la confusión resultante hará que veas que, al fin y al cabo, sólo tengo un cerebro limitado de mujer. Y, si Dios es bueno, me amarás cada vez más y seremos muy felices. —Se echó a reír de nuevo—. No te molestes en darle vueltas, amor mío, déjame a mí.

Su risa era contagiosa y meneé la cabeza de nuevo, riéndome con ella.

—Eres adorable —dije—. No te entiendo en absoluto.

Se echó a reír otra vez.

—¿Lo ves? No pasa nada. A los dos se nos da muy bien, como si llevásemos haciéndolo toda la vida.

Pasamos junto a una librería y se detuvo.

¿Podemos entrar un momento? —preguntó—. Hay un libro que me gustaría comprar. Un libro —añadió cuando entrábamos en la tienda— bastante frívolo.

La observé divertido mientras se acercaba a hablar con la encargada de la librería. Me paseé distraídamente hacia la estantería más alejada, donde había un hombre de pie, de espaldas a mí, hojeando una revista. Cuando llegué hasta donde estaba él, cerró la revista, la dejó y se volvió. Nos reconocimos al instante; era Jacques.

—*Tiens!* —exclamó—. ¡Estás *aquí!* Empezábamos a sospechar que habías vuelto a América.

—¿Quién, yo? —me burlé—. No, sigo en París. He estado ocupado, nada más. —Entonces, con un presentimiento terrible, pregunté—. Empezabais a sospecharlo... ¿quiénes?

—Pues quién va a ser... —dijo Jacques con una sonrisa dura e insistente

—, tu chico y yo. Por lo visto lo dejaste solo en esa habitación sin comida, sin dinero, sin ni siquiera cigarrillos. Al final convenció a su portera de que le dejase llamar por teléfono y me llamó. El pobrecillo tenía una voz que parecía estar a punto de meter la cabeza en el horno. De haber tenido un horno en ese antro, claro —se rió.

Nos quedamos mirándonos el uno al otro. Él, deliberadamente, no dijo nada, y yo no sabía qué decir.

—Metí unas cuantas provisiones en mi coche —explicó Jacques— y fui a su casa a toda velocidad. Me dijo que teníamos que rastrear el río para encontrarte, pero yo le aseguré que no conocía a los americanos tan bien como yo y que no te habías tirado al río. Sólo habías desaparecido para... pensar. Y veo que estaba en lo cierto. Has pensado tanto que ahora tienes que buscar lo que otros han pensado antes que tú. Un libro —dijo al fin— que, desde luego, puedes ahorrarte la molestia de leer es el del Marqués de Sade.

—¿Dónde está Giovanni ahora? —quise saber.

—Al final logré acordarme del nombre del hotel de Helia —me contó Jacques—. Giovanni dijo que más o menos la estabas esperando, de modo que le di la brillante idea de llamarte allí. Ha salido un momento a hacerlo. Volverá enseguida.

Helia ya había vuelto con su libro.

—Vosotros dos ya os conocéis —dije incómodo—. Helia, te acuerdas de Jacques, ¿verdad?

Se acordaba de él y también se acordaba de que no le caía bien. Le dedicó una sonrisa cortés y le tendió la mano.

—Hola. ¿Cómo está?

—*Je suis ravi, mademoiselle* —contestó Jacques. Sabía que no le caía bien a Helia y eso le divertía. Y para corroborar su desagrado y también porque en ese momento me odiaba con toda su alma, hizo una reverencia por encima de la mano extendida de ella y adoptó una pose, en apenas un instante, escandalosa y ofensivamente afeminada. Lo miré como si estuviese viendo una catástrofe inminente desde muchos kilómetros de distancia. Se volvió con aire divertido hacia mí—. David se ha estado escondiendo de nosotros —murmuró— ahora que has vuelto.

—¿Ah, sí? —exclamó Helia, y se aproximó a mí para tomarme de la mano

—. Qué desconsiderado por su parte... No se lo habría permitido... de haber sabido que nos estábamos escondiendo. —Sonrió—. Pero claro, como nunca me cuenta nada...

Jacques la miró.

—No hay duda —explicó— de que encuentra temas de conversación más apasionantes cuando está contigo que el porqué se esconde de los viejos amigos...

Sentí la necesidad imperiosa de salir de allí antes de que volviese Giovanni.

—Todavía no hemos cenado —dije intentando sonreír—. ¿Quieres que quedemos más tarde? —Sabía que mi sonrisa le imploraba que fuese benevolente conmigo.

Pero en ese momento sonó la campanilla que anunciaba la entrada de un nuevo cliente en la tienda.

—Ah, ahí está Giovanni —dijo Jacques y, en efecto, sentí que estaba a mi espalda, completamente inmóvil, con los ojos clavados en mí, y noté en la mano de Helia, en la totalidad de su cuerpo, una especie de encogimiento violento, y toda su compostura no logró evitar que éste aflorara a su rostro. Cuando Giovanni habló, su voz estaba teñida de furia, alivio y lágrimas contenidas.

—¿Dónde has estado? —gritó—. ¡Creía que estabas muerto! ¡Creía que te había atropellado un coche o que te habías arrojado al río...! ¿Qué has estado haciendo todos estos días?

Por extraño que parezca, conseguí, pese a todo, esbozar una sonrisa. Y estaba perplejo ante mi propia calma.

—Giovanni —dije—, te presento a mi prometida, *mademoiselle* Helia. *Monsieur* Giovanni.

La había visto antes de que terminara su arrebató y entonces, tocándole la mano con una cortesía atónita y apacible, la miró fijamente con sus ojos negros como si nunca hubiese visto una mujer.

—*Enchanté, mademoiselle* —dijo. Su voz era fría e inerte. Tras lanzarme una mirada fugaz miró a Helia de nuevo. Por un momento nos quedamos allí, los cuatro, como si estuviésemos posando para un retablo.

—De verdad —intervino Jacques—, ahora que estamos todos, creo que

deberíamos tomar una copa juntos. Sólo será un momento —le explicó a Helia, frustrando así su Intento de rechazar la invitación de manera educada y tomándola del brazo—. No ocurre todos los días —siguió diciendo— que se reúnan los viejos amigos. —Nos obligó a ponernos en marcha, él y Helia juntos y Giovanni y yo delante. La campanilla sonó con brutalidad cuando Giovanni abrió la puerta, y el aire de la noche nos golpeó en la cara como una bofetada. Empezamos a caminar alejándonos del río, hacia el bulevar.

—Cuando decido irme de un sitio —dijo Giovanni— se lo digo a la portera, para que al menos ella sepa adónde enviarme el correo.

Me encolericé un instante, invadido también por la tristeza. Me había percatado de que iba afeitado y llevaba una camisa blanca y corbata, una corbata que sin duda era de Jacques.

—No sé de qué te quejas —contesté—. Está claro que has sabido muy bien a quién recurrir.

Pero con la mirada que me lanzó, mi Ira desapareció y me entraron ganas de llorar.

—No eres bueno —dijo—. *Tú n'es pas chic du tout*. —Entonces no dijo nada más y nos dirigimos hacia el bulevar en silencio. A nuestras espaldas, oía el murmullo de la voz de Jacques. Nos detuvimos en la esquina y esperamos a que nos alcanzasen.

—Cariño —terció Helia—, tú quédate si quieres a tomar una copa con ellos. Yo no puedo, de verdad. No me encuentro nada bien. —Se dirigió a Giovanni—: Por favor, perdóneme, pero acabo de regresar de España y casi no he podido ni sentarme a descansar desde que bajé del tren. En otra ocasión, de verdad, pero esta noche *necesito* dormir. —Sonrió y le tendió la mano, pero él no pareció verla.

—Acompañaré a Helia a casa —resolví— y luego volveré. Si me decís dónde vais a estar.

Giovanni se echó a reír con brusquedad:

—¡Dónde vamos a estar! Estaremos por el barrio. No será difícil encontrarnos.

—Siento que no te encuentres bien —le dijo Jacques a Helia. Otra vez será. —Volvió a inclinarse sobre la mano de Helia, que seguía extendida con aire vacilante, y se la besó por segunda vez. Se incorporó y me miró—. Tienes

que traer a Helia a cenar una noche. —Hizo una mueca—. No hay ninguna necesidad de que escondas a tu prometida de nosotros.

—Ninguna necesidad en absoluto —convino Giovanni—. Es encantadora. Y nosotros —añadió con una sonrisa, dirigiéndose a Helia— también intentaremos ser encantadores con ella.

—Bueno —dije tomando a Helia del brazo—, nos vemos luego.

—Si no estoy aquí cuando vuelvas —explicó Giovanni con voz vengativa y al borde de las lágrimas— estaré en casa. Te acuerdas de dónde está, ¿verdad? Está cerca de un zoo.

—Me acuerdo —contesté. Empecé a retroceder unos pasos, como si me estuviera alejando de una jaula—. Os veo luego. *À tout à l'heure*.

—*À la prochaine* —replicó Giovanni.

Sentí sus miradas clavadas en nuestra espalda mientras nos alejábamos de ellos. Helia permaneció en silencio durante largo rato, posiblemente porque, como yo, le daba miedo decir algo. Al final, comentó:

—La verdad es que no soporto a ese hombre. Me da escalofríos. —Al cabo de un momento, añadió—: No sabía que os hubieseis visto tanto el tiempo que he estado fuera.

—Y no nos hemos visto tanto —contesté. Para hacer algo con las manos, para concederme un momento de intimidad, me detuve y encendí un cigarrillo. Sentí sus ojos, pero no parecía recelosa: sólo estaba preocupada.

—¿Y quién es Giovanni? —preguntó cuando empezamos a andar de nuevo. Soltó una risita—. Me acabo de dar cuenta de que ni siquiera te he preguntado dónde vives. ¿Vives con él?

—Hemos compartido la habitación de una asistenta casi a las afueras de París —le expliqué.

—Entonces, ha sido muy desconsiderado por tu parte —me regañó— marcharte tantos días sin avisarlo.

—¡Por amor de Dios, sólo es mi compañero de piso! —protesté—. ¿Cómo me iba a imaginar que rastrearía el fondo del río sólo porque llevo un par de noches sin aparecer?

—Jacques dijo que lo habías dejado allí solo sin dinero, sin cigarrillos ni nada, y que ni siquiera le habías dicho que ibas a estar conmigo.

—Hay muchas cosas que no le he dicho a Giovanni, pero nunca antes había

montado él un número parecido. Supongo que debe de estar borracho. Ya hablaré con él más tarde.

—¿Vas a volver allí con ellos luego?

—Bueno, si no vuelvo allí luego —expliqué—, me acercaré a la habitación. Quería hacerlo de todos modos. —Sonreí—. Tengo que afeitarme.

Helia lanzó un suspiro:

—No era mi intención hacer que tus amigos se enfadasen contigo. Deberías volver y tomar una copa con ellos. Les has dicho que lo harías.

—Bueno, pues puede que lo haga y puede que no. No estoy casado con ellos, ¿sabes?

—Pero es que el hecho de que vayas a casarte conmigo no significa que tengas que faltar a tu palabra con tus amigos. Ni siquiera significa —añadió, cortante— que me tengan que caer bien.

—Helia —le dije— soy completamente consciente de eso.

Dejamos el bulevar para dirigirnos hacia su hotel.

—Es una persona muy intensa, ¿no? —señaló. Yo estaba contemplando el monte apagado del Senado, que coronaba nuestra calle oscura y un poco cuesta arriba.

—¿Quién?

—Giovanni. Está claro que te ha tomado mucho cariño.

—Es italiano —lo justifiqué—. Los italianos son muy melodramáticos.

—Bueno, pues éste —se rió— debe de ser especial, ¡incluso en Italia!  
¿Cuánto tiempo llevas viviendo con él?

—Un par de meses. —Tiré la colilla del cigarrillo al suelo—. Me quedé sin dinero cuando tú todavía estabas fuera... ya sabes que aún estoy esperando que llegue mi dinero, y me mudé con él porque era más barato. En aquel momento él tenía trabajo y vivía la mayor parte del tiempo con su novia.

—¡Ah! —exclamó—. ¿Tiene novia?

—Tenía novia —respondí—. También tenía trabajo. Ahora se ha quedado sin ninguna de las dos cosas.

—Vaya, pobre chico —se lamentó—. Con razón parece tan perdido.

—Se recuperará, no te preocupes —dije, cortante. Habíamos llegado a su puerta y pulsó el timbre nocturno.

—¿Es muy amigo de Jacques? —quiso saber.

—Puede que no tanto como Jacques querría —repuse yo.

Se echó a reír.

—Me entra frío —explicó— cada vez que me encuentro en presencia de un hombre a quien le desagradan las mujeres tanto como a Jacques.

—Bueno, en ese caso, lo mantendremos alejado de ti. No queremos que esta chica coja frío. —La besé en la punta de la nariz. En ese preciso instante se oyó un ruido en el interior del hotel y la puerta se abrió con una leve y violenta sacudida. Helia dirigió su mirada, con aire divertido, hacia la oscuridad.

—Siempre me pregunto —dijo— si debo atreverme a entrar. —A continuación, me miró—. ¿Y bien? ¿Quieres tomar una copa arriba antes de volver con tus amigos?

—Claro —contesté. Entramos de puntillas en el hotel y cerramos la puerta con suavidad. Mis dedos lograron encontrar al fin la *minuterie* y la débil luz amarilla se derramó sobre nosotros. Una voz absolutamente ininteligible nos gritó y Helia le contestó gritando su nombre, que intentó pronunciar con acento francés. Cuando enfilamos las escaleras, la luz se apagó, y Helia y yo empezamos a reírnos como dos niños pequeños. Éramos incapaces de encontrar el temporizador de la luz en ningún rellano; no sé por qué a los dos nos parecía una situación tan hilarante, pero el caso es que nos lo parecía, y nos apoyamos el uno en el otro, sin dejar de reír, todo el camino hasta llegar a la habitación de Helia, en lo alto del edificio.

—Háblame de Giovanni —me pidió mucho más tarde, mientras estábamos en la cama y veíamos a la noche retozar con las cortinas blancas y almidonadas—. Me interesa.

—Ése es un comentario bastante falto de tacto en este preciso momento —reaccioné—. ¿Qué diablos quieres decir con eso de que te interesa?

—Me refiero a quién es, qué es lo que piensa. De dónde ha sacado esa cara...

—¿Qué le pasa a su cara?

—Nada. De hecho, es muy guapo. Pero hay algo en esa cara... muy anticuado.

—Duérmete —le dije—. Estás desbarrando.

—¿Cómo lo conociste?



—Mmm... En un bar, una noche de borrachera, rodeados de un montón de gente.

—¿Estaba Jacques allí?

—No me acuerdo. Sí, supongo. Supongo que conoció a Giovanni el mismo día que yo.

—¿Y por qué te fuiste a vivir con él?

—Ya te lo he dicho. Porque estaba sin blanca y él vivía en esa habitación...

—Sí, ya lo sé, pero ésa no puede ser la *única* razón.

—Bueno, pues no sé —fingí—. Me cayó bien.

—¿Y ahora ya no te cae bien?

—Le tengo mucho aprecio a Giovanni. Esta noche no estaba en su mejor momento, pero es un hombre muy bueno y agradable. —Me eché a reír. Al amparo de la noche, envalentonado por el cuerpo de Helia y por el mío y protegido por el tono de mi voz, encontré un gran alivio al añadir—: Le quiero, en cierto modo. De verdad que le quiero.

—Pues por lo visto, cree que tienes un modo muy curioso de demostrárselo.

—Bueno, verás —le expliqué—, esta gente tiene una forma de ser muy distinta de la nuestra. Son mucho más efusivos. No puedo evitarlo. Es que no puedo... ser así.

—Sí —dijo pensativamente—. Ya me he dado cuenta.

—¿Ya te has dado cuenta de qué?

—La gente de aquí... no tiene ningún empacho en mostrar su afecto por el prójimo. Al principio es un poco chocante, pero luego empiezas a pensar que está bien.

—Es que está bien —recalqué.

—Bueno —dijo Helia—, creo que deberíamos invitar a Giovanni a cenar o algo así un día. A fin de cuentas, lo cierto es que te rescató, más o menos.

—Es una buena idea —convine—. No sé qué estará haciendo estos días, pero imagino que tendrá alguna noche libre.

—¿Sale mucho con Jacques?

—No, no creo. Me parece que esta tarde se han encontrado por casualidad.

—Hice una pausa—. Empiezo a darme cuenta —dije, con cuidado— de que

los chicos como Giovanni están en una situación difícil. Verás, ésta no es la tierra de las oportunidades. No tienen recursos. Giovanni es pobre, quiero decir que viene de una familia pobre, y la verdad es que no puede hacer mucho al respecto. Y para lo que *puede* hacer, hay una competencia terrible y, dicho sea de paso, no se gana demasiado dinero, al menos lo bastante para que puedan pensar en labrarse algún tipo de porvenir. Por eso tantos se pasan la vida vagabundeando por las calles y se convierten en gigolós y en gángsteres y sabe Dios en qué más.

—Hace frío —dijo ella— aquí en el Viejo Mundo.

—Bueno, lo cierto es que también hace bastante frío allí en el Nuevo Mundo —repuse yo—. Hace frío en esta vida, y punto.

Se echó a reír.

—Pero nosotros... nosotros tenemos nuestro amor para entrar en calor...

—No somos los primeros en pensar eso juntos en una cama. —Pese a todo, permanecemos callados y quietos, abrazados, durante mucho rato—. Helia —dije al fin.

—¿Sí?

—Helia, cuando llegue el dinero, cojámoslo y vayámonos de París.

—¿Irnos de París? ¿Adónde quieres ir?

—Adonde sea, me da lo mismo. Sólo quiero irme de aquí. Estoy harto de París. Quiero marcharme un tiempo. Vayámonos al sur. A lo mejor allí veremos un poco el sol.

—¿Quieres que nos casemos en el sur?

—Helia, tienes que creerme: no puedo hacer ni decidir nada, ni siquiera puedo ver bien las cosas hasta que nos vayamos de esta ciudad. No quiero casarme aquí; ni siquiera quiero pensar en casarnos. Vámonos y ya está.

—No sabía que pensases eso —comentó.

—Llevo meses viviendo en la habitación de Giovanni —expliqué— y no puedo aguantarlo más. Tengo que irme de allí, por favor.

Dejó escapar una risa nerviosa y se apartó ligeramente de mí.

—Pues la verdad, no sé por qué marcharte de la habitación de Giovanni tiene que significar marcharte de París.

Lancé un suspiro.

—Por favor, Helia. Ahora mismo no me apetece dar largas explicaciones.

Tal vez sea sólo que si me quedo en París me tropezaré con Giovanni a todas horas y... —interrumpí mis palabras.

—¿Y por qué debería molestarte eso?

—Bueno... No puedo hacer nada por ayudarle y no puedo soportar que me vea... como a un americano; Helia, cree que soy *rico*. —Hice una pausa y me incorporé, mirando hacia el frente. Helia me estaba observando—. Es un buen hombre, como ya te he dicho, pero es muy persistente... y tiene esa especie de... obsesión conmigo; cree que soy Dios. Y esa habitación huele tan mal y está tan sucia... Y el invierno no tardará en llegar y hará mucho frío... —Me volví hacia ella de nuevo y la estreché entre mis brazos—. Escucha, vámonos. Te explicaré muchas más cosas luego; luego, cuando nos vayamos.

Se produjo un largo silencio.

—¿Y quieres marcharte enseguida? —preguntó.

—Sí, en cuanto llegue el dinero, podemos alquilar una casa.

—¿Estás seguro —insistió— de que no quieres volver a Estados Unidos?  
¿No será eso?

Lancé un quejido.

—No. Todavía no. No es eso lo que quiero decir.

Me besó.

—No me importa adónde vayamos siempre y cuando vayamos juntos —me aseguró. Acto seguido, me apartó de sí—. Ya casi es de día —anunció—. Será mejor que durmamos un poco.

Fui a la habitación de Giovanni la noche siguiente, muy tarde. Había estado paseando por el río con Helia y, después, bebiendo demasiado en varios *bistrots*. La luz se encendió con violencia y Giovanni se incorporó en la cama, gritando con voz aterrorizada:

—Qui est la? Qui est la?

Me detuve en el umbral, tambaleándome un poco bajo la luz, y dije:

—Soy yo, Giovanni. Cállate ya.

Giovanni me miró fijamente, se volvió de costado, mirando a la pared, y rompió a llorar.

Pensé: «¡Joder!», y cerré la puerta con cuidado. Saqué mi paquete de

cigarrillos del bolsillo de la chaqueta y la colgué encima de la silla. Con los cigarrillos en la mano, me acerqué a la cama y me Incliné sobre Giovanni.

—Cariño, no llores. Venga, no llores, por favor —le rogué.

Giovanni se volvió y me miró. Tenía los ojos enrojecidos y húmedos, pero esbozaba una extraña sonrisa, mezcla de crueldad, vergüenza y placer. Extendió los brazos y me incliné un poco más hacia abajo, retirándole el pelo de los ojos.

—Hueles a vino —protestó entonces.

—No he bebido vino. ¿Es eso de lo que tenías miedo? ¿Por eso estabas llorando?

—No.

—¿Qué pasa?

—¿Por qué te has marchado?, ¿por qué te has alejado de mí?

No sabía qué hacer. Giovanni se volvió de nuevo hacia la pared. Había albergado la esperanza, había supuesto que no iba a sentir nada, pero sentí cómo se me encogía un recóndito rincón del corazón, como si un dedo me oprimiese justo allí.

Nunca he llegado hasta ti —dijo Giovanni—. En realidad, nunca has estado aquí. No creo que me hayas mentido, pero sé que nunca me has dicho la verdad. ¿Por qué? A veces te pasabas aquí todo el día. Te ponías a leer, o abrías la ventana, o cocinabas algún plato, y yo te observaba, pero tú nunca decías nada, y me mirabas con esos ojos... como si no me vieses. Todo el día, mientras yo trabajaba para hacer esta habitación para ti.

No dije nada. Miré más allá de la cabeza de Giovanni a las ventanas cuadradas que frenaban el paso a la débil luz de la luna.

—¿Qué haces todo el tiempo? ¿Y por qué no dices nada? Eres malo, ¿sabes? Y a veces, cuando me sonreías, te odiaba. Me entraban ganas de pegarte. Me daban ganas de hacerte sangrar. Me sonreías igual que sonríes a todo el mundo, me decías lo mismo que le dices a todo el mundo... y no dices más que mentiras. ¿Qué es lo que estás ocultando siempre? ¿Y crees que no sabía cuando me hacías el amor que no le estabas haciendo el amor a nadie? ¡A nadie! O a todo el mundo... menos a mí, desde luego. Para ti no soy nada, nada, y me das calentura pero no placer.

Me moví, buscando un pitillo. Los llevaba en la mano. Encendí uno.

«Dentro de un momento —pensé—, diré algo. Diré algo y luego saldré para siempre de esta habitación».

—Sabes que no puedo estar solo. Te lo he dicho. ¿Qué pasa? ¿Es que no podemos tener una vida juntos?

Se echó a llorar de nuevo. Vi cómo le caían las tórridas lágrimas, resbalando desde las comisuras de los ojos hasta la almohada sucia.

—Si no puedes amarme, moriré. Antes de que entraras en mi vida, quería morirme, te lo he dicho muchas veces. Es cruel haberme dado ganas de vivir sólo para hacer mi muerte más sangrienta.

Quería decir muchas cosas y, sin embargo, cuando abría la boca, no salía de ella ningún ruido. Y pese a todo... no sé lo que sentía por Giovanni. No sentía nada por Giovanni; sentía terror, lástima y un deseo creciente.

Me quitó el cigarrillo de los labios y le dio una calada, sentado en la cama, con el pelo en los ojos otra vez.

—Nunca he conocido a nadie como tú. Yo nunca me había encontrado así antes de conocerte. Escucha, en Italia tenía una mujer y era muy buena conmigo. Ella me quería, me quería, ¿entiendes?, y me cuidaba, y siempre estaba ahí esperándome cuando volvía del trabajo, cuando volvía de las viñas, y nunca hubo ningún problema entre nosotros, nunca. En aquel entonces yo era joven y no sabía todo lo que aprendí después ni las cosas horribles que me has enseñado. Pensaba que todas las mujeres eran así. Pensaba que todos los hombres eran como yo... pensaba que yo era como todos los demás hombres. No era desgraciado en aquel entonces ni estaba solo —porque ella estaba allí — ni tenía ganas de morirme tampoco. Quería quedarme para siempre en nuestro pueblo, trabajar en las viñas, beber el vino que fabricábamos y hacerle el amor a mi chica. ¿Te he hablado alguna vez de mi pueblo? Es muy viejo y está en el sur, en lo alto de una colina. Por las noches, cuando paseábamos junto a las murallas, el mundo parecía caer justo delante de nosotros, el mundo entero, lejano y sucio. Nunca sentí deseos de verlo. Una vez hicimos el amor debajo de la muralla.

»SÍ, quería quedarme allí para siempre y comer espaguetis a todas horas, beber mucho vino, tener muchos hijos y engordar sin parar. Yo no te habría gustado, de haberme quedado allí. Ya te imagino, dentro de muchos años, pasando por nuestro pueblo con ese coche americano horroroso y enorme que

estoy seguro de que te habrás comprado para entonces, y mirándome, mirándonos a todos, probando nuestro vino y cagándote en nosotros con esas sonrisas vacías que los americanos exhibís en todas partes y que tú, en especial, esbozas a todas horas; marchándote con un gran estruendo del motor y un gran chirrido de los neumáticos y diciéndoles a todos los demás americanos que tienen que ir a visitar nuestro pueblo porque ¡oh!, es tan pintoresco... Y no tendrás ni idea de cómo es la vida allí, rebosante y repleta, hermosa y terrible, igual que no tienes ni idea de cómo es mi vida ahora. Pero creo que hubiese sido más feliz allí y no me habrían importado tus sonrisas. Habría tenido mi vida. Me he quedado aquí acostado muchas noches, esperando a que volvieras a casa, y he pensado en lo lejos que está mi pueblo y en lo terrible que es estar en esta ciudad tan fría, entre gente a la que odio, donde hace frío y siempre llueve, y nunca hace calor ni está seco como allí, y donde Giovanni no tiene a nadie con quien hablar, ni a nadie con quien estar, y donde ha encontrado a un amante que no es hombre ni mujer, nada que yo pueda conocer o tocar. No sabes lo que es, ¿verdad?, estar despierto toda la noche y esperar a que alguien vuelva a casa. Estoy seguro de que no lo sabes. No sabes nada. No sabes nada de las cosas terribles, por eso sonríes y bailas como lo haces y crees que la comedia que estás interpretando con esa cría de pelo corto y con cara de pan es amor.

Tiró el cigarrillo al suelo, donde permaneció consumiéndose despacio. Se echó a llorar de nuevo. Miré a mi alrededor, a la habitación, pensando: «No puedo soportarlo».

—Dejé mi pueblo un buen día, nunca lo olvidaré. Fue el día de mi muerte... ojalá hubiese sido el día de mi muerte. Recuerdo que el sol era abrasador y que me escocía en la nuca mientras enfilaba la carretera que me alejaba del pueblo; la carretera era una cuesta hacia arriba y yo caminaba doblado sobre mi estómago. Me acuerdo de todo: del polvo árido a mis pies, los guijarros que saltaban delante de mí, los arbolillos que flanqueaban la carretera y todas las casas bajas con todos sus colores diseminadas bajo el sol. Recuerdo que estaba llorando, pero no como lloro ahora, sino mucho peor, de una forma mucho más terrible... pues desde que estoy contigo ni siquiera puedo llorar como lloraba entonces. Aquélla fue la primera vez en mi vida que quise morirme. Acababa de enterrar a mi hijo en el cementerio de la

iglesia, donde yacía mi padre y los padres de mi padre, y acababa de dejar a mi chica gritando en la casa de mi madre. Sí, había tenido un hijo, pero había nacido muerto. Era todo de color gris y estaba retorcido cuando lo vi, y no hacía ningún ruido... Le dimos unas palmaditas en las nalgas, lo rociamos con agua bendita y rezamos, pero no llegó a hacer ningún ruido: estaba muerto. Era un niño, habría sido un hombre fuerte y maravilloso, puede incluso la clase de hombre que tú y Jacques y Guillaume y toda vuestra asquerosa panda de mariconas os pasáis los días y las noches buscando, ése con el que siempre estáis soñando... pero estaba muerto. Era mi hijo y lo habíamos hecho, mi chica y yo, y estaba muerto. Cuando supe que estaba muerto, descolgué nuestro crucifijo de la pared, escupí sobre él y lo arrojé al suelo; mi madre y mi chica se pusieron a gritar y yo me fui. Lo enterramos enseguida, al día siguiente, y entonces dejé mi pueblo y me vine a esta ciudad donde sin duda Dios me ha castigado por todos mis pecados, y por escupir sobre su santo Hijo, y donde está claro que moriré. No creo que vuelva a ver mi pueblo nunca.

Me levanté. La cabeza me daba vueltas. Tenía la boca salada. Era como si la habitación estuviese balanceándose, igual que la primera vez que había ido allí, hacía ya tantas vidas. Oí el lamento de Giovanni a mis espaldas.

—*Chéri. Morí très cher.* No me dejes. Por favor, no me dejes... —Me volví y lo estreché en mis brazos mirando a la pared por encima de su cabeza, al hombre y la mujer de la pared que caminaban juntos rodeados de rosas. Giovanni estaba llorando, podría decirse, como si el corazón fuese a rompersele, pero yo sentí que era mi corazón el que estaba roto. Algo se había roto en mi interior para volverme tan frío y tan perfectamente distante e impasible.

Aún tenía que hablar.

—Giovanni —dije—. Giovanni.

Empezó a serenarse: me estaba escuchando; sentí, involuntariamente, no por primera vez, la malicia de los desesperados.

—Giovanni —repetí—, siempre supiste que me marcharía algún día. Sabías que mi prometida iba a regresar a París.

—Pero tú no me dejas por ella —repuso—. Me dejas por alguna otra razón. Mientes tanto que has llegado a creerte todas tus mentiras. Pero yo, en cambio, yo tengo sentidos. Tú no me dejas por una mujer. Si de veras

estuvieses enamorado de esa chiquilla, no habrías tenido que ser tan cruel conmigo.

—No es ninguna chiquilla —contesté—. Es una mujer y, pienses lo que pienses, la verdad es que la quiero...

—¡No, no la quieres! —exclamó Giovanni incorporándose—. ¡Tú no quieres a nadie! ¡Tú nunca has amado a nadie y estoy seguro de que nunca lo harás! Tú amas tu pureza, amas tu espejo... eres igual que una virgencita, ¡te paseas con las manos por delante como si tuvieses algún metal precioso, oro, plata, rubíes, tal vez incluso diamantes ahí abajo entre las piernas! Nunca se lo darás a nadie, nunca dejarás a nadie que lo toque, ya sea hombre o mujer. Quieres estar limpio y puro. Crees que llegaste aquí cubierto de jabón y crees que saldrás del mismo modo... y no quieres ensuciarte, no quieres apestar, ni siquiera cinco minutos, mientras tanto. —Me agarró por el cuello de la camisa, forcejeando y acariciándome a un tiempo, seda y hierro a un tiempo: la saliva le salpicaba de los labios y tenía los ojos cubiertos de lágrimas, pero se le marcaban los huesos de la cara y los músculos le sobresalían en los brazos y el cuello—. Quieres dejar a Giovanni porque hace que apestes. Quieres despreciar a Giovanni porque él no teme el hedor del amor. Quieres matarlo en nombre de todas esas normas morales tuyas, una sarta de mentiras. Y tú... tú eres inmoral. Eres, con mucho, el hombre más inmoral que he conocido en toda mi vida. Mira, mira lo que me has hecho. ¿Crees que habrías podido hacerme esto si no te amase? ¿Es esto lo que tendrías que hacer para llegar a amar a alguien?

—¡Giovanni, basta ya! ¡Por el amor de Dios, basta ya! ¿Qué mierdas quieres que haga yo, eh? ¡No puedo evitar sentirlo así!

—Ah, pero ¿sabes lo que sientes? ¿Sientes? ¿Y qué es lo que sientes?

—Ahora no siento nada —contesté—, nada. Quiero salir de esta habitación, quiero alejarme de ti, quiero poner fin a esta escena patética.

—Quieres alejarte de mí. —Se echó a reír y me miró. La expresión de sus ojos era tan infinitamente amarga que casi era benevolente—. Por fin empiezas a ser honesto. ¿Y sabes por qué quieres alejarte de mí?

En mis adentros, algo se cerró de golpe.

—Yo... no puedo iniciar una vida contigo —dije.

—Y en cambio, sí puedes iniciar una vida con Helia, con esa cría con cara



de pan que se cree que los niños salen de las coles... o de los frigoríficos, no estoy familiarizado con la mitología de tu país. Sí puedes iniciar una vida con ella.

—Sí —asentí en tono cansino—, con ella sí puedo. —Me puse en pie. Estaba temblando—. ¿Qué clase de vida íbamos a tener en esta habitación? ¿En esta habitación minúscula y mugrienta? Y, de todas formas, ¿qué clase de vida puede llevar una pareja de hombres? Todo ese amor del que hablas... ¿no será que quieres que sea así para sentirte fuerte? Quieres salir de casa y ser el que gana el pan y trae a casa el dinero y quieres que yo me quede aquí, lavando los platos, cocinando y limpiando esta pocilga que tienes por habitación y que te bese cuando aparezcas por la puerta y que me acueste contigo por las noches y que sea tu chica. Eso es lo que quieres. Eso es lo que quieres y eso es lo único que quieres decir cuando dices que me quieres. Dices que quiero matarte. ¿Qué crees que me has estado haciendo a mí?

—No intento convertirte en mi chica. Si quisiera una chica, estaría con una chica.

—¿Y por qué no lo estás? ¿Es que te da miedo? ¿No será que estás conmigo porque no tienes agallas de ir detrás de una mujer, que es lo que quieres en el fondo?

Estaba muy pálido.

—Eres tú el que no deja de hablar sobre lo que yo quiero, pero yo sólo he estado hablando de a quién quiero.

—¡Pero yo soy un hombre! —grité—. ¡Un hombre! ¿Qué crees que puede haber entre nosotros?

—Lo sabes muy bien —repuso Giovanni, despacio—. Sabes muy bien qué es lo que puede haber entre nosotros. Por eso es por lo que vas a dejarme. —Se levantó, se dirigió hacia la ventana y la abrió—. *Bon* —dijo. Golpeó con el puño una vez más el alféizar—. Si pudiera obligarte a que te quedaras conmigo, lo haría —exclamó—. Si tuviese que pegarte, atarte, encadenarte... si pudiese obligarte a que te quedases, lo haría. —Regresó al centro de la habitación. El viento le alborotó el pelo. Levantó un dedo admonitorio y lo meneó con grotesca alegría—. Algún día desearás que ojalá lo hubiese hecho.

—Hace frío —comenté—. Cierra la ventana.

Sonrió.

—Ahora que te vas... quieres las ventanas cerradas. *Bien sur*. —Cerró la ventana y nos quedamos mirándonos fijamente el uno al otro en mitad de la habitación—. Ya no discutiremos más —anunció—. Las discusiones no van a hacer que te quedes. En francés tenemos lo que se llama *une séparation de corps*: no un divorcio, ya me entiendes, sino sólo una separación. Bueno, pues nos separaremos. Pero sé que tu lugar está junto a mí. Creo, tengo que creer, que algún día volverás.

—Giovanni —dije—, no voy a volver. Sabes que no voy a volver.

Hizo un ademán desdeñoso con la mano.

—He dicho que no vamos a pelearnos más. Los americanos no tenéis ningún sentido de lo que es el destino, ninguno en absoluto. No saben reconocer el destino aunque lo tengan delante de las narices. —Extrajo una botella de debajo del fregadero—. Jacques se dejó una botella de coñac. Vamos a tomarnos una copa, de despedida.

Lo observé mientras servía con cuidado ambas copas. Vi que estaba temblando, de rabia o de dolor o de ambas cosas.

Me ofreció la copa.

—*À la tienne* —brindó.

—*À la tienne*.

Dimos un sorbo y no pude contenerme las ganas de preguntarle:

—Giovanni, ¿qué vas a hacer ahora?

—Bueno —contestó—, tengo amigos. Ya se me ocurrirán cosas que hacer. Esta noche, por ejemplo, cenaré con Jacques. Seguro que mañana por la noche también volveré a cenar con Jacques. Me ha cogido mucho cariño. Cree que eres un monstruo.

—Giovanni, ten cuidado —lo avisé, con sentimiento de impotencia—. Por favor, ten cuidado.

Me lanzó una sonrisa irónica.

—Gracias —contestó—, deberías haberme dado ese consejo la noche que nos conocimos.

Ésa fue la última vez que hablamos, en realidad. Me quedé con él hasta la mañana siguiente y entonces metí mis cosas en una bolsa y me las llevé a la habitación de Helia.

No olvidaré la última vez que me miró. La luz de la mañana inundaba toda

la habitación, recordándome tantas otras mañanas, como aquélla en que llegué allí por vez primera. Giovanni estaba sentado en la cama, completamente desnudo, sosteniendo una copa de coñac en las manos. Tenía el cuerpo blanquísimo, y la cara húmeda y gris. Yo estaba frente a la puerta con mi maleta. Con la mano en el pomo, me volví para mirarlo, Entonces quise suplicarle que me perdonara, pero aquélla habría sido una confesión demasiado decisiva: cualquier concesión en ese momento me habría encerrado con él para siempre en aquella habitación. Y en cierto modo, eso era exactamente lo que quería.

Noté cómo un temblor se apoderaba de mi cuerpo, como el inicio de un terremoto, y sentí, por un instante, que me ahogaba en su mirada. Su cuerpo, que había llegado a conocer tan bien, relucía bajo la luz, electrizando y espesando el aire que había entre nosotros. En ese momento, una puerta secreta y silenciosa de mi cerebro se abrió de par en par, dejándome aterrorizado: no se me había ocurrido hasta ese instante que, huyendo de su cuerpo, confirmaba y perpetuaba el poder que su cuerpo ejercía sobre mí. Ahora, como si me hubiese marcado a hierro, su cuerpo estaba grabado para siempre en mi mente, en mis sueños. Y, en todo ese tiempo, no desvió su mirada de mí. Mi rostro le resultaba más transparente que el cristal de un escaparate. No sonreía, pero tampoco estaba serio, ni vengativo, ni triste; estaba tranquilo. Estaba esperando, creo, que salvase el espacio que nos separaba y volviese a tomarlo en mis brazos; esperando como se espera en el lecho de muerte el milagro que no nos atrevemos a no creer, ése que no ocurrirá jamás. Tenía que salir de allí, porque mi rostro mostraba demasiadas cosas. La batalla que se libraba en mi cuerpo me estaba debilitando cada vez más. Mis pies se negaban a llevarme de nuevo hasta él. El viento de mi vida se me llevaba consigo.

—Au revoir, Giovanni.

—Au revoir, mon cher.

Me volví, dándole la espalda, y abrí la puerta. El cansado exhalar de su aliento parecía alborotarme el pelo y acariciarme la frente como el mismísimo viento de la locura. Avancé por el corto pasillo, aguardando a cada instante oír su voz a mis espaldas, atravesé el vestíbulo, crucé el *loge* de la portera, que todavía seguía durmiendo, y salí a la calle, a la mañana. Y con cada paso que

daba, cada vez me era más imposible dar marcha atrás. Y tenía la cabeza vacía... o más bien era como si mi cabeza se hubiese convertido en una herida inmensa y anestesiada. «Un día lloraré por esto. Uno de estos días, empezaré a llorar», fue lo único que acerté a pensar.

En la esquina, en un débil cuadrilátero de luz matutina, rebusqué en la cartera para contar mis billetes de autobús. En la cartera encontré trescientos francos, que había tomado prestados de Helia, mi *carte d'identité*, mi dirección en Estados Unidos, y papel —papeles, trocitos de papel, tarjetas, fotografías...—. En cada pedazo de papel encontré direcciones, números de teléfono, recordatorios de citas a las que había acudido —o a las que tal vez no había acudido—, personas conocidas y recordadas, o tal vez no recordadas, esperanzas no satisfechas, probablemente... no satisfechas, sin duda alguna, porque de lo contrario no habría estado ahí de pie en aquella esquina.

Encontré cuatro billetes de autobús en mi cartera y me dirigí a *l'arrêt*. En la parada había un gendarme, con la pesada gorra azul caída hacia atrás y su porra de color blanco reluciente. Me miró y me sonrió.

—*Qa va?* —dijo.

—*Oui, merci.* ¿Y usted?

—*Toujours.* Bonito día, ¿no?

—Sí. —Pero me temblaba la voz—. Parece que empieza el otoño.

—*Q'est pa.* —Y luego se alejó, devuelta a su contemplación del bulevar. Me alisé el pelo con la mano, sintiéndome como un idiota por estar tan emocionado. Vi pasar una mujer que venía del mercado, con el cesto lleno a rebosar; en lo alto, en peligroso equilibrio, un litro de vino tinto. No era joven, pero tenía un rostro limpio y vigoroso, un cuerpo robusto y corpulento y unas manos grandes y fuertes. El gendarme le gritó algo y ella le contestó: alguna chanza subida de tono e inocua. El gendarme se rió, pero no volvió a mirarme. Vi a la mujer seguir andando calle abajo, de vuelta a casa, pensé, junto a su marido, que iría vestido con el mono azul de trabajo, sucio, y junto a sus hijos. Dobló la esquina donde el cuadrilátero de luz crecía y atravesaba la calle. Llegó el autobús, y el gendarme y yo, los únicos que lo esperábamos, nos subimos en él. Se quedó en la parte delantera, lejos de donde estaba yo. El gendarme tampoco era joven, pero poseía un entusiasmo por el que sentí

admiración. Miré por la ventanilla y las calles pasaron ante mis ojos. Hacía siglos, en otra ciudad, en otro autobús, me había sentado del mismo modo, mirando por la ventanilla, mirando las calles, inventando para cada rostro fugaz que atrapaba mi breve atención una vida, un destino, en el que yo desempeñaba un papel. Buscaba algún susurro, o una promesa, de mi salvación posible, pero esa mañana en concreto me parecía que mi antiguo yo había estado soñando el sueño más peligroso de todos.

Los días que siguieron pasaron en un abrir y cerrar de ojos. El frío llegó de la noche a la mañana. Las hordas de turistas se desvanecieron, reclamadas por los horarios y las apretadas agendas. Al pasear por los jardines, las hojas le caían a uno en la cabeza e iban a parar, entre suspiros y crujidos, a los pies. Las piedras de la ciudad, que habían sido luminosas y permanecido en transformación constante, se descolorieron lenta pero inexorablemente hasta volver a ser de un simple gris. Resultaba evidente que la piedra era dura. Los pescadores desaparecían del río a diario hasta que, un día, las riberas se quedaron completamente vacías. Los cuerpos de los chicos y las chicas empezaron a atosigarse con camisetas interiores, jerséis y bufandas, capuchas y capas. Los ancianos parecían aún más viejos, y las ancianas más lentas. Los colores del río se difuminaron, empezaron las lluvias y el caudal empezó a crecer. Saltaba a la vista que el sol no tardaría en rendirse ante el denodado esfuerzo que le costaba visitar París unas pocas horas todos los días.

—Pero en el sur hará calor —decía yo.

El dinero había llegado. Helia y yo estábamos muy ocupados todos los días, buscando afanosamente una casa en Eze, en Cagnes-sur-mer, en Vence, en Montecarlo, en Antibes, en Grasse... Apenas nos veían nunca salir por el barrio. Nos quedábamos en su habitación, hacíamos el amor muchas veces, íbamos al cine y a cenar, en largas y a menudo nostálgicas veladas en restaurantes extraños de la orilla derecha. Cuesta definir qué es lo que nos producía ésa melancolía, que a veces estaba al acecho cerniéndose sobre nosotros como la sombra de algún ave inmensa y depredadora. No creo que Helia se sintiese infeliz, pues nunca antes me había pegado a su lado como lo hice durante esa época, pero tal vez presentía, de vez en cuando, que mi apego y mi presencia constante eran demasiado insistentes como para poder confiar en ellos, y sin duda demasiado insistentes como para que pudiesen durar.

Y de vez en cuando, en el barrio, me tropezaba con Giovanni. Temía verlo, no sólo porque casi siempre estuviese acompañado por Jacques, sino también porque, a pesar de que a menudo iba muy bien vestido, no tenía buen aspecto. No podía soportar ese algo abyecto y malicioso a la vez que empezaba a asomar a sus ojos, ni tampoco el modo en que le reía los chistes a Jacques, ni el amaneramiento, un amaneramiento de mariquita, que, a veces, empezaba a afectar. No quería saber qué clase de relación mantenía con Jacques y, sin embargo, llegó el día en que me la reveló la mirada maliciosa y triunfal de éste. Y Giovanni, durante aquel breve encuentro, en mitad del bulevar, mientras caía la tarde, rodeados de gente, estuvo verdadera y asombrosamente atolondrado y afeminado, y muy borracho. Era como si estuviese obligándome a beber del vaso de su humillación. Y lo odié por eso.

La siguiente vez que lo vi fue por la mañana. Estaba comprando un periódico. Me dedicó una mirada insolente, directamente a los ojos, y luego la apartó de mí. Vi cómo iba menguando su figura por el bulevar. Cuando llegué a casa se lo conté a Helia, intentando reírme.

Entonces empecé a verlo por el barrio sin Jacques, en compañía de los chicos de la calle, a quienes una vez me había descrito como algo *«lamentable»*. Ya no iba tan bien vestido y empezaba a parecer uno de ellos. Su mejor amigo entre ellos era, por lo visto, el mismo chico alto de la cara marcada llamado Yves a quien yo recordaba haber visto brevemente jugando a la máquina del millón y, más tarde, hablando con Jacques aquella mañana en Les Halles. Una noche, yendo yo también muy borracho y paseando por el barrio a solas, me encontré con aquel chico y lo invité a una copa. No mencioné a Giovanni, pero Yves me proporcionó de todos modos la información de que ya no estaba con Jacques, aunque sí parecía que iba a recuperar su antiguo trabajo en el bar de Guillaume. No había pasado más de una semana desde aquello cuando encontraron a Guillaume muerto en las dependencias privadas que había encima de su bar, estrangulado con el cordón de su batín.

Fue un terrible escándalo. Cualquiera que estuviese en París en aquella época se enteró de ello y vio las fotografías de Giovanni, publicadas en todos los periódicos, justo después de su detención. Se escribieron toda clase de editoriales y se pronunciaron toda clase de discursos, y muchos bares de la clase del bar de Guillaume se cerraron (pero no permanecieron cerrados mucho tiempo). Varios gendarmes vestidos de paisano bajaron al barrio, pidiendo la documentación de todo el mundo, y limpiaron los bares de *tapettes*. Giovanni no aparecía por ninguna parte. Todas las pruebas y, sobre todo, claro está, su desaparición lo apuntaban a él como el asesino. Un escándalo de semejantes proporciones siempre amenaza, antes de que cesen todas sus repercusiones, con sacudir a los mismísimos cimientos del Estado. Es necesario encontrar una explicación, una solución y una víctima con la máxima celeridad posible. La mayor parte de los hombres detenidos en relación con el crimen no fueron arrestados como sospechosos de asesinato, sino que fueron detenidos como sospechosos de tener lo que los franceses, con una delicadeza que se me antoja sarcástica, llaman *lesgoûts particuliers*. Dichos «gustos», que no constituyen un delito en Francia, son vistos pese a todo con extrema desaprobación por el grueso de la población, que también contempla a sus gobernantes y a sus «superiores» con una falta de afecto glacial. Cuando hallaron el cadáver de Guillaume, no sólo eran los chicos de la calle los que estaban asustados, sino que ellos, de hecho, estaban mucho

menos asustados que los hombres que recorrían las calles para *contratar* sus servicios, los hombres cuyas carreras, posiciones y aspiraciones nunca habrían sobrevivido a semejante notoriedad. Padres de familia, herederos de grandes fortunas y aventureros intrépidos de Belleville esperaban con ansiosa desesperación que el caso se cerrase para que las cosas pudiesen, en efecto, volver a su cauce y para que el temible látigo de la moralidad pública no restallase sobre sus espaldas. Hasta que el caso no se cerrase no podían estar seguros de hacia qué lado saltar, de si debían proclamar que eran mártires o seguir siendo lo que, en el fondo, por supuesto, eran: simples ciudadanos, implacables con el escándalo y ansiosos por que se hiciese justicia y se mantuviese intacta la salud del Estado.

Era una suerte, por tanto, que Giovanni fuese extranjero. Como por una especie de acuerdo magníficamente tácito, con cada día que Giovanni permanecía a la fuga la prensa se mostraba cada vez más injuriosa contra él y más benevolente hacia Guillaume. Recordaban que con Guillaume moría uno de los apellidos más antiguos de Francia. Los suplementos dominicales publicaban la historia de su familia, y su anciana y aristocrática madre, que no sobrevivió al juicio del asesino de su hijo, ofrecía su testimonio de las valiosas cualidades de su hijo y se lamentaba de que la corrupción se hubiese extendido tanto en Francia como para que un crimen de semejante magnitud permaneciese impune durante tanto tiempo. Con este sentimiento, por supuesto, el pueblo no podía estar más de acuerdo. Tal vez no fuese tan increíble como sin duda a mí me lo parecía, pero el nombre de Guillaume se vinculó de una forma épica a la historia de Francia, al honor francés y a la gloria de los franceses, y a punto estuvo de convertirse, a la postre, en un símbolo de la virilidad francesa.

—Pero es que —le decía yo a Helia— no era más que una maricona vieja y asquerosa. ¡Eso es lo único que era!

—Sí, pero ¿cómo diablos quieres que la gente que lee los periódicos lo sepa? Si eso es lo que era, estoy segura de que no iba anunciándoselo a todo el mundo... y debía de moverse en un círculo bastante reducido.

—Bueno, pues hay quien lo sabe. Algunas de las personas que escriben estas majaderías lo saben.

—No tiene mucho sentido —repuso ella con calma— difamar a los



mueertos.

—¿Y tampoco tiene sentido contar la verdad?

—Están contando la verdad. Es miembro de una familia muy importante y ha sido asesinado. Ya sé qué es lo que quieres decir: hay otra verdad que no están contando, pero los periódicos nunca lo hacen. No están para eso.

Lancé un suspiro.

—Pobre Giovanni. Pobrecillo.

—¿Crees que lo hizo él?

—No lo sé. Desde luego, parece que lo hizo él. Estuvo allí esa noche. La gente lo vio subir al piso de arriba antes de que el bar cerrase y no recuerdan haberle visto bajar.

—¿Estaba trabajando allí aquella noche?

—Parece ser que no. Sólo estaba tomando unas copas. Él y Guillaume parecían haberse reconciliado.

—Desde luego, está visto que hiciste unos amigos bastante peculiares el tiempo que estuve fuera.

—No parecerían tan peculiares si uno de ellos no hubiese sido asesinado. Además, ninguno de ellos era amigo mío... excepto Giovanni.

—Tú viviste con él. ¿No sabrías decir si sería capaz de matar a alguien o no?

—¿Cómo? Tú vives conmigo: ¿puedo yo matar a alguien?

—¿Tú? Por supuesto que no.

—¿Y tú cómo lo sabes? No lo sabes. ¿Cómo sabes que soy lo que ves?

—Porque... —contestó, inclinándose para besarme— te quiero.

—¡Ah! Y yo quería a Giovanni...

—No como yo te quiero —puntualizó Helia.

—Podría haber matado ya a alguien y tú no tendrías manera de saberlo. ¿Cómo lo sabes?

—¿Por qué estás tan enfadado?

—¿Acaso tú no estarías enfadada si un amigo tuyo fuese acusado de asesinato y se estuviese escondiendo de la policía? ¿Qué quieres decir con eso de por qué estoy tan enfadado? ¿Qué quieres que haga? ¿Que me ponga a cantar villancicos?!

—No grites. Es que no sabía que Giovanni significase tanto para ti.

—Era un buen hombre —dije al fin—. No me gusta nada verlo metido en líos.

Se acercó a mí y me colocó la mano con suavidad en el brazo.

—Pronto nos marcharemos de esta ciudad, David. Ya no tendrás que pensar en todo esto. La gente se mete en líos, David, pero no actúes como si, por algún motivo, fuese culpa tuya. No es culpa tuya.

—¡Ya sé que no es culpa mía! —Pero mi voz y la mirada de Helia me silenciaron en el acto, perplejo ante mi propia reacción.

Giovanni permaneció en situación de búsqueda y captura durante casi una semana. Mientras observaba cada noche cerniéndose sobre París, desde la ventana de Helia, pensaba en Giovanni, que estaría agazapado ahí fuera en alguna parte, tal vez bajo uno de aquellos puentes, asustado, aterido de frío y sin saber adónde ir. Me pregunté si habría encontrado amigos que lo hubiesen escondido en sus casas. Era asombroso que en una ciudad tan pequeña y llena de gendarmes resultase tan difícil dar con él. A veces temía que viniese en mi busca, para suplicarme que lo ayudase o para matarme. Entonces pensaba que seguramente consideraba indigno de él pedirme ayuda y, sin duda alguna, a aquellas alturas ya debía de pensar que no merecía la pena que me matase. Yo acudía a Helia en busca de socorro, tratando de enterrar en ella, cada noche, todo mi sentimiento de culpa y mi terror. La necesidad de actuar era como una fiebre en mi interior, y el único acto posible era el acto de amor.

Al final lo encontraron, una mañana muy temprano, en una barcaza amarrada en el río. Las conjeturas de los periódicos ya lo ubicaban en Argentina, de modo que fue una gran conmoción descubrir que no había llegado más allá del Sena. El hecho de que no hubiese intentado huir al extranjero no consiguió congraciarse con la opinión pública. Giovanni era un criminal de la peor calaña, la de los criminales torpes, pues ni siquiera había obrado con inteligencia; el robo, por ejemplo, había sido esgrimido como el móvil del asesinato de Guillaume, pero, pese a que Giovanni se había llevado todo el dinero que aquél llevaba en los bolsillos, no había tocado la caja registradora y, por lo visto, ni siquiera había sospechado que su antiguo patrón tenía más de mil francos escondidos en otro billetero en el fondo de su armario. En el momento de su captura todavía tenía en los bolsillos el dinero que le había quitado a Guillaume, pues no había podido gastárselo. Llevaba

sin comer dos o tres días y estaba débil, pálido y ojeroso. Su cara apareció en todos los quioscos de París. Parecía joven, desconcertado, aterrorizado, malvado, como si no pudiese acabarse de creer que él, Giovanni, hubiese llegado a esto, que hubiese llegado a esto y que no fuese a ir más allá, que su corto viaje fuese a terminar bajo una afilada cuchilla. Ya parecía estar retrocediendo ante ella, que cada centímetro de su cuerpo se rebelaba ante aquella visión glacial. Y parecía, como había parecido tantas veces, que me llamaba pidiendo auxilio. La tinta de los periódicos le contaba al mundo implacable cómo Giovanni se arrepentía, pedía clemencia, invocaba a Dios y proclamaba entre sollozos que no había querido hacerlo. Y nos contaba, también, con minucioso detalle, cómo lo había hecho; pero no nos contaba por qué. El porqué era demasiado negro para que la tinta de los periódicos lo soportara y demasiado profundo para que Giovanni lo contara.

Puede que yo fuese el único hombre en todo París que supiese que Giovanni no había querido hacerlo, que pudiese leer por qué lo había hecho entre las líneas de los detalles publicados en los periódicos. Rememoré otra vez la noche que lo había encontrado en casa y me había dicho que Guillaume lo había despedido. Oí su voz de nuevo y vi la vehemencia de su cuerpo y sus lágrimas. Conocía su bravuconería, cómo le gustaba hacerse el *débrouillard*, a la altura de cualquier desafío, y lo vi entrar con aire arrogante al bar de Guillaume. Debió de sentir que, habiendo sucumbido ante Jacques, su periodo de aprendizaje había finalizado, el amor había terminado, y podría hacer con Guillaume lo que quisiese. Podía, en efecto, haber hecho con Guillaume cuanto quisiese, pero no podía hacer nada con respecto al hecho de ser Giovanni. Y Guillaume, sin duda, lo sabía. Jacques no habría tardado en decirle que Giovanni ya no estaba con *le jeune américain*, acaso Guillaume habría asistido a una o dos de las fiestas de Jacques, acompañado de su propio séquito, y sin duda sabía, todo su círculo sabía, que la recién estrenada libertad de Giovanni, su estado de desamor, se convertiría en libertinaje, en exceso... les había ocurrido a todos y cada uno de ellos. Debió de haber sido una gran noche para el bar, la noche que Giovanni entró con aire arrogante y solo.

Ya me imaginaba la conversación:

—*Alors, tú es revenu?* —Éste sería Guillaume, con una mirada seductora,

sarcástica y elocuente.

Giovanni se da cuenta de que no quiere que le recuerden su última y desastrosa pataleta, que quiere mostrarse amistoso. Al mismo tiempo, la cara, la voz, la pose y el olor de Guillaume se materializan ante él: está delante de Guillaume, no evocándolo en su mente. La sonrisa con la que le responde a Guillaume le provoca náuseas. Sin embargo, Guillaume no advierte esto, por supuesto, y ofrece a Giovanni una copa.

—He pensado que tal vez necesitas un *barman* —dice Giovanni.

—Ah, pero ¿buscas trabajo? Creía que a estas alturas tu americano ya te habría comprado un pozo de petróleo en Texas.

—No. Mi americano —responde, haciendo un ademán con la mano— ¡ha desaparecido! —Ambos se ríen al unísono.

—Los americanos siempre desaparecen. No son personas serias —señala Guillaume.

—*C'est vrai* —conviene Giovanni. Se termina la copa, apartando la vista de Guillaume, silbando, sintiéndose tremendamente cohibido, tal vez casi de manera inconsciente. En esos momentos, Guillaume casi no puede quitarle los ojos de encima ni controlar sus manos.

—Vuelve luego, a la hora de cerrar, y hablaremos de ese trabajo —le dice al final.

Y Giovanni asiente con la cabeza y se va. Me lo imagino, entonces, encontrándose con alguno de sus amiguetes de la calle, bebiendo con ellos y riendo, armándose de valor a medida que avanzan las horas. Se muere de ganas de que alguien le diga que no vuelva junto a Guillaume, que no deje que éste lo toque, pero sus amigos le dicen lo rico que es, le explican que es una vieja maricona idiota, lo mucho que podrá sacarle a Guillaume si es listo.

Nadie aparece por los bulevares para hablar con él, para salvarlo. Siente que se está muriendo.

Entonces llega la hora en que debe volver al bar de Guillaume y se dirige allí solo. Se queda de pie en la puerta un buen rato. Quiere dar media vuelta, salir corriendo, pero no tiene adónde huir. Alza la vista para mirar a la calle larga, oscura y zigzagueante como si buscara a alguien, pero allí no hay nadie. Entra en el bar. Guillaume lo ve de inmediato y le indica con unas señas discretas que suba. Sube las escaleras. Le flaquean las piernas. Se encuentra

en los aposentos privados de Guillaume, rodeado de las sedas, colores y perfumes de éste, mirando a su cama.

En ese momento, entra Guillaume y Giovanni intenta sonreír. Se toman una copa. Guillaume se comporta precipitadamente, está fofo y húmedo, y con cada roce de su mano, Giovanni se empequeñece cada vez más y con más furia. Guillaume desaparece para cambiarse de ropa y vuelve con su bata teatral. Quiere que Giovanni se desvista...

Quizá en ese momento Giovanni se da cuenta de que no puede hacerlo, de que su voluntad no le va ayudar a hacerlo. Se acuerda del trabajo. Intenta hablar, ser práctico, ser razonable, pero, por supuesto, es demasiado tarde: Guillaume lo está rodeando como el mismísimo océano. Y creo que Giovanni, torturado hasta alcanzar un estado similar a la locura, siente cómo cede, se rinde y Guillaume hace su voluntad. Creo que si esto no hubiese sucedido, Giovanni no lo habría matado.

Así, una vez satisfecho su placer, y mientras Giovanni aún yace en un estado asfixiante, Guillaume vuelve a ser el hombre de negocios y, paseándose arriba y abajo por la habitación, enumera un sinfín de excelentes razones por las que Giovanni no puede volver a trabajar para él. Por debajo todas las razones que Guillaume inventa, yace oculta la única verdadera y ambos, vagamente, cada cual a su modo, la ven: Giovanni, como una estrella de cine en decadencia, ha perdido su poder de atracción. Ya se sabe todo de él, se ha descubierto su misterio. Giovanni lo percibe con una claridad meridiana y la rabia que lleva acumulando tantos meses empieza ahora a hincharse con el recuerdo de las manos y la boca de Guillaume. Se lo queda mirando en silencio un momento y luego empieza a gritar. Y Guillaume le responde. Con cada una de las palabras que se intercambian la cabeza de Giovanni empieza a rugir y una oscuridad absoluta va y viene ante sus ojos. Mientras tanto Guillaume está en el séptimo cielo y empieza a brincar por la habitación: pocas veces había obtenido tanto por tan poco. Interpreta esta escena a sus anchas, regocijándose infinitamente en el hecho de que el rostro de Giovanni se pone rojo como la grana y su voz espesa; observando, con sumo placer, cómo se tensan los músculos del cuello de su contrincante. Y dice algo, pues piensa que se han vuelto las tornas; dice algo, una frase, un insulto, una burla de más y, en una fracción de segundo, por su propio silencio estupefacto, por

los ojos de Giovanni, se da cuenta de que ha desencadenado algo a lo que no puede dar marcha atrás.

Ciertamente, Giovanni no quería hacerlo, pero el hecho es que lo asió, lo golpeó. Y con ese movimiento, con cada golpe, el peso insoportable del fondo de su corazón empieza a menguar: ahora le toca a Giovanni el turno de regodearse. La habitación quedó patas arriba, las telas acabaron hechas jirones, en medio de un olor a perfume insoportable. Guillaume hizo todo lo posible por escapar de la habitación, pero Giovanni lo siguió a todas partes: le había tocado el turno a Guillaume de estar rodeado. Y tal vez en el preciso instante en que Guillaume creyó verse libre, acaso cuando hubo alcanzado la puerta, Giovanni se abalanzó sobre él, lo agarró del cordón de su batín y envolvió el cordón alrededor de su cuello. Entonces se limitó a seguir tirando de él, entre jadeos, sintiéndose cada vez más liviano a medida que el cuerpo de Guillaume se hacía más pesado, tensando el cordón e insultándolo. Entonces, Guillaume cayó. Y Giovanni cayó: de vuelta a la habitación, a las calles, al mundo, en la presencia y a la sombra de la muerte.

Para cuando encontramos esta casa inmensa era evidente que yo no tenía ningún derecho a venir aquí. Para cuando la encontramos, yo ni siquiera quería verla. Pero para entonces, también, no había nada más que hacer. No había nada más que yo quisiese hacer. Es cierto que pensé en quedarme en París para estar cerca mientras durase el juicio, acaso para ir a visitar a Giovanni a la cárcel, pero sabía que no había ninguna razón para ello. Jacques, que estaba en contacto permanente con el abogado de Giovanni y en contacto permanente conmigo, lo había ido a visitar una vez. Me había dicho lo que ya sabía: que ya no había nada que yo, ni cualquier otra persona, pudiese hacer por él.

Quizá quería morir. Se declaró culpable, esgrimiendo el robo como móvil del asesinato. Las circunstancias bajo las cuales Guillaume lo había despedido obtuvieron un enorme eco en la prensa y, por la prensa, se tenía la impresión de que Guillaume había sido un filántropo de gran corazón y tal vez un tanto atolondrado que había tenido el desatino de trabar amistad con el curtido e ingrato aventurero Giovanni. Después el caso desapareció de los titulares. Giovanni ingresó en prisión a la espera de juicio.

Y Helia y yo vinimos aquí. Puede que pensase —de hecho, estoy seguro de que lo pensé, al menos al principio— que, a pesar de que no podía hacer nada por Giovanni, tal vez quizá podía hacer algo por Helia. Debí de albergar la esperanza de que habría algo que Helia pudiese hacer por mí, y puede que esto hubiese sido posible si los días no hubiesen transcurrido, para mí, como los días en prisión. No podía quitarme a Giovanni de la cabeza, y estaba a merced de los boletines que esporádicamente llegaban de Jacques. Lo único que recuerdo del otoño es la espera del comienzo del juicio de Giovanni. Entonces, por fin, se celebró el juicio, y fue hallado culpable y condenado a la pena de muerte. Pasé todo el invierno contando los días. Y empezó la pesadilla de esta casa.

Mucho se ha escrito de cómo el amor se convierte en odio, de cómo el corazón se vuelve frío con la muerte del amor. Es un proceso sorprendente, mucho más terrible que cualquier cosa que haya leído jamás al respecto, más terrible que cualquier cosa que pueda llegar a decir alguna vez.

No sé decir, ahora, cuándo fue la primera vez que miré a Helia y me pareció vieja, ajada, cuándo su cuerpo me pareció aburrido, y su presencia irritante. Pareció suceder todo al mismo tiempo. Supongo que eso sólo significa que llevaba sucediendo durante mucho tiempo. Lo achaco a algo tan insignificante como que la punta de su pecho me rozara el antebrazo mientras se inclinaba sobre mí para servirme la cena. Sentía cómo se me helaba la carne. Su ropa interior, secándose en el baño, que tantas veces me había parecido que emitía un olor improbablemente dulzón y que lavaba demasiado a menudo, empezó a parecerme poco estética y sucia. Un cuerpo que debía ser cubierto con semejantes retales de trazo irregular y puntas venenosas empezó a parecerme grotesco. A veces veía moverse su cuerpo desnudo y pensaba que ojalá fuese más firme y duro. Me sentía profundamente intimidado por sus pechos, y cuando la penetraba empezaba a sentir que nunca volvería a salir vivo de allí. Todo lo que antaño me había deleitado parecía haberse vuelto agrio en mi estómago.

Creo... creo que nunca en toda mi vida he estado más asustado. Cuando mis dedos empezaron, de forma involuntaria, a perder el contacto con Helia, me di cuenta de que había estado colgando, oscilando, de un lugar muy alto, y que me había estado aferrando a ella para salvar mi propia vida. Con cada

momento, a medida que mis dedos iban resbalando, oía rugir el aire bajo mis pies y sentía cómo todo mi interior se contraía amargamente, trepando con fuerza hacia arriba para impedir la larga caída.

Pensaba que tal vez fuese, simplemente, que pasábamos demasiado tiempo solos, así que durante un tiempo siempre estábamos saliendo fuera. Hicimos excursiones a Niza, Montecarlo, Cannes y Antibes, pero no éramos ricos, y el sur de Francia, en invierno, es el coto exclusivo de los ricos. Helia y yo fuimos a ver muchísimas películas, y a menudo nos encontramos sentados en bares vacíos de ínfima categoría. Caminábamos mucho, en silencio. Por lo visto, ya no encontrábamos cosas sobre las que llamar la atención del otro. Bebíamos demasiado, sobre todo yo. Helia, que había estado tan morena, tan segura de sí misma y tan radiante a su regreso de España, empezó a perder todo eso, empezó a palidecer y a estar todo el día alerta y a mostrarse insegura. Dejé de preguntarme qué me pasaba, pues poco a poco se fue percatando de que yo o bien no lo sabía, o bien no quería decírselo. Me observaba. Yo notaba cómo ella me observaba y eso me ponía a la defensiva y me hacía odiarla. Mis remordimientos, cuando la miraba a aquella cara expectante, eran más de lo que podía soportar.

Dependíamos de los horarios de los autobuses y muchas veces nos sorprendíamos, al rayar el alba invernal, arrimados el uno junto al otro, soñolientos, en alguna sala de espera o congelándonos en la esquina de alguna ciudad completamente desierta. Llegábamos a casa por la mañana temprano, muertos de cansancio, y nos íbamos directamente a la cama.

Por algún motivo, yo era capaz de hacer el amor por las mañanas. Podía deberse a la extenuación nerviosa, o tal vez el pasar las noches deambulando despertaba en mí una excitación curiosa e incontenible. Sin embargo, no era lo mismo: algo había desaparecido; el asombro, la fuerza y el gozo habían desaparecido; la paz de espíritu había desaparecido.

Tenía pesadillas y en ocasiones mis propios gritos me despertaban, mientras que otras veces mis gemidos hacían que Helia tuviese que zarandearme para despertarme.

—Ojalá —dijo un día— me contarás qué es lo que está pasando. Dime lo que es, déjame ayudarte.

Meneé la cabeza con perplejidad y pena y lancé un suspiro. Estábamos



sentados en el salón, donde ahora estoy de pie. Ella estaba sentada en la poltrona, debajo de la lámpara, con un libro abierto en el regazo.

—Eres un encanto —contesté yo. A continuación, añadí—: No es nada. Ya se me pasará. Seguramente sólo son nervios.

—Es Giovanni —dijo ella.

La miré.

—¿No será —preguntó con cautela— que crees que le has hecho algo terrible dejándolo en aquella habitación? Creo que te culpas de lo que le pasó, pero, cariño, tú no podrías haber hecho nada para ayudarlo, absolutamente nada. Deja ya de torturarte.

—Era tan guapo... —comenté. No había sido mi intención decirlo. Sentí cómo me ponía a temblar. Ella me observó mientras me acercaba a la mesa; allí había una botella en ese momento, igual que ahora, y me serví una copa.

No podía dejar de hablar, aunque temía a cada instante hablar demasiado. Tal vez quisiese hablar demasiado.

—No puedo evitar sentir que he sido yo quien ha colocado la sombra de la cuchilla sobre su cabeza. Él quería que me quedase en la habitación con él, me suplicó que me quedase. No te lo dije... Tuvimos una pelea horrible la noche que fui allí a recoger mis cosas. —Hice una pausa y tomé un sorbo—. Se puso a llorar.

—Estaba enamorado de ti —dijo Helia—. ¿Por qué no me lo dijiste? ¿O no lo sabías?

Me volví y le di la espalda, sintiendo cómo me ardía la cara.

—No es culpa tuya —continuó—. ¿Es que no lo entiendes? No podías evitar que se enamorase de ti. No podrías haber evitado que él... matase a ese hombre asqueroso.

—Tú no sabes nada de todo eso —murmuré—. Tú no sabes nada...

—Sé cómo te sientes...

—¿No sabes cómo me siento!

—David. No me excluyas. Por favor, no me excluyas. Déjame ayudarte.

—Helia, cariño... Sé que quieres ayudarme, pero déjame en paz por un tiempo. Ya se me pasará.

—Hace ya mucho tiempo que dices lo mismo —repuso con cansancio. Me miró fijamente durante un rato y luego añadió—: David, ¿no crees que

deberíamos volver a casa?

—¿Volver a casa? ¿Para qué?

—¿Para qué estamos aquí? ¿Cuánto tiempo quieres quedarte en esta casa, reconcomiéndote por dentro? ¿Y cómo crees que me está afectando a mí? —Se levantó y se aproximó—. Por favor, quiero irme a casa. Quiero casarme. Quiero formar una familia. Quiero que vivamos en algún sitio, te quiero a ti... Por favor, David... ¿Para qué estamos aquí, viendo pasar los días, sin más?

Me aparté de ella de inmediato, con un movimiento brusco. Permaneció completamente inmóvil a mi espalda.

—¿Qué diablos te pasa, David? ¿Qué es lo que quieres?

—¡No lo sé! ¡No lo sé!

—¿Qué es lo que no me estás diciendo? ¿Por qué no me dices la verdad? ¡Dime la verdad!

Me volví y la miré a la cara.

—Helia, ten paciencia conmigo, ten paciencia conmigo... un poquito más de tiempo.

—¡Y quiero tenerla! —gritó—. Pero ¿dónde estás? Te has ido lejos, a alguna parte, y no puedo encontrarte. Ojalá me dejases llegar hasta ti...

Se echó a llorar. La estreché en mis brazos. No sentí nada en absoluto.

Besé sus lágrimas saladas y empecé a hablar en murmullos, a murmurar no sé exactamente qué. Sentí cómo se tensaba su cuerpo, cómo se tensaba para alcanzar el mío y cómo éste se contraía y se alejaba, y supe que había iniciado la larga caída. Me aparté de ella y ella se tambaleó, en el mismo lugar donde la había dejado, como una marioneta colgada de un hilo.

—David, por favor, déjame ser una mujer. No me importa lo que me hagas, no me importa lo que cueste. Llevaré el pelo largo, dejaré de fumar, tiraré los libros. —Intentó esbozar una sonrisa y el corazón me dio un vuelco—. Tú sólo déjame ser una mujer y ya está, tómame. Es lo que quiero. Es lo único que quiero. Todo lo demás no me importa. —Avanzó hacia mí. Me quedé paralizado. Me tocó, acercando su cara a la mía con una confianza desesperada y terriblemente conmovedora—. No me devuelvas al mar, David. Deja que me quede a tu lado. —Entonces me besó, observando mi rostro. Mis labios estaban fríos; yo no sentía nada en ellos. Me besó de nuevo y esta vez cerré los ojos, sintiendo cómo unas pesadas cadenas me arrastraban a una

hoguera. Era como si mi cuerpo, junto al calor de ella, junto a su insistencia, bajo sus manos, nunca fuese a despertarse de nuevo. Pero cuando se despertó, yo ya me había marchado de él. Desde una gran altura, donde el aire que me rodeaba era más frío que el hielo, vi mi cuerpo en los brazos de una extraña.

Fue esa noche, o una noche muy poco tiempo después, cuando la dejé durmiendo en el dormitorio y me fui, solo, a Niza.

Recorrí todos los bares de esa luminosa ciudad y al final de la primera noche, ciego de alcohol y muerto de deseo, subí las escaleras de un hotel sombrío en compañía de un marinero. Resultó que al día siguiente, muy tarde, el permiso del marinero todavía no había terminado y que él tenía amigos. Fuimos a visitarlos. Nos quedamos con ellos esa noche. Pasamos juntos el día siguiente, y el otro. La última noche de permiso del marinero, estábamos bebiendo juntos en un bar abarrotado de gente, delante del espejo. Yo estaba muy borracho y casi sin blanca. En el espejo, de repente, vi la cara de Helia. Por un momento pensé que me había vuelto loco y me volví. Ella parecía muy cansada, apagada y pequeña.

Durante largo rato no nos dirigimos la palabra. Noté cómo el marinero nos miraba a los dos fijamente.

—¿No se ha equivocado de bar? —me preguntó el marinero al fin, refiriéndose a ella.

Helia lo miró y le sonrió.

—No es en lo único en lo que me he equivocado —respondió.

Entonces el marinero me miró a mí con aire expectante.

—Bueno —le dije a Helia—, ahora ya lo sabes.

—Creo que ya hace mucho tiempo que lo sé —contestó. Se volvió y empezó a alejarse. Avancé unos pasos para seguirla. El marinero me cogió del brazo.

—¿Estás...? ¿Es ella...?

Asentí con la cabeza. Su expresión, su rostro boquiabierto, eran cómicos. Me soltó, pasé junto a él y, al llegar a la puerta, oí su risa.

Caminamos durante mucho tiempo por las calles adoquinadas, en silencio. No se veía absolutamente nadie. Parecía inconcebible que fuese a despuntar el día.

—Bueno —dijo Helia—, me voy a casa. Ojalá no me hubiese marchado de

ella nunca.

—Si me quedo aquí mucho más tiempo —comentó esa misma mañana, un poco más tarde, mientras hacía el equipaje— sé me olvidará cómo es ser mujer.

Estaba extremadamente fría y amargamente guapa.

—No creo que a ninguna mujer se le pueda olvidar eso —repuse.

—Existen mujeres que han olvidado que ser mujer no significa humillación, no significa amargura. A mí todavía no se me ha olvidado —añadió— a pesar de ti. Yo no voy a olvidarlo, voy a marcharme de esta casa, lejos de ti, con la máxima rapidez que me permitan los taxis, los trenes y los barcos.

Y por la habitación que había sido nuestro dormitorio al principio de nuestra vida en esta casa, se movía con las prisas precipitadas de alguien que está a punto de escapar: de la maleta abierta encima de la cama a la cómoda y al vestidor. Yo estaba de pie en el umbral de la puerta, mirándola, con la misma expresión con que un chiquillo que acabara de mojarse los pantalones miraría a su profesora. Todas las palabras que quería pronunciar me obstruían la garganta, como hierbajos, y me cerraban la boca.

—Me gustaría —acerté a decir al fin— que me creyeras si te digo que, si estaba mintiendo, no te estaba mintiendo a ti.

Se volvió hacia mí con una expresión iracunda.

—Era a mí a quien le hablabas. Era yo quien querías que fuese contigo a esta casa horrible en mitad de la nada. Fue a mí a quien le dijiste que querías casarte conmigo.

—Quiero decir —rectifiqué— que me estaba mintiendo a mí mismo.

—Ah —dijo Helia—, ya lo entiendo. Y eso lo cambia todo, claro.

—¡Lo único que quiero decir —clamé— es que no pretendía hacerte daño!

—No grites —repuso Helia—. Pronto me habré ido. ¡Entonces podrás gritárselo a esas colinas de ahí fuera, podrás gritárselo a los campesinos, lo culpable que te sientes, lo mucho que te gusta ser culpable!

Empezó a moverse arriba y abajo de nuevo, más despacio, de la maleta a la cómoda. Tenía el pelo húmedo y le caía sobre la frente, y tenía la cara

húmeda también. Quise extender los brazos para abrazarla y consolarla, pero ya no sería consuelo, sólo tormento para los dos.

No me miraba mientras se movía, sino que miraba las prendas que iba colocando en la maleta, como si no estuviese segura de que fuesen suyas.

—Pero lo sabía —dijo—, yo lo sabía. Eso es lo que más me avergüenza. Lo sabía cada vez que me mirabas, lo sabía cada vez que nos íbamos a la cama. Ojalá me hubieses dicho la verdad entonces. ¿Acaso no te das cuenta de lo injusto que era esperar a que yo lo averiguase, poner todo ese peso sobre mí? Tenía derecho a esperar oírlo de tus labios... Las mujeres siempre esperan a que el hombre hable, ¿o acaso no te habías enterado?

No dije nada.

—No tendría que haber pasado todo este tiempo en esta casa. No me estaría preguntando cómo diablos voy a soportar ese larguísimo viaje de vuelta. En estos momentos estaría en casa, bailando con algún hombre que quisiese follarme. Y yo dejaría que me follase también, ¿por qué no? —Y sonrió con perplejidad a un puñado de medias de nailon que llevaba en la mano antes de introducirlas con cuidado en la maleta.

—Tal vez ni siquiera yo lo sabía entonces. Sólo sabía que tenía que marcharme de la habitación de Giovanni.

—Bueno —contestó—, pues ya te has ido. Y ahora la que se va soy yo. Sólo es el pobre Giovanni el que... ha perdido la cabeza.

Era un chiste de mal gusto y hecho con la intención de zaherirme y, pese a todo, no consiguió manejar del todo la sonrisa sarcástica que quiso esbozar.

—Nunca lo entenderé —dijo al fin, y me miró como si yo pudiese ayudarla a entenderlo—. Ese pequeño gángster de mierda te ha jodido la vida. Creo que también me ha jodido la mía. Los americanos nunca deberían venir a Europa —afirmó con convicción e intentó reír para, acto seguido, echarse a llorar—; significa que nunca jamás volverán a ser felices. ¿Qué tiene de bueno un americano que no es feliz? La felicidad era lo único que teníamos. —Y se precipitó sollozando a mis brazos, a mis brazos por última vez.

—No te lo creas —murmuré—, no te lo creas. Tenemos mucho más que eso, siempre hemos tenido mucho más que eso. Es sólo que... que a veces es difícil de soportar.

—Oh, Dios, yo te quería... —exclamó—. Todos los hombres con los que

me cruce a partir de ahora me harán pensar en ti. —Intentó reír de nuevo—. ¡Pobre hombre! ¡Pobres hombres! ¡Pobre de mí!

—Helia, Helia... Un día, cuando seas feliz, trata de perdonarme.

Retrocedió unos pasos.

—Ya no sé nada acerca de la felicidad. Ya no sé nada acerca del perdón. Pero si se supone que los hombres deben guiar a las mujeres y no hay hombres que las guíen, ¿qué pasa entonces? ¿Qué pasa entonces? —Fue al armario y sacó su abrigo; rebuscó en el bolso, extrajo su polvera y, mirándose en el diminuto espejo, se secó los ojos con cuidado y empezó a pintarse los labios—. Hay una diferencia entre los chicos y las chicas, tal como pone en esos libritos azules del colegio. Las chicas quieren chicos. Pero los chicos... ¡Ay, los chicos...! —Cerró la polvera de golpe—. Nunca más, mientras viva, sabré qué es lo que quieren. Y ahora sé que nunca me lo dirán; no creo que sepan cómo. —Se atusó el pelo con los dedos, apartándoselo de la frente, y entonces, con el pintalabios y el abrigo pesado y negro, volvió a parecer fría, brillante y amargamente impotente, una mujer aterradora—. Prepárame una copa —dijo—, podemos brindar por los viejos tiempos antes de que llegue el taxi. No, no quiero que vengas conmigo a la estación. Ojalá pudiese pasarme todo el camino a París bebiendo, igual que toda la travesía por ese océano criminal.

Bebimos en silencio, esperando oír el chirrido de los neumáticos sobre la gravilla. Entonces lo oímos, vimos las luces y el conductor hizo sonar el claxon. Helia dejó su copa, se envolvió en el abrigo y echó a andar en dirección a la puerta. Cogí sus maletas y la seguí. El taxista y yo colocamos el equipaje en el maletero. Todo ese rato estuve tratando de pensar en algo que poder decirle a Helia al despedirme, algo que ayudase a borrar la amargura, pero no se me ocurría nada. Ella no me dijo nada. Se quedó muy rígida bajo el oscuro cielo invernal, con la mirada perdida en la lejanía. Y cuando todo estuvo preparado, me volví hacia ella.

—¿Estás segura de que no quieres que te acompañe hasta la estación, Helia?

Me miró y extendió la mano.

—Adiós, David.

Le tomé la mano. Estaba fría y seca, como sus labios.

—Adiós, Helia.

Se subió al taxi. Lo vi desaparecer por el camino de acceso a la casa, adentrándose en la carretera. Saludé con la mano por última vez, pero Helia no me devolvió el saludo.

Fuera de mi ventana el horizonte empieza a iluminarse, transformando el cielo gris en un azul añil.

He hecho las maletas y he limpiado la casa. Las llaves están encima de la mesa, delante de mí. Sólo tengo que cambiarme de ropa. Cuando el horizonte se haya iluminado un poco más, el autobús que me llevará a la ciudad, a la estación, al tren que me llevará a París, aparecerá por el recodo de la carretera. Y sin embargo, no puedo moverme.

También encima de la mesa hay un pequeño sobre azul, la nota de Jacques en que me informa de la fecha de la ejecución de Giovanni.

Me sirvo una copa muy escasa, contemplando, en la hoja de cristal de la ventana, mi reflejo, que cada vez se hace más débil. Parezco estar desvaneciéndome ante mis propios ojos... Esta ocurrencia me hace gracia, y me río para mis adentros.

Debe de ser en estos momentos cuando las puertas se abren delante de Giovanni y luego se cierran a sus espaldas, y ya nunca volverán a abrirse o cerrarse para él. O tal vez ya haya acabado todo. Tal vez sólo es el principio. Tal vez todavía siga sentado en su celda, contemplando, como yo, la llegada de la mañana. Tal vez ahora haya murmullos al fondo del pasillo: tres fornidos hombres de negro quitándose los zapatos, uno de ellos con la ristra de llaves en la mano, y toda la cárcel sumida en el silencio, aguardando, electrizada de miedo. Tres pisos más abajo, la actividad sobre el suelo de piedra ha cesado, se ha suspendido, y alguien enciende un cigarrillo. ¿Morirá solo? No sé si la muerte, en este país, es un asunto solitario o, por el contrario, un producto para el consumo de masas. ¿Y qué le dirá al cura?

«Quítate la ropa —algo me dice—, se está haciendo tarde».

Entro en el dormitorio donde la ropa que llevaré puesta yace tendida en la cama y mi maleta está abierta y lista. Empiezo a desvestirme. Hay un espejo en esta habitación, un espejo grande. Soy perfectamente consciente de la

presencia del espejo.

El rostro de Giovanni oscila ante mí como un fanal inesperado en una noche oscura como la boca del lobo. Sus ojos, que brillan como los de un tigre, miran fijamente cómo se aproxima su último enemigo, y su vello está erizado. No puedo leer lo que hay en sus ojos: si es terror, entonces nunca he visto el terror, y si es angustia, entonces la angustia nunca se ha apoderado de mí. Ahora se acercan, ahora hacen girar la llave en la cerradura, ahora lo aprehenden. Él chilla, una sola vez. Lo miran desde lejos. Lo empujan a la puerta de su celda, el pasillo se extiende ante él como el cementerio de su pasado, la cárcel le da vueltas. Tal vez inicia un gemido, tal vez no emite ningún sonido.

Empieza el viaje. O tal vez, cuando chilla, no deja de chillar. Tal vez esté gritando ahora mismo, y su alarido resuena en toda esa piedra y ese hierro. Veo cómo le flaquean las piernas, cómo le tiemblan los muslos, cómo le tiritan las nalgas. El martillo secreto empieza a golpear. Está sudando, o está seco. Lo llevan a rastras, o camina él solo. Lo agarran con mucha fuerza: sus brazos ya no son suyos.

Avanzan por el largo pasillo, por las escaleras de metal, entran en el corazón de la cárcel y luego salen de él, hacia el despacho del cura. Se arrodilla. Arde una vela, la Virgen lo observa.

—Santa María, Madre de Dios.

Tengo las manos sudorosas, tengo el cuerpo inerte, blanco y seco. Lo veo en el espejo, por el rabillo del ojo.

—Santa María, Madre de Dios.

Besa la cruz y se aterra a ella. El cura le quita la cruz con delicadeza. Luego levantan a Giovanni. Empieza el viaje. Salen hacia otra puerta. Él gime; quiere escupir, pero tiene la boca seca. No puede pedir que le dejen parar un momento a orinar... Todo eso, al cabo de un momento, se solventará solo. Sabe que al otro lado de la puerta que, lentamente, se acerca cada vez más, le aguarda la cuchilla. Esa puerta es la salida que lleva buscando tanto tiempo, fuera de este sucio mundo, fuera de este sucio cuerpo.

«Se está haciendo tarde».

El cuerpo del espejo me obliga a volverme para mirarlo. Y miro mi cuerpo, que está condenado a muerte. Es flaco, duro y frío, la encarnación de



un misterio. Y no sé qué se mueve en este cuerpo, ni qué es lo que busca este cuerpo. Está atrapado en mi espejo igual que está atrapado en el tiempo y se precipita hacia la revelación.

«Cuando era niño, hablaba como un niño, pensaba y razonaba como un niño; pero cuando me hice hombre, dejé de lado las cosas de niño».

Ansío que esta profecía se haga realidad. Ansío romper ese espejo y ser libre. Miro mi sexo, mi sexo perturbador, y me pregunto cómo puede ser redimido, cómo puedo salvarlo de la cuchilla. El viaje a la tumba ya ha dado comienzo, el viaje a la corrupción está, siempre, ya está siempre, casi terminado. Y pese a todo, la clave de mi salvación, que no puede salvar mi cuerpo, está oculta en mi carne.

Entonces, la puerta aparece ante él. Está rodeado de oscuridad, en él reina el silencio. Luego se abre la puerta y se queda solo, el mundo entero se aleja de él. Y la diminuta porción de cielo parece gritar de dolor, aunque él no oye ningún sonido. En ese momento, la Tierra se inclina, él cae hacia delante sobre su rostro en la oscuridad, y comienza su viaje.

Al fin me aparto del espejo y empiezo a cubrir esa desnudez que debo mantener sagrada, aunque nunca sea tan inmundada, y que debe restregarse a perpetuidad con la sal de mi vida. Debo creer, tengo que creer, que la gracia de Dios misericordioso, que me ha traído a este lugar, es lo único que me puede sacar de él.

Y al fin salgo a la mañana y cierro la puerta a mis espaldas. Cruzo la carretera y dejo las llaves en el buzón de la vieja señora. Y miro a la carretera, donde unos cuantos hombres y mujeres ya están esperando el autobús de la mañana. Están rebosantes de vitalidad bajo el cielo madrugador, y el horizonte que se yergue tras ellos empieza a arder en llamas. La mañana me pesa en los hombros con el terrible peso de la esperanza y cojo el sobre azul que Jacques me ha enviado y lo hago trizas, muy despacio, viendo cómo los pedazos danzan con el viento, viendo cómo el viento se los lleva consigo. Y sin embargo, cuando me vuelvo y echó a andar hacia el grupo de personas que *esperan* el autobús, el viento sopla y me devuelve algunos de ellos.

**FIN**



James Baldwin (Nueva York, 2 de agosto de 1924 - Saint-Paul de Vence, 1 de diciembre de 1987) fue un escritor y activista por los derechos civiles afroestadounidense. Su novela más conocida es *Ve y dilo en la montaña*.

Los temas principales de la obra de Baldwin son el racismo y la sexualidad en los Estados Unidos de mediados del siglo XX.

Sus novelas exploran de un modo personal los temas de la identidad colectiva, y ponen en solfa las presiones sociales hacia los colectivos de los negros y los homosexuales, mucho antes de que la igualdad social, cultural y política de estos grupos se hubiera logrado en su país.